



UN GRAN
JEFE MALVADO
Medianoche

RENEE ROSE
USA TODAY BESTSELLING AUTHORS
LEE SAVINO

UN GRAN
JEFE MALVADO
Medianoche

RENEE ROSE
USA TODAY BESTSELLING AUTHORS
LEE SAVINO

[REDACTED]

Gran Jefe Malvado

Medianoche

Renee Rose

Lee Savino

Traducido por
Vanesa Venditti



**Derechos de autor © 2023 Big Bad Boss: Midnight y Gran Jefe Malvado:
Medianoche por Renee Rose y Lee Savino**

Todos los derechos reservados. Esta copia está destinada SOLAMENTE al comprador original de este libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en cualquier forma impresa o electrónica sin el permiso previo por escrito de los autores. Por favor, no participe o fomente la piratería de materiales protegidos por derechos de autor en violación de los derechos de autor. Compre solo ediciones autorizadas.

Publicado en los Estados Unidos de América

Renee Rose Romance y Silverwood Press y Midnight Romance

Montaje: Miranda Johnson

Este libro es una obra de ficción. Si bien se puede hacer referencia a eventos históricos reales o lugares existentes, los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de los autores o se usan ficticiamente, y cualquier parecido con personas reales o con muertos, establecimientos comerciales, eventos o lugares es completamente coincidencia.

Este libro contiene descripciones de muchas prácticas BDSM y sexuales, pero esta es una obra de ficción y, como tal, no debe usarse de ninguna manera como guía. El autor y publisher no serán responsables de ninguna pérdida, daño, lesión o muerte resultante del uso de la información contenida en él. En otras palabras, ¡no intenten esto en casa, amigos!

✿ Creado con Vellum

Índice

[Libro Gratis - La virgin y el vampiro](#)

[Libro Gratis de Renee Rose](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Libro Gratis - La virgin y el vampiro](#)

[Libro Gratis de Renee Rose](#)

[Los hombres lobo de Wall Street #2](#)

[Otros Libros de Renee Rose](#)

[Otros libros de Lee Savino](#)

[Conoce a la autora](#)

[Conoce a la autora](#)

Libro Gratis - La virgin y el vampiro

Quiere un libro gratis de Renee Rose y Lee Savino? Suscríbete a su newsletter para recibir ***La virgin y el vampiro*** y otro contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos. <https://BookHip.com/XJPQQXK>



Libro Gratis de Renee Rose

Quiere un libro gratis de Renee Rose? Suscríbete a mi newsletter para recibir ***Padre de la mafia*** y otro contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos. <https://BookHip.com/NCVKLK>



Prólogo

M^{adi} Harvard me quiere. Yale me aceptó. Hasta mi *alma mater*, Princeton, dice que me recibirá para el posgrado. Debería estar doblándome el hombro para darme un golpecito en la espalda.

No sé por qué no logro emocionarme por ello.

—¿Dices que no estás segura de aceptar una de estas ofertas?

Aubrey, mi mejor amiga, toma la carta que acabo de abrir de Harvard y la mueve bajo mi nariz. Estamos en la cocina del departamento de Jersey de mi mamá donde básicamente crecimos juntas. Los niños de departamento cerrado con llave son tan unidos como una familia.

—Debería, —me quedo—. Sé que debería querer esto, pero simplemente... no lo quiero. Estoy agotada. Ya no quiero creer la mentira de que si mantengo la cabeza baja y estudio mucho, eventualmente seré parte del uno por ciento.

—Creo que ni bien obtuviste ese título de Princeton te volviste parte del uno por ciento.

Separo las manos en el pequeño apartamento de mi mamá, al que tuve que regresar después de graduarme la semana pasada.

—Sí, viviendo el sueño, bebé.

—Esta debe ser otra oferta de beca —Aubrey abre otro sobre.
Lo miro, pero la agencia no me es familiar.

—No, ese es de Brayden.

Mi estómago se tensa por mi pequeño medio hermano. No pudo asistir a una escuela preparatoria como yo, lo que significa que no entró a ninguna de las mejores universidades. Lo aceptaron en NYU, pero su paquete de ayuda económica es horroroso, así que está esperando esta beca.

—Ups. Bueno, ya está abierto. ¿Deberíamos mirarlo? —Aubrey abre la carta sin esperar mi respuesta—. Ay, mierda.

—¿Qué pasó? —Se la arranco para mirarla rápido—. No la consiguió. Esta era su última esperanza.

Mierda. Arrojo la carta hacia el piso. Odio esto. Odio haber tenido oportunidades que Brayden no tuvo. Odio que piense que no es tan inteligente o capaz como yo.

—¿Llamarás a Brayden? —Pregunta Aubrey cuando saco el celular.

—No. Estoy llamando a mi mamá. No quiero que se decepcione en frente de Brayden. No necesita sumar esa decepción.

Mi mamá es profesora de lengua de la escuela preparatoria a la que asistí, y ahora mismo está dando clases, así que dejo un mensaje.

—Hola, Ma. Brayden no consiguió la beca. Sólo quería avisarte para que puedas quitarle importancia cuando se entere. Y... no te preocupes. Encontraremos una forma para que Brayden asista.

—Miro a Aubrey mientras me doy cuenta de que tengo la solución—. Dame una semana. Encontraré la forma de pagar su cuota.

Cuando cuelgo, Aubrey levanta las cejas.

—¿Cómo encontrarás la forma de juntar ese dinero en una semana?

Me pongo firme.

—Entiendo que tengo que ganar unos diez mil al mes para cubrir sus gastos. Es algo que puedo lograr.

—¿Cómo?

—Conseguiré un trabajo.

—No bueno, Capitana Evidente. ¿Me refiero a qué tipo de trabajo? Tienes un título en sociología. Pensé que querías ser trabajadora social.

—Todavía puedo serlo, una vez que Brayden se haya graduado —me muerdo el labio—. Ahora mismo el único trabajo que me pagará lo suficiente será en... —hago una pausa para prepararme para la reacción de Aubrey. Y también porque me siento un poco mareada de sólo decirlo—. Wall Street.

Realmente esperaba que tomara una banana marrón de la canasta de frutas y me la arrojara, pero Aubrey apoya la cadera contra la isla de la cocina y asiente lentamente.

—Definitivamente podrías conseguir algún trabajo en Wall Street con tu título y contactos.

—¿Seguirías siendo mi amiga?

Ella me sonríe.

—De hecho, estoy muy de acuerdo. Realmente puedo ver que esto funcione.

Sus ojos marrones brillan con esa intensidad malvada que me dice que tiene otra idea alocada. Como esa vez que me convenció de que me vistiera y saliera a bailar con una identificación falsa a los trece. O que dejara pasar el autobús de la preparatoria para tomarme un bus Greyhound a D.C. para protestar contra el presidente recién electo.

Frunzo el ceño e intento descifrar adónde apunta con esto. Aubrey no es del tipo que me aconsejaría subir la escalera de Wall

Street. O sea, esta chica me arrastró a las protestas de *Occupy Wall Street* cuando estábamos en la secundaria. Usa camisetas que dicen *Eat the Rich* y sueña con tener una pequeña casa en Vermont.

Es mi amiga que no forma parte de las universidades prestigiosas, tiene un arete en la nariz, pinta murales, y trabaja en un café mientras termina su título en Estudios de la mujer en la universidad local.

—¿En serio?

—¡Sí! Escucha. Esto podría ser perfecto. Deberías hacerlo. Puede ser tu investigación en sociología de forma discreta. Sólo piensa en la información privilegiada que podrías obtener del uno por ciento. ¡O el libro que podrías escribir! Eres justamente el tipo de persona que podría derrumbar imperios. Lograr un cambio social real.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo lograría un cambio social real trabajando en Wall Street?

—Lo prenderás fuego. Todavía no sé bien cómo, pero alguien como tú podría infiltrarse en toda la estructura allí. Puedes investigar toda su mierda con discreción. Luego escribir un libro que muestre toda la corrupción y las palmadas en la espalda que suceden allí. Probar lo arreglado que está para que los ricos se vuelvan más ricos y los pobres más pobres. ¡Puedes hacerlo!

—¿Por qué querría hacerlo? —Le pregunto, pero me está empezando a contagiar su entusiasmo. La idea de infiltrarme y estudiar cómo trabajan dentro de Wall Street (y no ser la cerebrita trabajadora de Jersey que necesita pagarle la universidad a su hermano, sino una investigadora encubierta) tiene cierto atractivo. Estaría actuando y sabría lo hago. Hay libertad en eso.

—¡Piensa en el bien que podrías hacer con ese tipo de salario! Ya no tendrías que vivir con tu mamá y tu hermano.

—Con el puesto indicado, hasta podría pagarle toda la universidad a Brayden.

—¡Totalmente! —Aubrey pone su mano encima de la mía—. Podrías ayudarme a mí a pagar la universidad. Es un chiste.

—Podríamos mudarnos juntas, —le ofrezco, y ya empiezo a ver el plan. Aubrey también ha estado viviendo en casa de sus padres el último año y medio para ahorrar dinero.

—¡Eso me encantaría! —Ella me sonrío. Señala mi portátil abierta sobre la mesa de café—. Encuentra un trabajo.

—No puedo creer que tú, de toda la gente posible, realmente quieras que trabaje en Wall Street.

Aubrey mueve las cejas mientras asiente con entusiasmo.

—Esto será genial. Épico. Es mejor que *Occupy Wall Street*. Es «Infiltrarse en Wall Street».

Miro hacia abajo a la carta de aceptación de Harvard.

—Podría escribirles y pedirles una prórroga. Decirles que comenzaré a estudiar sociología en el campo de Wall Street. O bien les encantará o lo odian. De cualquier forma, por una vez seré auténtica.

—Uh, la ironía. Tu momento más auténtico es cuando finges que te encanta Wall Street. Perfecto. ¡Me encanta tanto!

A mí también me gusta un poco.

Muevo la portátil y empiezo el proceso.

Wall Street, aquí voy.

Capítulo uno

B^{*rick*} La vista desde la suite ejecutiva de Moon Co. haría que un hombre más débil, humano, se sintiera mareado. El edificio es tan alto que se balancea con el viento. Pero ese es el precio de probar aire exótico y de tener todo Lower Manhattan a tus pies.

Aquí arriba es fácil olvidar que eres mortal. Aquí arriba es fácil sentirse como un dios.

Una sombra cae sobre el vidrio cuando Billy, mi segundo al mando, se sienta a mi lado.

—Ya casi llegamos, —dice en voz baja. Sé que se refiere a la promesa que hicimos hace años, en nuestro dormitorio de Yale, el peor día de mi vida. El día en que a mi padre lo asesinaron y nuestros enemigos destruyeron todo lo que había creado.

—Ya casi, —gruño. Ambos miramos fijo al edificio que tenemos en frente. Nuestros enemigos lo alzaron para provocarnos.

—Estamos cerca. —Apoya su mano sobre mi hombro—. Los Adalwulfs no sabrán qué sucedió.

Volteo y me siento en la cabecera de la mesa de conferencias. Billy va hacia la puerta para abrirla y mostrar que la reunión está por comenzar. El resto del equipo ejecutivo empieza a entrar.

Y entonces me golpea. Un aroma dulce, brillante y cítrico pero complejo como la nuez moscada. Me hace agua la boca.

En la punta de la lengua tengo ganas de maldecir y reprender a alguien. Los perfumes y las colonias de cualquier tipo están prohibidas en las instalaciones. Está claro en el manual de empleados, prácticamente en la primera página. Billy realmente disfruta despedir a nuevos empleados que lo olvidan.

Pero no es perfume. Es el aroma natural de alguien. ¿Pero de quién?

Allí, junto al ascensor.

Una Chica Nueva.

El viernes despedí a mi secretaria, lo que significa que su asistente, Indira, subió de puesto y hay una nueva graduada universitaria emocionada por ocupar su lugar.

Una joven analiza con tranquilidad el piso superior. No es diferente a cualquier otra secretaria. Joven, profesional. Tiene el cabello corto en un corte bob, castaño oscuro y un labial bien rojo.

Pero su aroma... Lo hago pasar por mis fosas nasales y saboreo el gusto.

Nuez moscada y naranjas. Tal vez un indicio de algo exótico, como incienso.

—¿Quién es? —Billy se deja caer en su silla y se reclina, balanceándose sobre las patas traseras, una muestra de fuerza que ningún humano podría lograr. Cuando lo miro de mala manera, deja que la silla caiga sobre las cuatro patas con un golpe—. ¿La nueva secretaria de tu secretaria?

Estaba allí cuando despedí a la anterior el viernes. Cambio de asistentes como Billy de parejas casuales.

—Debe serlo.

—¿Quieres que la llame? —pregunta.

—Sí.

Normalmente diría que no. Normalmente no le dirigiría la palabra hasta querer algo. Pero tengo que analizar este aroma de cerca.

Billy mira a Indira y señala a la Chica Nueva. Él hace una seña para llamarla, como si lo irritara que Indira no hubiera entrado ya a presentarla. Casi tiene tanto talento como yo en hacer que los empleados se sobresalten y tiemblen de miedo.

Pero la Chica Nueva no parece tener miedo. La observo mientras sigue a Indira. Ni bien puedo olerla plenamente, quiero lamerla de pies a clítoris.

Una reacción extraña ante una humana.

Ni siquiera es agradable a la vista. O sea, es linda, pero no tiene nada suave ni complaciente. Hay algo en la forma en que lleva su cuello, levanta el mentón, en cómo no se estremece cuando la miro de mala manera, que la hace parecer que lleva una medalla. Con diez años más, parecería una de esas ejecutivas poderosas. Una potencia de mujer, nacida para dominar cualquier oficina. Contrato a un par de mujeres como ella. Debes ser fuerte para ser exitoso aquí.

Ella también me analiza; de alguna forma logra parecer respetuosa y abierta, pero sin nada de miedo aunque sea su primer día aquí.

Parte de mí quiere humillarla desde el comienzo. Sobre todo porque escuché que le murmuró a Indira, «Entonces ese es el Gran Jefe Malvado» antes de que entraran. Por supuesto, no podía saber que su conversación no estaba fuera de mi campo de audición en este piso.

Entre más se acerca, más se infiltra su aroma en mis sentidos. Es demasiado agradable como para que quiera atacar. Dios, ¿se me está poniendo duro el pene?

Me pongo de pie.

—¿Eres?

—Sr. Blackthroat, ella es... —comienza a decir Indira.

—Madison Evans.

La Chica Nueva me ofrece la mano para que la estreche, diciendo su nombre al mismo tiempo que Indira. Me sostiene la mirada todo el tiempo. No es desafiante, sólo atenta. Me está analizando. Quiero encontrar algo que criticar, pero no lo logro. Tiene la mezcla justa de confianza y humildad. No es demasiado arrogante, ni tímida. Hay algo demasiado atractivo acerca de su forma de ser.

Ya la detesto. Acepto su apretón de manos. Su piel es suave. Por alguna razón, mis pensamientos van al hecho de que su aroma ahora estará en mi palma. No es que vaya a volver a olerlo más tarde.

—Me dicen Madi.

—Te llamaré Madison *si* recuerdo tu nombre. Esperaré que respondas a Secretaria, Asistente, Chica Nueva o lo que sea que te grite en el momento. Le suelto la mano.

Lejos de estar sorprendida, veo algo de diversión en su expresión.

—Responderé a todos esos llamados, —me asegura inclinando la cabeza.

—Bien. Ahora toma nuestros pedidos de café, —muevo una ceja como si ya tuviera que haber sabido hacer esto aunque sea su primer día. A Indira le digo—¿Dónde están los informes financieros?

* * *

Madi

La regla número uno para lidiar con un alfa-túpido de Wall Street: No muestres debilidad.

Blackthroat me mira fijo. Es más apuesto e intimidante que todo el resto juntos. Su traje pulcro acentúa el ancho y la envergadura de sus poderosos hombros y pecho.

Levanto el mentón y lo miro directo a los ojos.

—¿Qué tipo de café puedo traerle, señor?

Sus ojos son oscuros. Tiene una barba afeitada al ras y las líneas alrededor de sus ojos lo hacen ver más grande de sus treinta y algo.

El segundo se extiende a la infinity. La mirada fulminante del Sr. Blackthroat se intensifica. Por un momento, un brillo resplandeciente aparece alrededor de sus pupilas. Debe ser algún efecto de la luz.

—*Espresso* triple, —el gruñido profundo de su voz envuelve mi cuerpo y me aprieta.

Asiento.

Todavía me tambaleo por el hecho de estar trabajando para *el mismísimo* Brick Blackthroat. O, mejor dicho, de la asistente de Blackthroat, Indira.

Mi jefa tiene la misma edad que yo, y acaba de graduarse. Me dijo que a *su* jefa la despidieron el viernes y ella subió de posición. Sólo ha estado aquí por tres semanas en total.

Ahora mismo se apresura alrededor del área de su escritorio, levantando carpetas y buscando en ellas. Sospecho que ni siquiera sabe de qué informes está hablando.

Probablemente sea algún tipo de prueba.

Bueno, me aseguraré de que la pasemos justo después de buscar sus pedidos de café.

No planeo con que a ninguna de nosotras nos despidan hoy.

O mañana.

Es bueno saber cómo navegar las aguas del uno por ciento del uno por ciento.

Regla número dos: actúa como si pertenecieras.

Así que finjo que no me inquietan los seis imbéciles apuestos con trajes de diez mil dólares sentados alrededor de una mesa gigante. Los reconozco como miembros del equipo ejecutivo. Memorice la lista de empleados, además del manual de trescientas catorce páginas de camino al trabajo esta mañana.

Regla número tres: Siempre hay que estar preparada.

—Tomaré el fuerte grande, crema extra, sin azúcar, —dice un ejecutivo con acento británico. Debe ser Nicholas Cavendish, séptimo. «Nickel» se pasó de Oxford a Yale, el *alma mater* de Blackthroat.

Luego está Vance Blackthroat, director financiero. Primo del rey. Ni siquiera levanta la mirada del portátil.

—*Flat white*. Grande.

—¿No escribirás esto? —William «Billy» White sonríe burlón como si pensara que estoy por reprobar esta prueba. Tiene hoyuelos en las mejillas y en el mentón y toda su apariencia grita *seductor*.

—No, lo recordaré, —aseguro de forma alegre. No uso papel y lapicera o lo anoto en mi teléfono por una cuestión de orgullo. Tengo una memoria excelente y quiero mantenerla a la perfección, incluso si lo que hago con mi título de Princeton es servirles café a un grupo de pendejos privilegiados. Uso la nemotécnica de imaginarme colocando cada vaso con la etiqueta impresa con su bebida exacta en frente de ellos.

—Bien, —dice lentamente—. Tomaré un Frappuccino *ribbon crunch* con caramelo y crema batida.

—Entendido, —miro con amabilidad al siguiente tipo, pero Billy me interrumpe y cambia de parecer—. No, de hecho, mejor un *mocha* grande descafeinado con sólo dos bombeadas de chocolate.

Tomo dos pedidos más cuando vuelve a cambiar de parecer.

—Espera, no te vayas. Me gustaría un *latte* breve grande con un shot adicional. ¿Entendido?

El bastardo engreído tiene las agallas de guiñarme el ojo.

—Entendido, —volteo con educación para tomar los últimos pedidos y salir de la sala de conferencias.

Encuentro a Indira haciendo clic con el ratón frenéticamente en la computadora.

—Tuve que buscar al servicio técnico para que me dieran la contraseña de mi jefa anterior. Espero poder encontrar los informes que necesita. ¿Puedes buscar los cafés? Sólo tienes que ir al café afuera del edificio.

—No hay problema. Buena suerte con los informes. Ya regreso.

Diez minutos después, estoy en la esquina esperando para pedir. Debería haber adelantado el pedido por la aplicación. Intento no ponerme nerviosa porque me despidan por la tardanza de los pedidos. A esta altura no hay nada más que pueda hacer más que disculparme si me retan.

Cuando finalmente vuelvo cargada con dos bandejas de café, tengo que apoyar uno de los transportadores en el suelo para abrir la puerta de la sala de conferencias.

Indira está dentro, entregando los informes.

Sirvo los cafés y Billy dice,

—¿Qué es esto? ¿Dónde está mi *flat white*?

Mi mente se revoluciona mientras intento entender si me está tomando el pelo.

Está frunciendo el ceño como si estuviera enojado, pero veo un movimiento de labios de Vance.

Está tomándome el pelo. No hay dudas.

Estoy segura de ello cuando dice,

—En serio tendrías que haber escrito los pedidos, —mira rápido en dirección a Blackthroat como si fuera un sabueso que le trae un bocado delicioso a los pies de su maestro.

En este escenario yo soy el bocado.

—No, está bien. Los tengo todos aquí. —Me toco la sien—. Pidió un Frappuccino *ribbon crunch* de caramelo con crema batida, luego lo cambió por un *mocha* grande descafeinado con sólo dos bombas de chocolate y luego a un latte breve grande con un shot adicional. —Espero un momento antes de agregar—, pero estoy feliz de regresar y buscar otro pedido. —Puede o no que haya un tinte de sarcasmo en mi tono. Apoyo la cadera contra la losa gigante y gruesa de caoba pulida que forma la mesa—. ¿O sólo intentaba confundirme? Tomará más que un pedido de café lograrlo.

No sonrío, pero escucho un resoplo de risa del otro lado de la mesa y una ligera carcajada de Vance.

Me estiro hacia el otro lado de la mesa para acomodar la taza de café de Billy de modo que la etiqueta esté frente a él.

—¿También fue un bravucón en la secundaria?

Los ejecutivos tan serios, profesionales y arrogantes de repente se transforman en chicos de fraternidad en un salón. O quizás eso sea lo que siempre han sido, pero los trajes me engañaron.

—Ahhhhh, tiene una bocota, —dice uno de ellos mientras ríe—. Te viene bien, —responde Nickel.

—¿Le dejarás pasar eso? —Le pregunta Billy al Sr. Blackthroat.

¿Qué carajos? Comparado con la cultura corporativa que he visto en todos los lugares fuera de esta sala de reuniones, la familiaridad dentro de este grupo me sorprende. Pero Blackthroat creó la nueva empresa con sus primos y amigos de la universidad, así que supongo que tiene sentido.

—¿Si dejaré que *la secretaria de mi secretaria* te deje en ridículo cuando intentas hacerla equivocarse? —Blackthroat cruza los brazos sobre su pecho.

Dios santo, son brazos muy lindos, gruesos y llenos de músculos.

—Sí, parece que lo haré —gira en mi dirección—. Siéntate en la esquina con Indira, la memoria podría ser útil.

Encuentro a Indira sentada en una esquina en las sombras cerca de la puerta y pongo una silla de oficina con ruedas a su lado.

—Al principio pensé que me estaban enviando al rincón como castigo, —le murmuro por lo bajo.

Ella mueve sus labios hacia adentro para no sonreír.

La mirada del Sr. Blackthroat me registra por un momento y mi barriga se retuerce. Dudo que me haya escuchado. Mis mariposas no tienen nada que ver con el miedo de perder el trabajo. Son más por... la emoción que me provoca su atención.

Un punto para las asistentes.

Capítulo dos

B^{*rick*} No sé por qué le dije a la Chica Nueva que se quedara en la sala, pero su comentario por lo bajo sobre ser castigada me hace ponerme duro. Definitivamente me gustaría castigar a esa chica. Ponerla sobre mi escritorio y golpearle el trasero mientras gime por más. Por supuesto, no lo haría.

No estoy con humanas, y mis empleadas están fuera de límites. No cazas lo que no puedes comer.

Tomo el informe y comienzo a revisarlo.

Necesito a Indira aquí para responder o buscar información sobre cualquier pregunta que surja de él, pero no hay motivo para que se quede su asistente. No hay motivo que se me ocurra para pedirle a la Chica Nueva que se quede más allá del hecho de que me entretiene. Y además está su aroma exquisito. Llena la habitación y simultáneamente me estimula y me calma.

Me gusta cómo me miró a los ojos.

Nací dominante. Un alfa en potencia. Sólo he bajado la mirada ante mi padre, y después de transformarme un par de veces, él fue cuidadoso de no pedirme sumisión en caso de que le saltara a la garganta. Incluso de joven, mi lobo era un monstruo.

Miro mal a todos en la habitación. Nadie más me sostiene la mirada. Son mis lobos más importantes, mis compañeros de negocios, más cercanos que hermanos. E incluso ellos saben que no deben desafiar a mi lobo.

La Chica Nueva hizo lo que ninguna criatura, humana o transformista, debería poder hacer. Y mi lobo se lo permitió. No sólo lo permitió, sino que no está para nada molesto. No, está intrigado.

Reviso estos informes que me dio Indira, luego dejo ir a las dos humanas para tratar sobre negocios más sensibles.

Negocios relacionados a la manada y a la familia.

—Los Adalwulfs, —comienza a decir Vance, y mi cabeza vuelve concentrarse en lo que debería.

—¿Qué pasa con ellos? —Respondo de mala manera.

Los Adalwulfs son nuestros archienemigos. Una manada y organización rival de los primerísimos días de la colonia, los Adalwulfs siempre fueron los segundos mejores hasta que tuve dieciocho.

Cuando me robaron el maldito trono.

—Nada confirmado, pero hay un nuevo postor en juego para la Aseguradora Benson. No sabemos quién está detrás de eso, pero en la calle se dice que es...

—Aiden Adalwulf, —Billy escupe el nombre de mi primo y némesis como si fuera un insulto.

Mi lobo se pone de pie de inmediato. La habitación se vuelve roja; mi lobo me está dando una visión de él pintado con la sangre de nuestro rival. Si tan sólo fuera posible.

—¿Pensé que lo de Benson era un trato cerrado? —Dice Nickel.

—Todavía no, —dice Vance—. Benson Senior está siendo lento. Ahora sabemos por qué.

Dejo de apretar los dientes el tiempo suficiente como para preguntar,

—¿Cuál es la oferta?

—No hay noticias acerca de eso, ¿pero si tuviera que adivinar? El doble de lo que ofrecimos.

—A la mierda con eso, —responde Billy—. Estaría pagando unos cuantos billetes de más.

—Adalwulf Asociados puede permitírselo, —dice Vance—. Sabes que Aiden sólo lo hace para jodernos.

—¿Por qué estamos adentrándonos en la aseguradora de todos modos? —Resopla Billy.

—Estabilidad, —dice Nickel de una manera más paciente de la que yo tendría—. Después de esta adquisición, tendremos exposición en todos los sectores más importantes.

—Entonces empezamos de cero. ¿Quién necesita una vieja empresa rancia como Benson cuando podemos construir una nueva, mejorada y más ágil? Danos un fin de semana a Jake y a mí. Crearemos algún código que haga que Geico parezca un dinosaurio —Billy toma una pelota para el estrés y se la lanza a Jake, quien la atrapa sin levantar la cabeza del informe—. ¿No es así?

Jake, nuestro genio programador residente, se encoge de hombros.

—Podríamos hacerlo.

—No, —respondo—. Comprar a Benson era más un tema de acceso al sector de seguro. Era un tema de manejar nuestra imagen.

—La nueva y la vieja. —Nickel se suena los dedos—. Lo moderno y lo heredado. Probamos que no somos un emprendimiento tecnológico pretencioso que surgió de la ola cripto.

—Pero sí aprovechamos la ola cripto, —dice Billy.

—Así empezamos. Pero somos más que eso, —agrego—. Adquirir a Benson es una prueba más.

—Sería un triunfo personal, —agrega Nickel—. Y perderlo ante los Adalwulfs nos haría parecer débiles.

Y tiene razón. Normalmente estaría dispuesto a dejar ir el trato. Pero ahora que los Adalwulfs están metidos en esto, tenemos que ganarlo. Porque cuando eres un lobo, la dominancia no se trata de una medalla dorada o un trofeo insignificante.

Se trata de supervivencia.

Mi madre es una Adalwulf. Por su traición, les robaron la corona a los Blackthroats, pero no pudieron mantenerla. Es mi trabajo recuperar nuestra verdadera posición. Soy el alfa. Tomando al toro de Wall Street por los cuernos es tanto mi destino como mi deber.

—Nos mantendremos firmes —ordeno—. Les endulzaremos los oídos. Beneficios extralegales, acciones de Moon Co., lo que sea necesario.

—Tendré una nueva opción de propuesta en tu escritorio para el mediodía, —me dice Vance—. Haré que mi equipo averigüe si hay algún detalle que se pueda saber sobre lo que ofreció Adalwulf. Nickel ya está tomando su teléfono y juntando a sus tropas.

—Quiero que esto esté resuelto antes del baile de caridad, —añado—. Llámenme cuando antes.

—Estoy en eso, —Billy se levanta rápido de su silla. No tiene miedo a contradecir, pero será leal a la dirección que establezca el Alfa.

—Es delicado, —le grita Nickel—. Envía a alguien que pueda endulzarlos un poco con sus palabras. Billy sabe que no soporto a los humanos.

—Puedo hacer de policía bueno, —Billy separa los labios en una sonrisa del Joker. Es horripilante, no encantadora. Jake y Sully se

rien.

—Me temo que no está muy bien, —agrega Nickel—. Envía a alguien más.

Billy nos muestra el dedo y sale de la sala de conferencias para sermonear a mis asistentes y que arreglen una nueva reunión con los dirigentes de Benson. Mi escucha transformista lo capta todo.

—Por supuesto. ¿Cuándo? —La respiración de Indira se entrecorta.

—Ayer, —grita Billy.

No sé por qué sigo escuchando. Qué espero escuchar.

—Considéralo hecho, —la voz de la Chica Nueva es tranquila y autoritaria.

Fascinante.

Tengo que luchar contra mis ganas de arrinconar a la Chica Nueva y empezar a demandarle cosas. Demandas que van mucho más allá de su descripción laboral...

Capítulo tres

M^{adi} Después del trabajo me tomo el subte a Brooklyn. Obligo a mi cerebro a dejar de pensar en el trabajo. A dejar de analizar y categorizar todo lo que vi y escuché hoy. Luego paso al lado de un tipo de traje leyendo el diario. Una foto en blanco y negro de Brick Blackthroat me mira de mala manera desde la sección de negocios y de pronto estoy de nuevo en la sala de reuniones.

Esperaré que respondas a Secretaria, Asistente o Chica Nueva.

Tan ofensivo.

Pero, por alguna razón, me calentó. Quizás fue la voz profunda y gruñona. O el hecho de que Blackthroat es tan sensual que derrite bragas.

O tal vez sólo me encanten los desafíos. Estoy decidida a mantener este trabajo. No sólo porque debo hacerlo, que es así, sino porque me niego a perder este juego.

Para cuando llego a La Résistance, el café donde trabaja Aubrey, mi compañera de departamento y mejor amiga de la infancia, estoy lista para arrojar mis tacones altos al basurero que parcialmente tapa la vista del mural que Aubrey pintó al costado del edificio. Es

una representación de las protestas Occupy Wall Street con las palabras *Resiste mucho, obedece poco* en unas letras gigantes.

El café está lleno, pero no saturado, la transición de una clientela ocupada a una música más relajada de la tarde noche sigue en proceso. Ha estado aquí desde comienzos de los setenta, un lugar de reunión para artistas y activistas políticos.

Ni bien entro, la tensión que llevo en los hombros se desvanece. Venir aquí es una buena idea. El suelo bajo mis pies es estable, no como el último piso alto de Moon Co.

Aquí es donde pertenezco.

El aire acondicionado está prendido, pero es agosto y hace calor en el café y desearía poder quitarme el vestido y los tacones del trabajo y llevar una camiseta y unos pantalones cortos como Aubrey.

—Ey, ¡allí está nuestra nueva estrella, recién llegada de Wall Street! —Aubrey pone su puño sobre sus labios para hacer un ruido de corneta.

—Shh, —le advierto.

Ella señala la foto pegada al tablón de anuncios detrás de ella de nosotras dos con nuestros carteles y camisetas en el último evento. El tablón es un collage caótico de pegatinas y fotos de protestas sociales desde los orígenes del café cuando la dueña, Caroline, y quien ahora es su esposa empezaban a adentrarse al activismo. Su café ha sido un lugar de reunión para quienes logran cambios desde entonces.

—Creo que no debería enviarle esas fotos a tu jefe, ¿verdad?

—Probablemente no. —Le sonrío.

—Entonces... —Aubrey me pone un *latte* de vainilla en frente—
¿cómo estuvo tu primer día?

Le doy un sorbo a mi bebida. No tiene cafeína porque es tarde, pero sigue sabiendo a ambrosia.

—Una locura. Estás mirando a la nueva asistente de la asistente de Brick Blackthroat, —termino mi anuncio con unas manos de jazz irónicas—. Tengo que servirle café.

Aubrey se ríe. Su opinión sobre los capitalistas despiadados y el patriarcado es peor que la mía.

—Bienvenida a Wall Street, donde exigen una educación de las mejores universidades para buscarles sus bebidas.

—Lo sé, ¿verdad? —Hago una mueca—. Pero mi primer pago será en tres semanas, justo a tiempo para abonar la primera cuota de Brayden.

El rostro de Aubrey se suaviza.

—Eres una buena hermana.

—Es sólo lo justo. Un donante anónimo de esperma cubrió mis gastos.

Aubrey no hace comentario. Sabe lo complicados que son mis sentimientos acerca del idiota rico, de identidad desconocida, que embarazó a mi mamá y nos dejó a ambas luchando por sobrevivir.

Otro chico rico y lindo que deja destrucción a su paso.

Un cliente se acerca al mostrador y Aubrey se aleja para atenderlo. El hombre hace su pedido y su voz es sorprendentemente profunda. Es apuesto de una forma varonil, con cabello largo y gafas de John Lennon. Me ve mirándolo y levanta las cejas, como si me invitara a acercarme.

Volteo. Todo lo que puedo pensar es en Brick Blackthroat y el ruido profundo de su voz autoritaria.

Así no soy yo. Pensando de forma pervertida en un billonario de Wall Street. Mi último romance fue con alguien que quería ser poeta y dejó la universidad para construir su pequeña casa y tener un jardín comunitario. Tan opuesto a Brick Blackthroat como es posible.

Aubrey regresa con un chai para ella.

—Entonces... Wall Street. Hombres ricos. Haciendo dinero.

—Ganan mucho dinero. Y son horribles.

Objetivamente, son horribles. Chicos de fraternidad ostentosos y adinerados dirigiendo una empresa. Pero por alguna razón no me disgusta ninguno de ellos, ni siquiera Billy.

Y sobre todo no me disgusta Brick Blackthroat.

—No hay duda. Aubrey.

Pienso en la sala de reuniones, en el ambiente cargado. Blackthroat fue tan áspero como esperaba, pero incluso más apuesto de lo que sus fotos de prensa lo hacen parecer. Atractivo de una forma que te hace odiarlo aún más. Como a esos villanos de las películas que parecen incluso más peligrosos porque lucen bien.

Todo mi cuerpo se encendió al estar cerca suyo. Su poder es palpable y adictivo.

En mi búsqueda sobre este trabajo, encontré su historia de origen. Brick Blackthroat viene de una familia adinerada, pero su padre murió cuando tenía dieciocho y el negocio familiar se fundió. Los seis, Brick, sus dos primos, y sus amigos más cercanos, crearon su primera empresa juntos en su casa de fraternidad. Se sumaron a la ola cripto con su propia moneda y luego con una plataforma de negocios, MoonShot y MoonBase, pero Blackthroat no se detuvo allí. Se arriesgó a lo grande invirtiendo en una empresa de semiconductores, y allí es donde ganó su primer billón. Fue cuando el mundo dejó de reírse de los hermanos de fraternidad que jugaban con dinero del Monopoly y comenzaron a llamar a Brick Blackthroat el próximo Warren Buffett.

—Son jefes pendejos, no hay duda, —agrego—. Son los chicos más malos de Wall Street, pero supongo que deben serlo. Ese es el juego que están jugando.

Bueno, está bien. Los admiro muchísimo por lo que crearon.

—Es bueno que tengas mucha práctica lidiando con los ricos y privilegiados.

Ella se refiere a mi época en Landhoweer, codeándome con los jugadores de polo que caminaban por el campus a la sombra de los robles como si fueran sus dueños. Sus apellidos estaban en edificios de piedras antiguas, en honor a las donaciones contundentes que sus familias le habían hecho al colegio, así que en parte era verdad.

—Qué bueno.

Lo que me molesta es lo mucho que ansío volver a ver a Brick Blackthroat bien de cerca. Debería ser inmune a los idiotas ricos.

—¿Qué? —Aubrey se acerca—. ¿Qué es esa expresión en tu rostro? Puedes decirme.

—Mi jefe es atractivo.

—Uuuuuuuh, —Aubrey toca su oro de plata de la nariz—. Ahora te gustan los chicos de Wall Street.

—Mierda, no. —Me voy hacia atrás tan rápido que casi derramo mi *latte*—. No salgo con tipos ricos.

—No dije «salir». —Aubrey pasa un dedo por el borde de su taza—. Sólo digo... si la sala de conferencia se tambalea, no golpees la puerta.

—Qué asco, —digo, pero sonrío. Las imágenes pasan volando por mi mente como si estuvieran esperando permiso: yo recostada ante mi jefe como un plato de buffet, Blackthroat avecinándose sobre mí, sus ojos glaciales pegándose a la mesa de conferencias mientras se quita la chaqueta del traje y se arremanga las mangas de la camisa. ¿Qué tipo de músculos esconde debajo de su traje?

No, no, no. No puedo babosearme por mi jefe.

—Necesito este trabajo. Necesito el dinero, no tener sexo.

—Quizás puedas conseguir ambos. Un par de orgasmos y una buena paga para que el nombre del baboso de Blackthroat no esté

en la prensa.

Me ahogo con mi *latte*.

—Así haría yo esta jugada, —la sonrisa de Aubrey es perversa.

—Plan Z, entonces. Si me despiden.

—No te despedirán. Aprendes rápido.

Soy más que alguien que aprende rápido. Soy lo más capaz que podría ser un asistente y planeo volverme indispensable para Brick Blackthroat. Indira y yo mantendremos esos empleos, y Brayden tendrá su educación.

Aubrey busca debajo del mostrador y saca un volante.

—Aquí al lado tendrá una noche de bandas de los 80.

—No, —me quejo antes de que siquiera pueda preguntar.

—Vamos, —intenta persuadirme—. Será divertido.

Las bandas de chicas de los ochenta lo son todo para Aubrey. Siempre lo han sido. Pasamos la mayor parte de nuestros primeros años de adolescentes aprendiendo a tocar o coreografiando bailes de The Blanges, The Go-Go's y Banarama.

—No puedo. Necesito prepararme para mañana y podría tener que estar toda la noche. Después de la reunión de esta mañana, la oficina estaba alerta sobre el trato Benson. Necesito conocer todos los detalles antes de la mañana.

Regla número tres: Siempre estar preparada.

—No es esta noche. Es dentro de un mes, —me dice—. Y puede que ya nos haya inscripto para tocar.

—¿Para *tocar*?

—¿Por favor? ¿Por favor, por favor, por favor? ¡Será tan divertido!

—Aubrey...

—No puedo tocar Go-Go's yo sola. Te necesito.

—Necesitas a alguien con talento real y esa no soy yo.

—Realmente lo eres. Tocarán cuatro bandas y seríamos las segundas. Conseguí que mi amiga Erica toque la batería. Sólo te necesitamos a ti en el bajo. No debemos practicar, sé que estás ocupada.

—No tocaré sin ensayar. Literalmente no hemos tocado desde cuarto año de la secundaria.

—Sí, pero te conozco. Nunca olvidas nada. Ensayaré con Erica. Tú sólo tienes que asistir esa noche y tocar.

—Bien. —Abro el calendario en mi teléfono y agendo la fecha—. Lo haré por ti. Por ti. Sólo déjame acostumbrarme a este trabajo. Puede que tenga que pasar muchas noches sin dormir para estar un paso al frente.

—Esos billonarios no te merecen.

—No. No me merecen.

Aubrey se acerca a la máquina de *espresso*.

—Antes de que te vayas, te prepararé un *latte*. Con toda la cafeína esta vez.

—Eres una diosa.

Me tomo un momento para revisar el celular del trabajo. Ya hay cientos de correos nuevos y par de mensajes frenéticos de Indira por la reunión con Benson que intentamos agendar «ayer».

Claro, jefe. Sólo déjeme construir una máquina del tiempo bien rápido.

Aubrey me pasa un vaso para llevar. Veinte onzas de cafeína, dios la bendiga.

La saludo y me marchó. Tengo correos que responder y una toma corporativa que conquistar. ¿Y Brick Blackthroat? Lo trataré como a cualquier otro idiota rico. Haré que los pantalones de su traje queden tan impresionados como Madi Profesional, cobraré mi

sueldo y no le dedicaré ni un pensamiento que no esté estrictamente relacionado al trabajo.

No tengo miedo del Gran Jefe Malvado.

Capítulo cuatro

B^{*rick*} La mañana siguiente, mi conductor me deja a un par de millas de Wall Street y camino el resto del trayecto. He tenido ganas de correr desde que me fui de la oficina anoche. Me niego a creer que sea por la Chica Nueva. No me calientan los humanos.

Pero tengo un exceso de energía, así que lo gasto caminando antes de entrar y creo que es mejor que hacerles la vida imposible a todos los que me rodeen.

Me vibra el teléfono y me pongo los auriculares para atender la llamada. Es mi hermana, Ruby. Es cinco años mayor, pero somos cercanos. Sobre todo porque ahora tiene dos cachorros con Eagle, mi consejero principal, y me enloquecen mi sobrina y mi sobrino. Además tuvimos una infancia jodida en una familia aún más jodida y ahora somos los líderes de los Blackthroats.

—¿Qué sucede? —Atiendo de forma cortante. Incluso con la familia soy escaso de palabras.

—Hablé con mamá.

Respiro profundo. Cualquier mención de mi madre me hace querer pegarle a alguien. No a ella... porque sigue siendo mi madre

y por mucho que la odie sigo malditamente pegado. Algo en mi centro, quizás sea el instinto de lobo alfa, sigue siendo protector.

—Ella, eh, dijo que el tío Odin se está muriendo.

—¿Y? —Exijo saber. El sabor en mi boca es tan amargo como es posible. No me importaría una mierda si todo la manada Adalwulf se muriera mañana.

Bueno, mi madre me provocaría sensaciones contradictorias. Y en eso yace el conflicto que me consume todos los días.

—No lo sé. Creo que la libera de alguna forma. Dice que quiere pasar tiempo con sus nietos.

Rechino los dientes.

—¿La dejarás?

—Em... sí. Quiero hacerlo.

Quiero arrancar el tacho de basura metálico que tengo al lado del concreto en la acera. No sé por qué carajos estamos teniendo esta conversación. ¿Sólo para empeorar un día amargo? Luego me doy cuenta.

—Me estás pidiendo permiso.

Puede que sea mi hermana mayor, pero yo soy el alfa. Sabía que mi hermana tenía una relación esporádica con nuestra madre desde la muerte de nuestro padre, pero no lo consideré mi problema. Es la decisión de Ruby. Personalmente sé que no podría soportar verla. Me molestaría demasiado.

—Bueno, no. No exactamente. —Entiendo que lo que quiere decir es que si digo que *no*, lo hará de todas formas—. Sólo quería que lo supieras.

—¿En serio piensas que estás a salvo con ella? August está en línea para el trono si algo me sucede. ¿Crees que los Adalwulfs lo dejarían con vida?

—Brick, ¡ella no mató a papá! —Dice Ruby con fervor. Suena a que está cerca de las lágrimas, lo que me hace calmarme. Puede que sea un imbécil con la mayoría de los que me rodean, pero Ruby no se lo merece.

—Sabes que no pienso eso, Rubes, —digo con gentileza. Dejo de caminar con prisa y me froto la frente, lo que provoca que el tráfico a mi alrededor cambie de ritmo y se escuchen maldiciones susurradas.

—¿Por qué matarían a alguien de cinco años? Si mataran a alguien sería a ti y eso obviamente no ha sucedido. No hay razón para matar. Piensan que ganaron cuando Odin se robó a todas las grandes cuentas para Adalwulf Asociados. Blackthroat Inversiones ni siquiera sigue abierto a clientes externos. Ya no somos una amenaza para ellos.

Definitivamente soy una amenaza para ellos. Cada. Uno. De ellos.

—No has hablado con ella, Brick. Desearía que lo hicieras. Está devastada por lo de papá y por perder su relación con nosotros. Sé que ella no lo hizo.

—No estoy seguro de que podamos confiar en nosotros mismos o en nuestro juicio personal cuando se trata de nuestra propia madre.

—Yo sí. Estoy segura, Brick.

Está demente. Pero mi hermana es una persona conciliadora. Siempre intentó crear paz entre nuestros padres y las dos familias.

—Entonces, haz lo que quieras hacer, sólo no me metas en eso, —murmuro y comienzo a caminar otra vez.

—Bueno. Entendido. Auggie tiene un torneo de karate mañana por la noche si quieres venir.

La sola mención de mi sobrino me suaviza.

—¿Cómo le está yendo con eso?

Todavía no puedo creer que mi hermana se arriesgó en poner a Auggie en cualquier tipo de deporte con humanos. El peligro de que muestre sus habilidades no humanas es demasiado alto. Pero supongo que es mejor entre antes aprenda a esconderlas. De cualquier forma, fue la idea de sus padres.

—Está bien. Le encanta. Es una buena manera de que desgaste energía.

—No hay duda. Sí, estaré allí seguro. Envíame los detalles por mensaje.

—Muy bien. Ah, y estoy haciendo planes para el baile. Vienes solo, ¿cierto?

—Claro.

Su voz se vuelve traviesa.

—Sólo me aseguro de que no quieras que te encuentre una cita.

Me encuentro pensando en la Chica Nueva y gruño,

—Al diablo con eso.

—¿Estás seguro? —me provoca, pero cede de inmediato—. Muy bien. Te quiero.

Me suavizo un poco más. Yo también te quiero.

Hay unos diez años entre mis hermanas más grandes y las más pequeñas, pero Ruby, Scarlett y yo somos seguidos.

Nuestro padre procreó con el enemigo, lo que significa que tuvimos la infancia más jodida que se pueda imaginar.

En nuestra familia o bien nos mantenemos cerca o nos cuidamos del cuchillo por la espalda.

Estoy en busca de sangre cuando llego a Moon Co. así que cualquier empleado que me haga enojar sufrirá las consecuencias. Se alejan mientras corto camino por la entrada con zancadas largas. Los guardias de seguridad se ponen más firmes y mueven los

hombros hacia atrás cuando paso. Despediré a cualquiera de ellos si siquiera miran el celular cuando estén trabajando.

Moon Co. ya tiene más medidas de seguridad que la mayoría de las empresas, pero añadiré más. Los empleados se quejarán en privado, pero a la mierda con ellos. Están aquí por el sueldo. Hay riesgos altos para mí y para mi manada. Nuestros enemigos nos pisan los talones y amenazan nuestra propia existencia. Esto ya no es sólo negocios; es vida o muerte.

Entro en el ascensor con Noah, uno de mis principales analistas, ingreso el código del piso ejecutivo y me giro para no verlo. Normalmente si entro en el ascensor, el resto de los empleados, al menos aquellos que saben lo que les conviene, esperan al próximo, pero me golpea el aroma de la Chica Nueva cuando entra corriendo con dos vasos de café de Starbucks.

Me provoca el mismo pico de interés sexual ni bien siento su aroma dulcemente especiado, pero también sucede algo más. La ira subyacente que sentía por la situación con mi madre y el resto de los Adalwulfs se desvanece. Es como si mi lobo me necesitara en calma cerca de esta mujer. Para mantenerla protegida de mi lado más peligroso.

—Buenos días, señor Blackthroat, —dice de forma educada. Llega una falda ajustada a la rodilla y una blusa que le sienta bien a su forma y lleva mi mirada directamente a sus tetas. Tiene unos pechos perfectos. Casi estoy seguro de que parecerían un par de duraznos a punto si los destapara.

Y realmente quiero destaparlos.

No lleva perfume, pero su esencia, combinada con la de su café, un *latte* de vainilla, con el aroma me crispa a las fosas nasales, hace que mis dedos se cierran en puños.

La combinación de la respuesta de mi cuerpo ante ella y mi irritación por tal respuesta me hacen querer ponerla contra la pared del ascensor con mis dedos alrededor de su garganta. Besar esa boca astuta hasta que gima mientras le enseño a no provocar a mi miembro.

Pero no me está provocando. Sólo está parada en el ascensor, al igual que yo.

La ignoro.

Madison acomoda su peso, pero no muestra reacción alguna a cómo la recibo. La llamaría desatenta, pero sospecho que es demasiado inteligente para eso. O bien tiene una autoestima sólida o es buena escondiendo su incomodidad social.

—¿A qué piso? —Pregunta Noah en los tonos notorios de una persona sorda. Es un transformista lobo, pero no de la manada de Nueva York, y no consiguió el trabajo por contactos de la organización. Puso un pie en la puerta de la forma humana, lo que significa que es brillante y exitoso. Es lo que lo hace uno de mis favoritos.

La Chica Nueva gira su rostro claramente hacia el de él y dice «veintiocho» al mismo tiempo que mueve los cafés a una de sus manos y le hace señas con las manos.

Ah, por el amor de Dios. Sabe lengua de señas. Es demasiado. Recuerdo de su currículum, que revisé anoche, por primera vez, que sabe cuatro idiomas de forma fluida y uno de ellos es lengua de señas. También noté ayer que pronuncia el nombre de Indira de forma diferente a la mía. Como si quisiera alardear que sabe la pronunciación correcta en hindú en lugar de como lo solemos decir aquí.

Noah le lee los labios o tiene un implante coclear o algo. Ni siquiera sé si él sabe lengua de señas; nunca lo he visto usarlo.

Nunca me dirigí de forma personal al lobo. Cumple un trabajo para mí y le pago bien. Se ha ganado un lugar entre los pocos en quien confío.

Pero su rostro muestra una sonrisa. Es la primera vez que la he visto, y por alguna razón, quiero aplastarlo contra la pared por ello.

Porque está dirigida a *ella*.

Le dice algo en lengua de señas y luego los dos comienzan a tener toda una conversación con sus manos que no puedo entender.

Noah se baja en su piso y la Chica Nueva y yo seguimos hasta el último. Cuando me bajo, ella me sigue hasta mi oficina.

Me giro, a punto de cortarles la cabeza por el cuello, pero veo que camina con calma hasta mi escritorio y deja uno de los cafés sobre él.

No puedo decidir si maravillarme o enfurecerme por el hecho de que parezca tan cómoda entrando a mi espacio como lo haría una de mis hermanas. No tocó la puerta o pidió permiso para entrar. Sólo entró e hizo lo suyo. Está intentando agradarme, pero de alguna forma se siente más como un movimiento alfa que uno omega.

Tampoco me molesta que ahora su aroma esté en mi oficina.

Ella pasa rápido a mi lado y sale por la puerta sin esperar un gracias. Quizás sepa que no se lo diré.

Me aclaro la garganta.

—Hay una tarjeta de crédito para gastos en el escritorio de Indira.

—La usé, —me asegura. Su cabeza se mueve hacia arriba brevemente y me sostiene la mirada.

Me quedo helado, sorprendido de nuevo de que se atreva a mirarme a los ojos.

Espero un momento hasta que pestañea y baja la mirada. Me aclaro la garganta y me dirijo a mi escritorio.

—Necesito que el jefe de seguridad esté aquí en diez minutos. Instalaremos escáneres de retina y huellas dactilares en los ascensores y puertas de acceso para el final del día.

—De inmediato, señor, —sale de mi oficina, no muy estable sobre sus tacones. Me obligo a no mirar.

Afuera escucho a Indira preguntarle de forma incrédula por lo bajo,

—¿Acabas de *entrar a su oficina sin invitación*?

—Sí. Estaba lista para que me arrojara por la ventana, pero parece que su violencia verbal está bajo control por esta mañana.

Violencia verbal. No me molesta la descripción.

—Harás que nos despidan a las dos, —gruñe Indira, pero hay algo de admiración en su tono.

—¿Fue demasiado?

—Sí, no creo que tengas permitido entrar a menos que él diga que nos quiera las dos.

—¿O sea contigo? Definitivamente intento ayudarte, no hacer que te despidan.

—No, no fue demasiado conmigo. Me alegra que estés aquí. También te apoyo.

Antes de que la fiesta de halagos me haga vomitar, levanto el teléfono y empiezo a dar órdenes.

Capítulo cinco

M^{adi} El viernes a la mañana, hay un Bugatti negro y rojo esperando al frente del edificio de Moon Co. cuando entro apresurada. El auto deportivo está estacionado frente a una boca de incendios. Unos de los ejecutivos importantes debe haberlo dejado allí para luego enviar a un asistente desafortunado a estacionarlo como se debe. El director financiero, Vance, o quizás el jefe de operaciones, Billy. No puedo imaginar a Brick Blackthroat conduciéndolo. Él preferiría algo menos ostentoso.

No es que tenga una opinión al respecto.

Me vibra el celular antes de entrar al ascensor y sé antes de verlo que es un mensaje de Aubrey. Ha pasado toda la semana enviándome su versión de frases motivacionales.

Aubrey: Recuerda: El baboso de Blackthroat se pone los pantalones como todos los demás. Excepto que, con cada pierna, gana otro billón de dólares.

Yo: Deja de llamarlo así.

Aubrey: ¿Por qué? No puedo dejar de pensar en su...

Agrega un emoticón de berenjena y apago el teléfono, negando con la cabeza. Aubrey me conoce demasiado.

Puede o no que haya tenido un sueño sexual con mi gran jefe malvado anoche. Estábamos en la sala de reuniones y él me desvestía con su mirada. Puso la mano sobre mi rodilla...

El ascensor hace un ruido y niego con la cabeza. Me levanté tarde por memorizar la estructura del acuerdo de Benson. Puedo culparle mis sueños alocados y fantasías mientras estoy despierta a la falta de sueño. Necesito cafeína.

Indira me encuentra en la pequeña cocina que usamos para preparar los refrescos para las reuniones de Brick.

—Gracias al cielo estás aquí. —Su respiración suena entrecortada.

—¿Está todo bien?

—Adelantaron la reunión de ejecutivos. —Se restriega la cara con una mano—. Me lo acaban de avisar.

—¿Qué necesitas que haga?

La Madi de negocios está aquí para salvar el día. Incluso me vestí en mi versión de un traje poderoso: un vestido ajustado del estilo de los cincuenta que se pega a mis curvas, pero mantiene un escote modesto. *Mad Men* se une con Marilyn Monroe.

—Se reunirán en la sala de conferencias aquí arriba. El equipo financiero enviará unos paquetes de propuestas.

La voz profunda del señor Blackthroat recorre el pasillo cuando baja del ascensor. Está en medio de una conversación con alguien que no veo al otro lado de su auricular Bluetooth.

—Por supuesto que no, —grita en su todo más imponente. Aunque no nos habla a nosotras, Indira se encoge de miedo.

—Gran jefe malvado a bordo, —le murmuro por lo bajo—. Cúbrete.

Pasa rápido a nuestro lado con sus piernas largas y luce letalmente apuesto en un traje que es probable que cueste más que mi educación universitaria. Que pena que me guste el porno con trajes. Y que tenga una fascinación con jefes cretinos.

O quizás es una ventaja porque al menos no me vuelvo un desastre nervioso como Indira.

Nos paramos frente a su escritorio para recibirlo, como los sirvientes de antes le daban la bienvenida al señor de la casa. Él nos mira y termina su llamada para hablarnos.

—Busquen al jefe de Adquisiciones tecnológicas. Ahora.

—Sí, señor, —decimos a coro, pero ya se cerró la puerta de su oficina.

—Se refiere a antes de la reunión. —No estoy preguntando realmente, pero Indira asiente—. Lo tengo. —Tomo el teléfono y comienzo a marcar—. Ve a comenzar a preparar la reunión. Te ayudaré cuanto antes.

El jefe de Adquisiciones tecnológicas, Bennetton Burgess, no responde su línea directa. Tampoco responde su secretaria. Dejo un mensaje y sigo volviendo a marcar. Correré al piso treinta y seis y lo arrastraré hasta aquí arriba si debo hacerlo.

Finalmente consigo que alguien saque al señor Burgess de una reunión con todo el equipo.

—El señor Blackthroat quisiera verlo en el piso cincuenta y cinco. De inmediato.

—¿Ahora? ¿Dijo de qué se trataba?

Canalizo a mi directora ejecutiva interna y lleno mi voz de autoridad. Tienes que ser más alfa que estos tipos. Es la única forma de que escuchen.

—No se tomó el tiempo de explicarlo él mismo. Sólo sé que debe venir en persona. Tiene una parada difícil es treinta y dos minutos, así que si fuera usted me subiría a ese ascensor como si mi trabajo dependiera de eso.

Cinco minutos después, el jefe de Adquisiciones tecnológicas, Bennetton Burgess, sale rápido del ascensor. Me alejo de la impresora para tocar la puerta de Blackthroat, pero ya la está abriendo.

—¿Cuál es el estado del proyecto Morpheus? —le grita a la cara a Burgess.

El señor Burgess da un paso atrás, el rubor rojo desaparece de su rostro. Su mirada se dirige a la ventana, a la sala de conferencias, a mí, a cualquier lugar menos al Gran jefe malvado.

—Es complicado. Mi equipo conoce los detalles...

—Estás despedido. Vete. —Dice rápido Blackthroat, su voz como una ametralladora.

Burgess explota con una mala palabra.

—¿Es en serio?

Blackthroat sólo lo mira con desprecio.

Me mueve entre dos escritorios, con el cerebro helado. ¿Debería llamar a seguridad? ¿Recursos humanos? ¿Ambos? Intento recordar el protocolo.

Tras unos segundos, Burgess se marchita. Camina hasta el ascensor. La puerta de la oficina de Blackthroat se golpea y me saca

de mi estado de inactividad.

Entro a un cubículo para hacer llamadas. Indira me encuentra allí, terminando de hablar con recursos humanos. Cuelgo y hago con la boca,

—Guau.

—¿Fue la primera vez que lo viste despedir a alguien? —Cuando asiento, ella agrega,

—Puede suceder un par de veces al día por aquí. A veces varias en una hora.

—Siempre es tan... —busco la palabra correcta.

—¿Brutal? Sí. —Ella mira rápido el reloj—. Ya casi termino con la sala de conferencias. Blackthroat necesita un informe. Y una botella de agua fría exactamente a seis grados Celsius.

—Buscaré el agua.

—¿Cómo te asegurarás de que esté exactamente en seis grados Celsius?

—Se me ocurrirá algo.

Probablemente sea sólo un obstáculo que sortear, pero no me arriesgaré.

El refrigerador que tiene el agua está en cuarenta grados Fahrenheit, lo que se acerca a seis grados Celsius. Para estar segura, meto la botella bajo mi brazo para calentarla un poco. Busco un poco y encuentro un termómetro en nuestro botiquín de primeros auxilios bien equipado debajo del lavabo. Abro la botella y controlo. Cuarenta y tres grados Fahrenheit justo, si el calor de mi mano no la calienta demasiado antes de cruzar la habitación.

Me apresuro a la oficina de Blackthroat. La puerta está entreabierta, así que simplemente la toco como advertencia y la abro. El gran jefe malvado está junto a la ventana con los ojos en el teléfono y la espalda hacia un paisaje de ciudad impresionante.

—Su agua, señor. —Le paso la botella justo cuando el tacón de mis zapatos se engancha con una parte de la alfombra. En vez de pasarle el agua a mi jefe, me tropiezo y vuelo directo hacia él.

Él toma mis antebrazos y me pone firme. Sus manos son grandes y cálidas, me guían. No usa colonia, la colonia está prohibida en las instalaciones, pero la limpieza de su aroma masculino es como un trago de whisky para mis sentidos.

De todas las razones para ser despedida, mi torpeza será la culpable. Debería haberlo previsto. Mi habilidad sobre tacones es algo limitada. Para empeorar las cosas, no volví a cerrar bien la tapa de la botella de agua. Se derramó sobre toda su camisa blanca de vestir.

Sin pensarlo, toco la tela empapada como si pudiera tapar mi error. Mis palmas moldean el músculo duro y mi cerebro se apaga. Hay un abdominal bien duro, y luego otro, y otro. Guau. ¿Cuántos músculos tiene su estómago?

—Madison. —Una voz grave me saca de mi ensoñación. Brick Blackthroat me mira fijo con una expresión indescifrable en sus ojos marrón oscuro.

Mierda, estoy manoseando a mi jefe.

Saco rápido la mano.

—Discúlpeme. Señor. —Toda la sangre de mi cuerpo se apresura hacia mi rostro—. Buscaré unas toallas. Y un cambio de ropa. —Me apresuro en salir de su oficina y dirigirme al armario junto al baño donde cuelgan algunos trajes recientemente salidos de la tintorería. Indira mira la pantalla de su computadora frunciendo el ceño, dándole forma al informe que pidieron y no se da cuenta de mi lucha.

Abro el armario y el aroma de Blackthroat me invade. Una vez más, la fragancia fresca y con olor a madera invade mis sentidos y

vuelvo al momento cuando Blackthroat me sostuvo. La fuerza de sus brazos. La losa dura de sus abdominales.

Concéntrate.

Aprieto los dientes y tomo una bolsa con un traje. Me he equivocado. Y al día dos, por poco. Estoy por unirme al nuevo equipo del recientemente despedido señor Burgess de Adquisiciones tecnológicas en su salida vergonzosa del edificio. La bilis se retuerce en mi estómago.

La puerta de la oficina de Blackthroat está entreabierta. Esta vez no toco.

—Señor, encontré su...

Voltea de la ventana con los hombros tapando el sol.

Ay, mierda.

Mi jefe billonario se ha ido. En su lugar hay un dios duro y sin camisa. Con su pecho lleno de músculos brillando por su bautismo improvisado, luce como un campeón de boxeo a punto de pesarse. Sabía que estaba bien en forma debajo del traje, pero esto es ridículo. Olvida los seis abdominales, tiene doce por lo menos. Lo que es imposible, pero allí están. Una clase en vivo de anatomía y quiero estudiarlo hasta sacarme un diez.

Me quedo boquiabierto. Suelo ser rápida moviéndome, no de forma literal, obviamente porque acabo de tropezarme en una línea recta, pero me vuelvo estúpida cuando lo veo. No puedo formar las palabras. Mi piel se calienta y se tensa como si me hubiera quemado el sol en todas partes.

Sin palabras, me extiende la mano para tomar el traje.

Claro. El traje. Volviendo a la acción, abro la bolsa y se lo paso para luego alejarme. Es un delito que tenga que cubrir toda esa perfección de músculos.

Me agacho y tomo la botella de agua caída y la ropa mojada que puso sobre una silla.

—Llevaré esto a la tintorería.

Cuando me paro, está terminando de cerrarse el último botón de la camisa. Tengo la fantasía momentánea de dar un paso al frente y ponerla dentro de sus pantalones por él. Para sentir los planos duros de los músculos que llevan... al sur. *Déjeme ayudarlo con eso, señor Blackthroat.*

Es oficial. Me estoy volviendo loca.

Definitivamente me despedirán.

—Me disculpo por mi torpeza, señor.

Él hace caso omiso de mi disculpa.

—Todavía necesito el agua. Sin abrir esta vez. —Levanta una ceja en mi dirección.

Supongo que no estoy despedida.

—Sí, señor. —Respiro profundo y vuelvo a lanzarme a la acción.

Realmente no sé cómo no acabo de perder el trabajo por haber mojado y tocado a mi pesadilla ardiente de jefe.

Estoy contenta. Realmente. Y aprendo de mis errores. No sé por qué ya me estoy imaginando que vuelva a suceder...

* * *

Brick

Cuando me siento en la reunión de ejecutivos, busco con la mirada a la Chica Nueva. Madison Evans. Está sentada junto a Indira en un rincón, revisando una copia del informe de Vance. Su cabello castaño corto cae en todo suave que cubre su rostro. Es normal, humana. No hay razón por la que debería seguir prestándole atención. Ella debería borrarse con el fondo como los muebles. Pero

incluso ahora puedo sentir sus manos sobre mi pecho, moldeando mis músculos. Su usual eficiencia tranquila se disolvió y me miró fijo como si nunca antes hubiera visto un torso desnudo.

No me tiene miedo. Me gusta eso. Está muy alerta, pero no hay un miedo real en su aroma. Se volvió más fuerte cuando me vio sin camisa, más complejo, más rico. Algo de incienso y especias bajo la naranja dulce. Normalmente destruyo a las empleadas que se enamoran de mí, pero la clara atracción en su rostro cuando me vio sin camisa fue deliciosa. Incluso más cuando luchó por esconderla y actuar de forma profesional.

Quería mojarla a *ella* con agua y luego quitarle la ropa para ver qué hay debajo.

Y todavía quiero hacerlo. Y eso me hace más irritable de lo normal.

—¿Cómo vamos con Benson? —Grito una vez que Jake termina la actualización sobre las cripto.

—La reunión es en dos semanas, —responde Billy—. Después del viaje. No pudimos lograr que fuera antes.

—Sí conseguimos entradas de cortesía para Benson Senior y Junior para el baile, —agrega Nickel, su acento británico claro y elegante—. Otra oportunidad para codearse con ellos.

—Y podemos enviarles una oferta mejorada hoy, —dice Vance—. Una que pueda equipararse a lo que propone Aiden.

—¿Cuál es su propuesta? —Resisto la necesidad de levantarme y caminar—. ¿Se sabe algo de eso?

Nickel frunce el ceño mirando la mesa.

—Todavía no.

En el rincón, alguien se aclara la garganta. Madison.

—Si me permite. —Ella levanta la mano como si estuviera en clase.

No puedo creer que tenga el coraje de interrumpir.

Lo más increíble es lo que me fascina ese hecho. ¿Qué sucede con esta pequeña humana que la hace tan atrevida? No es ignorancia. Queda claro que en serio es inteligente y totalmente consciente. Así que es seguridad. Tiene algo de alfa en ella.

—Puede que tenga una idea. —Sostiene su tableta. En ella hay una foto de un Bugatti negro y rojo estacionado en frente de la fuente de Las Vegas—. Benson Junior publicó esto en sus redes sociales anoche. Parece que tiene un vehículo nuevo y, leyendo entre líneas, parece haber sido un regalo. —Toca la pantalla y se acerca al texto antes de leerlo en voz alta—. *Los amigos no dejan que sus amigos conduzcan a menos de 1825 hp.*

Me quedo mirando fijo a Madison. Normalmente los asistentes no pueden o no se molestan en seguir el lado real de negocios de las discusiones. Están aquí para apoyarme a mí y al equipo con los planes que se pueden delegar. Que realmente contribuya a la conversación como uno de mis ejecutivos me sorprende.

Aún más, que la interrupción realmente sea puntual y pertinente. Porque sé a qué auto se refiere. Es el de Aiden estacionado frente a nuestro edificio para meterse en nuestro territorio.

—¿Puedo? —Nickel estira una mano para que le pase la tableta, y Billy se la saca de las manos a Madison y se la pasa.

—Definitivamente es un regalo, —agrega Sully—. Se sabe que Benson Junior es un apostador. Busqué sus deudas. No tiene la liquidez de comprar un auto de un millón de dólares.

—De cuatro millones de dólares, —lo corrige Madison—. Vi uno similar estacionado frente a Moon Co. esta mañana, y me hizo pensar. Alguien lo está conquistando.

Otro punto para la Chica Nueva.

—Alguien no. Aiden Adalwulf, —digo. Sully y Billy asienten. También reconocen el auto. Aiden se compró uno, justo después de que su padre dejara la empresa y él se volviera el director ejecutivo de Adalwulf Asociados.

—Benson Senior tiene a Junior bien controlado, —añade Vance—. Sabemos eso. Intentó obtener una posición permanente para su hijo una vez que esté completa la adquisición, pero pudimos rechazarlo. Por lo que sabemos, Benson Jr. no hace nada más que usar la tarjeta de crédito de la empresa en clubs de striptease para «reuniones». Sólo será peso muerto.

—Entonces, ¿qué hacemos? —Pregunta Billy, —¿ofrecemos más efectivo? ¿El suficiente para que Benson Junior se compre todos los Bugatti que quiera?

—Háganlo, —digo—. Conquisten al hijo y vean cómo resulta. —Golpeteo la mesa y doy una señal para terminar la reunión. Me levanto mientras pasa Madison—. Buen trabajo, Madison.

Ella levanta el mentón y me dedica una sonrisa agradable, una vez mirándome a los ojos. Tiene unos hermosos ojos marrones, claros como los de un león de montaña, con algo de oro.

—Madi, —me corrige, aunque le dije que no la llamaría así.

La miro frunciendo el ceño. ¿Cómo me mira a los ojos?

Muevo el mentón, liberándola.

No se mueve.

—Una cosa más. Su madre llamó más temprano. De hecho, varias veces.

—No acepto llamadas de mi madre. —Cuando se trata de mi madre, mi temperamento siempre pende de un hilo—. Nunca.

Mi lobo se mueve bajo la superficie. No suelo reaccionar ante mi madre, otra falla genética es lo que siempre asumí, porque la mujer

es peligrosa. Pero luego me doy cuenta: no se trata de ella. A mi lobo no le gusta que le gruñan a Madison.

Extraño.

Madison no responde, simplemente inclina la cabeza hacia un costado y espera que explique algo. Fuera de la sala de conferencias, Indira finge no mirar nuestro intercambio.

No siento resentimiento o competencia de su parte, aunque es la superior de Madison. Las dos parecen ser muy leales la una a la otra.

Es una característica que no se encuentra a menudo en humanos.

Sobre todo no en Wall Street.

—Vete.

Madison se queda firme como si no fuera algo importante, y con calma me vuela la cabeza.

—También llamó su hermana.

—¿Cuál?

—Ruby.

Probablemente necesite mi ayuda con el baile de caridad de la Fundación Blackthroat. Eagle dijo que una de las compras terrestres podría no tener éxito. Ya que la Chica Nueva es tan inteligente, la pongo a trabajar en esa tarea.

—Ponla en línea y luego investiga todas las parcelas de tierra disponibles que se conecten con corredores de vida salvaje cerca de la ciudad.

Madison pestañea y rápidamente absorbe la orden inesperada.

—Sí, señor. ¿Requisitos de tamaño?

Escondo mi satisfacción ante el hecho de que no me molesta con preguntas estúpidas. Puede que sea la primer asistente que de hecho soporte.

—Lo ideal es quinientos acres. —Ya que es tan astuta no hago mis típicos juegos autoritarios y la mantengo al margen de lo que está haciendo y por qué—. La fundación de Ruby, la fundación de nuestra familia, ofrece subsidios para proyectos de conservación de vida salvaje, y uno de sus tratos actuales puede haber no funcionado. Envíale lo que encuentres a Eagle, mi consejero ejecutivo.

Madison asiente.

—El esposo de Ruby.

Levanto las cejas, sorprendido de que sepa eso después de trabajar aquí por cinco días.

—Estoy en eso, señor. —Ella gira y se marcha pasando a mi lado. Miro cómo se mueven sus caderas por más tiempo del que debería.

Capítulo seis

M^{adi} —¿Entonces cuál es el problema con los Adalwulfs? —Le pregunto a Indira, buscando maíz pequeño en mi *chow mein*. Ya son más de las tres p.m. y estamos almorzando tarde mientras esperamos a los asistentes del equipo ejecutivo de Benson e intentamos obtener detalles de la reunión Moon Co./Benson.

—¿Los Adalwulfs? —La voz de Indira se vuelve un susurro y mira para todos lados como si fuéramos niñas hablando a espaldas de la maestra en clase—. ¿Te refieres a Adalwulf Asociados?

—Sí. La empresa familiar, si puedes llamarla así. No llamaría a un fondo de inversión que vale billones un «negocio familiar», pero lo es. La mayoría de los miembros y ejecutivos principales llevan el nombre Adalwulf. O bien se clonan a sí mismos o cualquier primo lejano consigue un trabajo. *Vamos, nepotismo*.

—Escuché al señor White hablándole de ellos al señor Cavendish. Indira traga saliva.

—Oodian a los Adalwulfs.

—Eso entiendo. El señor White, Billy, murmuró algo acerca de ofrecer algo superior a los Adal-tontos.

—Los Adalwulfs están detrás de esta oferta de Benson. Pero tengo la sensación de que hay resentimientos.

—No sólo eso. —Indira sigue susurrando—. Es peor.

—¿El peor resentimiento? Ahora debo saberlo.

Ella traga saliva y me llama a la pequeña cocina, donde sigue susurrando aunque somos las únicas en este piso. Brick no está en su oficina.

—Ha habido rivalidad por años. Hasta décadas. Los Adalwulfs mataron a Blackthroat Inversiones. Esa era la empresa...

—La que dirigía el papá de Brick Blackthroat, Bruce Blackthroat. —Repito mi investigación—. Sé acerca de eso. Bruce murió de forma inesperada y Brick intentó tomar el control.

—Sí, y, eh, no funcionó.

—Leí sobre eso. Brick Blackthroat sólo tenía dieciocho y no había sido puesto a prueba. —Ninguno de los inversores principales se quedó en Blackthroat Inversiones.

—Sí, porque los robaron Adalwulf Asociados. Les dijeron que no podían confiarle su dinero a alguien joven y verde.

—Vaya. Entonces por eso hay tal enemistad.

—Blackthroat Inversiones ya no existe en realidad. Sólo trabajan con dinero de la familia.

Resoplo.

—Hay bastante de eso. Pero veo cómo Brick Blackthroat y sus amigos lo percibirían como una gran derrota.

—Entonces fundaron Moon Co. Ahora tiene sentido, por qué están tan centrados en ganarles algo a sus rivales. Veré que puedo encontrar de los Adalwulfs. Veré si podemos tener alguna ventaja.

—Debería haber pensado en eso. —Indira se frota el rostro. Volvemos a los teléfonos, que siguen tocando música triste de ascensor, diseñada para ser lo suficientemente molesta como para

que alguien quiera terminar la llamada después de los primeros cinco minutos.

—Es todo acerca de juegos de poder, ¿verdad? Sólo debemos jugar el juego.

—Encajas aquí mucho más que yo, —me dice con un dejo de desaliento. —Tengo un título en finanzas, no en psicología. Me gustan los números, no las personas. No me interesa esto.

—¿Adónde fuiste a la universidad?

—M.I.T. Esperaba obtener un puesto de analista, pero los que abren son en administración y mis padres me dijeron que era mejor poner un pie adentro. En realidad, no lo sé.

—No, es totalmente cierto. Deberías hablar con la señora Uptight de recursos humanos y mencionarle que te interesa el puesto de analista si se abre.

—Se lo dije en mi entrevista, pero me ignoró. El problema con este puesto administrativo en particular es que las chances de que me echen en las próximas seis semanas son del noventa por ciento, y luego habré arruinado mi única oportunidad de trabajar en Wall Street.

Es probable que tenga razón, lo que me hace sentir pena por adelantado por ella.

Arrojo mi contenedor para llevar a la basura.

—Haré lo mejor que pueda para asegurarme de que no nos echen a ninguna. Te mereces un puesto de analista. Ya basta de cuidar a los ejecutivos.

Si hablo bien de ella, quizás pueda conseguir el trabajo que realmente quiere. ¿Eso haría que me promuevan a la asistente directa de Blackthroat?

Imaginarlo me hace sentir emocionada, sólo por el desafío del trabajo. No porque quiera trabajar más cerca de Blackthroat.

Definitivamente no me estoy imaginando ayudarlo a cambiarse la ropa otra vez.

No, trabajar para jefe-idiotas es una tortura. No hay forma de que pueda estar disfrutándolo, ¿y si lo estoy? Soy más masoquista de lo que pensaba.

* * *

Brick

Tras un largo día en la oficina, hago que John Acker, mi piloto de helicóptero, me lleve a la propiedad familiar fuera del estado. La residencia Berkshires es un sitio donde puedo soltarme la correa para correr. Donde puedo sacarme el concreto y el asfalto de las células y oler la madera de los árboles y el aroma fuerte de la tierra bajo mis pies.

Voy todos los fines de semana, a menudo acompañado de uno o más miembros de mi equipo ejecutivo. Al menos una vez al mes, Ruby, Eagle y los niños me encuentran allí para pasar un rato en familia. No suelo tener que ir en el medio de la semana, pero hoy estoy nervioso. Sé el porqué: es petisa, con pecas y demasiado sensual en sus vestidos modestos, pero no pensaré acerca de eso.

La propiedad Berkshires ha estado en mi familia por cien años y tiene bosques extensos además de un poco de opulencia del viejo mundo que te puedes imaginar, lo que incluye un lugar separado para los sirvientes, la pista de aterrizaje del helicóptero y suficientes habitaciones como para que duerman treinta personas.

—Mañana a las seis y media de la mañana. No llegues tarde, —le digo a John.

—Estaré allí. —Me saluda.

Salgo del helicóptero y me reciben los ladridos de placer de tres pastores australianos que corren hacia la pista de aterrizaje para darme la bienvenida. Los cuidadores de la propiedad, Dane y Liz, son transformistas. Ancianos que trabajaron para mi padre y me han conocido a mí y a mis hermanas desde que estábamos en pañales. Son sirvientes, pero también son familia. Miembros de una manada que protegería hasta la muerte, que harían lo que sea por mí.

Los perros le pertenecen a Dane, pero son tan míos como suyos. Me reconocen como su alfa.

Tener perros no es tan común para nosotros como para los humanos. Muchos transformistas están en contra, sospecho que no les gusta ver partes de sí mismos reflejadas en una mascota. Pero aquellos que sí tienen canes, tiene un lazo fuerte con sus mascotas porque pueden comunicarse, darles órdenes y guiarlos de muchas maneras en que los humanos jamás podrían.

No soy del tipo que tendría mascotas propias. No necesito muchas más criaturas a mi alrededor de las que ser responsable o cuidar, pero es difícil no recibir con brazos abiertos el afecto sin límites de los perros.

—Ey, Bella; hola, Fritz. Ah, Bobo, ¿quién es un buen chico? —Acaricio y golpeo los costados de los perros eufóricos—. Eso es. Su alfa volvió temprano esta semana. Vamos. Entremos.

No tengo una mochila ya que este viaje no fue planeado, pero tengo ropa casual aquí y me puedo cambiar mañana por la mañana antes de ir a Wall Street.

Necesitaba salir de la ciudad. Mi lobo se comporta en la sala de reuniones, pero es cruel encerrar a un animal salvaje por mucho tiempo. Así que vengo a casa a correr.

Pero primero: los negocios. Respondo rápido un par de correos más y me comunico con el equipo de Vance mientras camino por los

pasillos de mi hogar ancestral. Mi caminata me lleva a la biblioteca. Miro las filas de libros alineados hasta llegar a una puerta de roble pesado que lleva al estudio de mi padre.

Sus libros y papeles todavía siguen en filas prolijas como las dejó la noche que murió. La noche en la que fue envenenado. No hay ni un poco de polvo (Liz no lo permitiría), pero el aire está viciado y sofocante como en una tienda antigua, preservado por los años. Debajo del aroma a pulidor de muebles, hay un dejo de su esencia.

Sobre su escritorio, mi padre mira desde su retrato. Es más grande que todo, cubre la mayor parte de la pared, pero sigue sin capturar la presencia intensa de Bruce Blackthroat. El artista lo pintó parado en esta habitación, con una mano grande y curtida por el clima tomando la silla de cuero. Hay una inclinación arisca en sus cejas oscuras, una tensión en su mandíbula que su barba bien rasurada no puede suavizar. Luce como si fuera a gritar una orden en su voz de Alfa que mandaría a los humanos a salir corriendo y a los transformistas a bajar el cuello y arrodillarse.

Ruby dice que somos como una gota de agua. No lo pensaba, pero mientras miro fijo a sus ojos oscuros, puedo verlo. El peso del poder pintado en las líneas de su rostro. El saber que cualquier decisión que tome lleva a tu manada, a tu familia, más cerca de la cima y entre más alto vayas, de más alto caerás.

Mi padre me enseñó la lección más importante que puede aprender un alfa. En el mundo de los transformistas, la dominancia lo es todo. Es más que una competencia despiadada. Somos lobos. La derrota es la muerte.

Cuando murió, casi lo perdimos todo. Peleé con dientes y uñas por cada parte de mi éxito. Peleé por quedarme con cada inversor que decía que era demasiado joven, y huyó a los brazos de nuestro enemigo. Odin Adalwulf, el Alfa, y su hijo, Aiden, casi nos quitaron

todo. Entraron a nuestro castillo y tiraron abajo las paredes externas, dejando ruinas a su paso. Invadieron Blackthroat Inversiones y lo quemaron hasta los cimientos.

Pero de esas cenizas nos levantamos. Y ahora, en la víspera de una adquisición enorme, nos hemos probado a nosotros mismos. Somos los más grandes y malos que hay y nada, ni los Adalwulfs, ni nadie, nos puede vencer.

—Ya casi llegamos, —le digo. Mi propia voz es grave y gutural, me sorprende. Tengo a mi lobo en la garganta, su parte salvaje se refleja en mi voz.

Ruby tiene razón. Sueno exactamente como él.

Me suena el teléfono, estridente en el aire inmóvil del estudio de mi padre. Salgo y cierro la puerta detrás de mí antes de ver quién llama. Mi lobo quiere arrojar el teléfono a un lado y salir de cacería, pero es Eagle y sabe que mis corridas en Berkshire son sagradas. No llamaría si no fuera importante.

—Tengo buenas y malas noticias. —Eagle saltea cualquier saludo.

—Dímelas, —gruño.

—Primero las malas: El equipo de Nickel descubrió más detalles de la oferta de los opositores.

Tomo el teléfono con más fuerza.

—¿Adalwulf está detrás?

—Confirmado. Aiden conoció a Benson Junior en una fiesta en Cabo.

—¿Conoció? Fue más como una emboscada. No sería coincidencia que Aiden Adalwulf estuviera en la misma fiesta que Benson Junior. Aiden puede fingir ser un billonario playboy, pero su idea de diversión es cazar a otros transformistas como deporte.

—Sí. Aiden debe haber convencido a Junior allí, prometiéndole la luna.

—Entonces le prometemos el sol y las estrellas. Y una participación en Moon Co.

—Nickel ya está trabajando en eso.

—¿Cuáles son las buenas noticias?

—Nunca creerás esto. —Hay una sonrisa en la voz de Eagle—. Hay una parcela de quinientos acres en los Adirondacks. Colinda con la tierra de Adalwulf, y en dos días se pondrá a la venta.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Una de tus asistentes, ¿la nueva? Dijo que le pediste buscar tierra para la Fundación.

—Así es.

—Encontró una mención en una cartelera local. El antiguo propietario falleció y su testamento especificaba que la tierra debería ser conservada como santuario de vida salvaje. Tu asistente contactó al heredero e hizo el trabajo necesario para que aceptara la oferta de compra antes de que saliera a la venta.

La Chica Nueva.

Mi instinto de lobo me dijo que le asignara esa tarea. Debe ser porque este tipo de milagros nunca sucede.

—Sólo tuvimos una llamada, —dice Eagle— pero el vendedor está muy predispuesto. Sobre todo porque la oferta le es redituable y cumple con los deseos de su tía. Nadie lo sabe, sólo el vendedor, tu asistente y yo. Y ahora tú.

—Bien. Mantengámoslo así. Haremos este trato justo por debajo de las narices de los Adalwulf. El mes próximo, irán a cazar y nos encontrarán acampando en su puerta trasera.

—La Reserva de Vida Salvaje Blackthroat. Suena bien, ¿no es cierto? Me gusta bastante. Eagle suena como si prácticamente se estuviera frotando las manos por la emoción, sin duda se imagina

los rostros de Aiden y su padre, Odin, cuando descubran que marcamos territorio en el borde de sus tierras.

—Buen trabajo —le digo.

—Ah, no fui yo. Fue todo trabajo de tu asistente. ¿Intenta no despedirla por un tiempo? Es muy inteligente.

Él corta la llamada.

—Lo es, —me digo a mí mismo, recordando a mi joven y capaz asistente.

Salgo al balcón fuera de mi habitación y miro con codicia hacia la profundidad de los bosques. Las paredes de la mansión se achican. Necesito correr.

Un aroma a naranja-nuez moscada me golpea fuerte, y mis caninos bajan. Es *su* esencia, la de la Chica Nueva. Madison, *llámeme-Madi*-Evans. El aroma es tan fuerte que espero verla pasearse entre los árboles en un vestido ajustado y *stilettos*, acomodando un mechón de cabello suelto detrás de su oreja. Se detendría en seco y frunciría la nariz al verme. *¿Sí, jefe?*

Me froto los ojos. Definitivamente estoy nervioso y empiezo a alucinar aromas aquí, en mi hogar, mi santuario.

A la mierda con esto. Me alejo de la ventana y me saco la ropa tan rápido que vuela al piso en pedazos. Mis articulaciones truenan cuando me pongo en cuatro patas en mi forma de lobo. Quizás corriendo rápido y fuerte pueda olvidar el aroma de la pequeña humana.

Capítulo siete

M^{*adi*} La mañana siguiente, salgo a primera hora con zapatos nuevos con tacones más altos que los del último par. Voy a probar que puedo caminar y tomar un dictado en ellos si es lo último que hago. Anoche me quedé despierta hasta tarde investigando a los Adalwulfs. Necesito saber todo lo que pueda para volverme útil para Blackthroat. Conocí a uno de los conserjes, Jerry, y tuvimos una buena charla, al menos hasta que uno de los ejecutivos me echó. Parece que no se supone que nos quedemos hasta tarde en el último piso sin un ejecutivo presente, una regla que leí en la guía del empleado, pero no creí. En Wall Street las semanas de cien horas laborales son la norma, ¿no es cierto? Pero tiene sentido que quieran cerrar el piso de ejecutivos.

El que me echó fue el señor Eagleton, el esposo de Ruby Blackthroat y el asesor corporativo de Moon Co.

Fue bastante agradable, sobre todo cuando le conté sobre la tierra en Adirondack que potencialmente estaría en venta. Estaba conectada con otro gran terreno salvaje, así que pensé que funcionaría bien como corredor de tierra de vida silvestre.

Cuando se la mostré al señor Eagleton, él dijo,

—Increíble. Esto es una mina de oro. La tierra colinda con... Madison, buen trabajo.

Así que, por supuesto, tuve que investigar con qué colindaba la tierra. Resulta que el otro terreno salvaje pertenece al mismísimo Odin Adalwulf, el patriarca de la familia enemiga de los Blackthroat.

La enemistad entre las familias es más profunda que la de la típica traición de negocios. Como dijo Indira, *hay resentimientos*. Me hace querer investigar más.

La detective Madi está en el caso.

Paso por la tintorería a retirar el traje de Blackthroat, el que empapé, y cuando salgo me vibra el teléfono que tengo en la mano. Mi mamá me envió un mensaje, una foto de mi hermano Brayden frente a su dormitorio con una sudadera de NYU. Está tan emocionado, escribe, como si no me fuera a dar cuenta por el triunfo reflejado en su rostro.

—Gracias por ayudar con su matrícula.

Entro a Moon Co. con un repicar en mi paso. Todas las largas horas de trabajo valen la pena si Brayden puede tener la misma ventaja que tuve yo.

Antes de guardar el teléfono, se enciende mi pantalla con una llamada. Indira.

—Vance acaba de anunciar otra reunión de ejecutivos de emergencia.

Por supuesto que lo hizo. Porque su falta de planificación se vuelve nuestra emergencia.

—¿Puedes buscar sus pedidos de café? —continúa—. Te envié la lista por correo.

—Ya me encargo.

Giro antes de llegar al control de seguridad y camino contra el flujo de trajes que llegan a trabajar. La fila en el café da la vuelta a

la esquina, así que busco otra opción. Hay un café de la misma cadena cruzando la calle, en el edificio frente a Moon Co. Rezo por no tener que mostrar una identificación o pasar por seguridad para conseguirlo.

Las puertas se abren y entro con seguridad, sólo para frenarme. La entrada es enorme. Los arquitectos sacrificaron al menos cinco pisos de espacio para este espacio imponente. Está vacío, silencioso como una catedral. Es un poco espeluznante, sobre todo cuando todos los demás edificios están llenos de personas apresuradas por llegar a sus reuniones matutinas, pero es una buena señal si no quiero esperar en la fila del café.

El ruido de mis tacones hace eco por millas. El café está en su propio pequeño cubículo en la esquina y estoy de suerte; está muerto. No hay un sólo cliente. El barista parece sorprendido de verme.

—Ey, —le dedico mi sonrisa más brillante y arrojo el cabello hacia atrás para apartarlo de mis ojos—. Necesito unos cuantos cafés para llevar.

Saco el teléfono para ver la lista de Indira, pero no hay señal.

—Perdón, mi correo no está cargando. Sólo un momento, —veo la conexión a internet y murmuro una plegaria para que coopere.

La puerta se abre detrás de mí y el cabello de mi nuca se pone de punta. Otro cliente está aquí y estoy retrasando las cosas.

—Saldré por un instante.

Los ojos del barista se agrandan, pero me doy cuenta de la advertencia demasiado tarde. Giro y me choco contra un hombre alto en un traje oscuro. Debe haber estado justo detrás de mí, a punto de chocarme. Me tambaleo sobre mis tacones y me sostiene, su agarre fuerte presiona contra mis antebrazos.

El traje de Blackthroat de la tintorería se mueve entre nosotros y cae al piso.

Es tan grande como Brick Blackthroat, pero no tiene el mismo aroma delicioso de aire libre. Que es que haya notado el aroma de Blackthroat.

—Lo siento.

—Ten cuidado.

La voz grave me irrita los oídos. Mi cabeza se levanta de golpe. Estoy a punto de pelearme con él por respirarme en la nuca como un acosador espeluznante cuando veo el par de ojos azules más fríos que he visto. Fosas idénticas de azul helado que me congelan en el lugar. Un extraño destello plateado pasa por ellos y mi estómago se retuerce.

El barista se apresura detrás del mostrador.

—Señor Adalwulf, lo lamento tanto, —se está ahogando con la disculpa como si hubiera sido su culpa.

El hombre que me sostiene mira al barista y él deja de balbucear disculpas.

Señor Adalwulf.

Ay, mierda.

Sabía de mi investigación que Adalwulf Asociados tenía un edificio en la misma cuadra que Moon Co., pero no me había dado cuenta de que era este. Sólo estaba pensando en el café.

Debería haber prestado más atención.

Me enderezo, en alerta máxima. Este podría ser un primo, o un pariente lejano, pero mis instintos me gritan que es el mismísimo Aiden Adalwulf. De mi investigación sé que es más joven que Brick, y luce así, exceptuando el frío frígido de sus ojos. Su rostro es hermoso como el de un modelo de revista pero helado, como si hubiera sido tallado en granito. La falta de líneas alrededor de sus

ojos o cuello lo hacen lucir como si nunca hubiera reído o sonreído en su vida. Una carcasa hermosa, viviente, y encantadora de un hombre, totalmente muerto por dentro. Mi interior se irrita.

Mira hacia abajo al traje, sin duda registrando el recibo engrapado que lleva el nombre de Blackthroat. Cuando vuelve a mirar hacia arriba, hay algo de sorpresa, ¿mezclada con molestia o enojo? No puedo saberlo exactamente. Como Brick, tiene olas de poder que salen de él. Quiero esconder la cabeza y escabullirme.

—¿Quién eres? —exige saber.

—¿Señor Adalwulf? —Intento alejarme, pero sus pulgares se clavan en la carne bajo mis codos y hacen que me latan los brazos. Luego parece darse cuenta de lo que hace y me suelta.

Le ofrezco mi mano, más como para poner algo entre nosotros que por deseo de estrechar la suya.

—Madi Evans.

Su mirada se mueve hacia abajo hasta mi mano y se aleja. Se acercó lo suficiente como para que me choque con él, pero supongo que está demasiado ocupado y es muy importante como para saludarme como corresponde.

Hay cuatro tipos grandes detrás de él con trajes idénticos y expresiones impávidas. Todos lucen como si fueran a cortarme la garganta si Adalwulf diera la orden. Probablemente sean guardaespaldas. Uno de ellos se aleja del grupo y busca una sola taza que le pasa el barista.

Tiene que ser Aiden. Su padre Odin ya no sale mucho en público. Se rumorea que está enfermo.

No hay nada en mis notas acerca de Aiden como alguien extremadamente extraño, pero a los billonarios se les permite ser maleducados. Su estatus crea un escudo de fuerza que suaviza sus personalidades menos lindas. Audrey tiene una posible teoría de que

todos los billonarios son sociópatas. Si alguna vez quisiera escribir una investigación, Aiden Adalwulf sería un sujeto estrella.

—No perteneces aquí.

Sigue mirándome mal y su mirada de las mil yardas me cruza los cables. Es como mirar por el caño de un rifle. Nadie dice una palabra cuando levanta una gran mano y toma un mechón suelto de mi cabello entre su pulgar y su índice. Me acaricia la mejilla mientras lo hace y me pongo rígida. Cada célula de mi cuerpo me grita que me aleje de él. Se inclina hacia abajo como un caballero victoriano sobre la mano de una mujer. ¿Me está... oliendo?

—Disculpa, —digo de pronto y me alejo, pero no antes de que me acomode el mechón de cabello hacia atrás, tocando mi cuello mientras lo hace. Se va sin ninguna otra palabra y me deja vacilando y temblando por la vergüenza y la ira.

Maldito Aiden Adalwulf.

Acabo de conocer al enemigo de mi Gran Jefe Malvado. Y *él* me acaba de volver su enemiga a *mí*.

* * *

Brick

Hay un enemigo en el edificio. Siento un Adalwulf ni bien se abren las puertas del ascensor. Conozco bien esa esencia. Mi madre es una. Pero la única persona que se baja en este piso es la Chica Nueva. *Madison*.

Está tratando de llevar mi ropa de la tintorería y dos bandejas de cafés. Mi lobo ya está de pie, listo para destrozar al enemigo, pero Madison está sola. ¿Por qué lleva el olor asqueroso de Aiden Adalwulf?

Sigo sus movimientos por la sala de conferencias. Le pasa uno de los transportadores de café a Indira y se detiene para colgar mi traje en el armario. Indira le abre la puerta y las dos comienzan a pasarles los cafés pretenciosos que les gustan a Nickel y Jake. Aunque es la asistente de la asistente, Madison está a cargo y dirige a Indira con susurros. Sus mejillas están ruborizadas y hay algo de aroma a pimienta en su esencia como si alguien la hubiera hecho enojar.

Vance sigue hablando, pero no puedo concentrarme en su presentación.

Tampoco mi equipo. Una por una, sus cabezas voltean cuando pasa Madison. Nickel tarda un poco en darse cuenta, pero Sully lo registra de inmediato. El aroma a Adalwulf es innegable.

Vance se frena a mitad de la oración. Una sonrisa malvada recorre el rostro de Billy. Le encanta despedir humanos y tratarse con los Adalwulfs es razón suficiente como para echar a alguien.

Pero ella no se irá a ningún sitio. No hasta que sepa por qué tiene el aroma de los Adalwulf.

Mis fosas nasales se abren cuando se acerca. Es desconcertante, la fragancia a naranja dulce y nuez moscada que me ha enloquecido, mezclada con la podredumbre amarga de mi enemigo acérrimo.

—Todos fuera, —ordeno y tomo la muñeca de Madison antes de que pueda salir—. Todos menos tú.

Capítulo ocho

B^{rick} La habitación se vacía de inmediato. Sólo Billy pausa para mirarme rápido. Es probable que no quiera perderse cómo despidó a Madison.

Giro el brazo de Madison para examinar la parte interna donde veo la marca de unos dedos. Allí, ahí es donde es más fuerte el olor. También hay una mancha en la piel pálida y llena de pecas por encima de su codo. La traigo más cerca y su respiración se entrecorta.

Esto es completamente inapropiado. No debería estar tocándola, y sin embargo no puedo controlar a mi lobo. Está gruñéndole al olor que lleva. A la violación que implica.

—¿Qué es esto? —Grito, luego me fuerzo a calmarme.

Oh cielos, ¿estoy apretando demasiado su muñeca?

No. Mi contacto es extrañamente gentil, como si mi lobo estuviera controlado en ese sentido. Paso un dedo por encima de una de las marcas enrojecidas.

Los pelos de su brazo se erizan. Ella respira profundo cuando ve las marcas.

—Oh, —levanta una mano y se frota el moretón como si pudiera lavárselo como un manchón de tinta—. No es nada. Fui a buscar café y... me choqué con alguien. Sigo acostumbrándome a estos tacones.

—Fuiste a Adalwulf y Asociados.

Ella exhala como si supiera que metió la pata.

—Lo sé. No me di cuenta cuando entré. Sólo vi un café con una fila más corta. Lo siento.

Debería estar arrepentida. Se enorgullece de memorizar los detalles más ínfimos.

—Si trabajas para mí, no entras a ese edificio. *Nunca*.

—No está en el manual de empleados, —me responde rápido, luego se contiene. Se pone firme—. Entendido. No volverá a suceder.

Sigo sosteniéndola. Mi lobo no está satisfecho. Quiere volver a revisarla y saber por qué se reunió con Aiden. Pero puedo justamente preguntarle por qué huele a Adalwulf, ¿no es así?

—¿Viste a alguien?

—Sí. Me giré y me choqué con alguien. Creo que era Aiden Adalwulf.

El gruñido escapa de mí y nos sorprende a los dos. Mi lobo no puede contenerse. Sus ojos miran para otro lado, y sus mejillas se ruborizan más. Cualquier otro humano estaría escondiéndose con la cabeza hacia abajo. Mi lobo nunca gruñe en público, no frente a un humano. Sabe las reglas. Pero algo acerca de Madison lo enloquece.

Estoy rompiendo todas mis reglas con esta humana.

—Pensé que podría ser él, —continúa—. Me presenté.

—¿Te dijo algo? ¿Hizo algo?

—No, no hizo nada. Sólo me dijo que no pertenezco allí. Creo que vio su etiqueta de la tintorería, así que supo que trabajo para usted.

Ella lo vuelve a hacer. Levanta la cabeza y me mira directo a los ojos.

Y mi lobo se calma. No detecto ninguna mentira en su aroma. Ni miedo. No está complotando con Adalwulf. Sólo buscaba café.

Me reclino y saboreo su aroma de cerca. Me provoca cosas extrañas. Esto no debería estar pasando.

Ella inclina la cabeza.

—Todo el encuentro duró unos treinta segundos. No estoy escapándome para tener una reunión clandestina con su rival de negocios. ¿Es eso lo que quiere saber?

Gruño. No puedo admitirlo.

—Es más que sólo un rival de negocios, ¿no? —Ella me mira como si pudiera leerme la mente y descubrir la verdad.

A esta chica no se le pasan muchas cosas.

—Es mi primo, —escupo la admisión con veneno sin pausar a pensar qué tan extraño es para mí compartir algo de naturaleza personal con una empleada humana.

—¿Él te hizo esto? —Acaricio suavemente con el pulgar la marca enrojecida sobre su brazo. Pronto se convertirá en un moretón. Los humanos son realmente frágiles.

No sé por qué todavía no se ha librado de mi contacto. Oh sí, probablemente porque soy su jefe. Lo que es en definitiva la razón por la que tocarla está rotundamente fuera de lugar.

—Estoy bien, —me dice, sin responder del todo mi pregunta—. Es fácil que se me forman moretones, —levanta la mirada una vez más—. Aunque él es un idiota.

Mis labios se contraen, lo que no va para nada con mi carácter. Algo acerca de esta humana me hace sentir diferente. Debilitado. Despierto de pronto.

—Estoy de acuerdo. Quiero que te mantengas alejada de ese edificio, —bajo las manos y me levanto de la silla—. De hecho, Indira buscará los cafés de ahora en más.

Ella pestañea cuando se rompe el clima y se pone firme.

—De hecho, señor, iba a preguntarle algo acerca de eso. A Indira le gustaría un puesto de analista. Creo que sus talentos están desperdiciados aquí.

—¿Eso crees? —Levanta una ceja. Su piel con pecas se ruboriza, pero no cede.

—Sí, señor.

No defiende su posición, sólo me mira con calma con total confianza de que tiene razón.

Mi miembro tiembla.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo leer a las personas.

—¿Puedes hacerlo, verdad?

Es uno de sus superpoderes y le da una ventaja. Me gusta que conozca sus propias fortalezas y se haga cargo de ellas.

—¿Qué pensaste de Aiden Adalwulf?

—No tiene alma. Sacrificaría lo que fuera por poder.

Muy acertado.

—¿Piensas lo mismo de mí? —pregunto antes de poder contenerme.

—No, señor. Lidera con lealtad. —Ella asiente hacia el piso ejecutivo donde Vance, Jake y Billy están reunidos, complotando mientras beben su café—. Ese tipo de unión requiere sacrificios propios.

Por un segundo me quedo sin palabras.

—¿Qué hay de ti, señorita Evans? ¿Tus talentos están desperdiciados aquí?

Sus ojos marrones claros me miran con valentía.

—Para nada, señor. El trabajo me parece bastante estimulante. — Ella me sonrío de forma sarcástica—. Excepto por buscar café. Pero no, estoy donde necesito estar.

Estoy de acuerdo, pero no lo admitiré.

—Dile a Indira que de ahora en más se comunique con Vance. Bajo mis órdenes.

—Gracias, señor.

—¿Eso es todo? ¿Has hecho que todo esté como te gusta?

Sus ojos bajan a la mesa, pero la diversión se puede oír en su tono.

—Sí, señor. Por ahora.

Muevo el mentón para decirle que puede irse, pero llamo su nombre antes de que llegue a la puerta.

—Madison.

Ella se detiene.

—Esto te vuelve mi asistente directa. ¿Piensas que puedes soportarme?

—Por supuesto. Señor. —La comisura de su boca se mueve hacia arriba antes de que vuelva neutra su expresión—. Estoy feliz de aceptar el ascenso si viene con un aumento de sueldo.

—El doble de trabajo. El doble de paga, si sobrevives el período de prueba de tres meses, —su voz es grave y ronca.

—Estoy ansiosa por impresionarlo.

Su fragancia tiene un dejo seductor. Me tienta más allá de la razón.

Estoy a diez segundos de ponerla sobre la mesa de reuniones y probar su esencia directo de la fuente. Muevo una mano.

—Vete.

No se ha ido ni un minuto antes de que entre Billy.

—¿Por qué sigue trabajando aquí?

—Se encontró con Aiden Adalwulf.

—No bromeas, —dice de forma cortante porque todos sintieron el olor—. ¿Qué pasó? ¿Es una espía? —Su expresión es peligrosa.

—No. Decidió ir a buscar café en el edificio Adalwulf y literalmente se chocó con él.

Mi secretaria torpe. El recuerdo de cómo se tropezó envía algo de mi sangre hacia el sur.

Los ojos de Billy se entrecierran.

—¿Le crees? A los Adalwulfs les encantaría plantar a alguien dentro. O quizás ya lo hayan hecho. —Él levanta las cejas—. Un infiltrado explicaría lo de la oferta de Benson.

—Un infiltrado en lo de Benson habría sucedido antes de que entrara Madison, —respondo rápido, más molesto de lo que debería estar por las sospechas de la Chica Nueva.

Se queda inmóvil cuando digo su nombre.

Mierda.

Puede que ya haya notado que la favorezco. Mira la pared de vidrio de la sala de conferencias y observa a Madison por unos momentos.

—Es humana.

No es un recordatorio. Es una advertencia.

—Obviamente.

—La investigaré.

Se me ponen los pelos de punta, pero pedirle no investigarla sólo solidificaría su opinión y mostraría mis intenciones. Reconozco la intención obstinada en el rostro de Billy. La mantendrá vigilada. No puedo decirle que se aleje.

Si Madison va a trabajar para mí, tiene que aprender a correr con los lobos. Billy dará lo mejor de sí para apartarla. Odia a los

humanos más que cualquier otro transformista que conozca.

No se lo diré a Billy, pero apuesto por Madison. Es inteligente, presta atención y está determinada a impresionarme. Dudo que pueda hacerla equivocarse.

—Indira pasará a un puesto de analista. Le informará a Vance.

Billy inclina la cabeza.

—Eso significa que la Chica Nueva será tu informante directa.

No digo nada y lo desafío a contradecirme. Él inclina la cabeza y se aleja.

En el piso, Madison está ayudando a Indira a empacar sus cosas. Las dos mujeres se abrazan. Mientras Indira se marcha, Madison mira a la sala de reuniones. Sus ojos buscan los míos y encuentra mi mirada de lleno.

No debería resultarme satisfactorio, pero así es.

—*Estoy ansiosa por impresionarlo.*

Yo también, pequeña humana. Yo también.

Capítulo nueve

M^{adi} El campus de la Preparatoria Landhower es un oasis verde en la ciudad. Los robles imponentes rodean los caminos elegantes y jardines lujosos. Los edificios en los que están las aulas tienen entradas con arcos grandiosos de piedra de estilo neogótico, como si entre más grande el arco, mejor fuera la calidad de las clases que se dictan dentro. Los arquitectos deben haber canalizado el fresco famoso de Rafael con Platón y Aristóteles. Es exagerado, pero atrae a los billonarios que quieren una experiencia educativa de elite para su progenie malcriada. Hasta la calidad de la luz es diferente aquí, como si el dinero pudiera comprar un tono más fuerte de rayos de luz dorados que pasan entre los árboles.

No he pisado este lugar desde que me gradué, pero nada ha cambiado. Un grupo de chicas con perlas pasan caminando a mi lado con bolsos idénticos de diseñadores y vestidas para sus clases de equitación. Sus coletas altas se mueven mientras fingen ignorar al grupo de chicos de fraternidad populares que descansan junto a sus Mercedes y Maseratis en el estacionamiento.

Todo es familiar, junto con la sensación de que nunca jamás encajaré aquí. Fue difícil cuando tenía dieciséis, pero ahora estoy

bien con eso. ¿Quién necesita una mochila de tres mil dólares de todas formas?

Paso por el arco y me dirijo a la oficina de mi mamá donde acordé reunirme con ella después del trabajo. Su puerta está cerrada, pero cuando me acerco se abre de pronto y un joven de cara larga sale caminando encorvado. Me paro a un costado para dejar pasar a Richie Rick y contengo la respiración antes de ahogarme en la nube de su colonia. Su gorra de baseball sin marca probablemente cueste más que mi renta mensual.

Mi mamá está sentada en su escritorio gigante y mira por encima de sus lentes de lectura a la pantalla de la computadora. Las líneas alrededor de sus ojos y boca parecen más profundas de la última vez que la vi, pero se ilumina cuando me ve.

—Madi.

—Déjame adivinar, —digo como saludo mientras señalo con el pulgar detrás de mí para indicar al estudiante descontento—. Chad o Presto o como sea su nombre quería una prórroga para su proyecto.

Mi mamá suspira. Su nombre es Forbes y sí. Quería volver a dar su examen. Parece «llegar tarde por dormirse en el after» es una excusa válida.

Separo las manos como muestra de victoria, pero es un triunfo vacío.

—Supongo que nada ha cambiado aquí.

—Nop. Excepto que mis dos hijos han volado del nido y ahora ya no puedo almorzar con ellos todos los días.

Suena más orgullosa que triste y le doy la vuelta a su escritorio para abrazarla.

—¿Entonces todo está bien? —Pregunto mientras muevo una pila de libros de una silla para poder sentarme.

—Todo está genial. Brayden es el contacto de NYU para mis alumnos. Nos verá en la cena y estoy seguro de que te contará todo acerca de los clubes de teatro y debate para los que está audicionando.

—Bien. Mi primera paga debería cubrir el pago más grande de matrícula y luego podemos hablar de recortar la deuda del alojamiento.

—Mi mamá niega con la cabeza.

—Puedo cubrir los gastos del préstamo. Esta no es tu responsabilidad, sabes.

—Sólo es lo justo. La razón por la que pude conseguir un trabajo en Wall Street es por la educación que tuve. Estoy devolviendo el favor.

Un par de años tras mi nacimiento, mi mamá recibió una carta que la informaba de los fondos disponibles para mi educación y le exigía mandarme a la escuela aquí. El dinero vino de un donante misterioso, pero no implica un gran salto lógico adivinar que se trató de mi lado paterno de la familia. Dinero para mantener callada a la niña bastarda.

Así terminé en Landhower. Se suponía que fuera un regalo, una ayuda para que tuviera una ventaja en la vida. Una cura milagrosa por todos los años de crecer con una madre soltera que apenas juntaba el dinero suficiente para comprarme la ropa del colegio y pagar el alquiler. No podía pagar una niñera, así que me juntaba con Aubrey en nuestro edificio de departamentos después del colegio y vivía a base de una marca genérica de macarrones con queso que aprendí a prepararme yo misma.

Por cuatro años, caminé estos pasillos con chicos ricos y super que el idiota de mi padre alguna vez fue uno de ellos. Que involuntariamente era parte de su legado. Hubiera preferido ir a una

escuela pública en vez de aceptar sobras de la mesa de mi donante de esperma, pero mi mamá estaba tan feliz por mí. Hasta logró conseguir un trabajo aquí para que Brayden también pudiera asistir con el programa de matrícula gratuita para los miembros del equipo. Su papi no era lo suficientemente rico como para apaciguar su culpa pagándole la matrícula al bastardo. Brayden no tiene dinero para la universidad.

Pero con mi nuevo trabajo, puedo solucionarlo. Sólo tengo que durar cuatro años.

—¿Estás segura de que estás bien, cariño? —Mi mamá pone un mechón de mi cabello detrás de mi oreja, igual que lo hizo Aiden Adalwulf hoy más temprano. Me obligo a sonreír.

—Por supuesto. Sólo tengo hambre. Trabajé durante el almuerzo hoy.

—Oh, no podemos permitirlo. Llamaré a tu jefa y le diré que es ilegal no darte un descanso.

—Mi jefe es un hombre ahora. Me ascendieron. Me la imagino llamando a Blackthroat y retándolo y me hace temblar. Eso seguro que haría que me despidan.

—¡Eso es maravilloso! Tenemos que celebrar. —Se inclina para cerrar su computadora y pasa su brazo por el mío—. La primera semana de universidad de Brayden y tu ascenso. Sabía que los deslumbrarías.

—Mmm. Salimos del edificio de oficina cubierto de yedra hacia el estacionamiento para empleados. Estoy subiendo al Prius viejo de mi mamá cuando veo a Forbes, el chico de fraternidad. Pasa a toda velocidad en una Range Rover roja, con música trap a todo volumen, mitad de los ojos en el camino y la otra mitad en el celular. Parece haberse deshecho de su decepción por una mala nota.

Por la mañana, mi mamá recibirá una llamada de su padre acusándola de no comprender el genio de su hijo. Forbes aprobará. Y cuando crezca, tendrá un puesto de vicepresidente en la empresa Fortune 500 fundada por su abuelo y una asistente que le da sentido a todo su mundo y apaga los incendios que él empieza.

Una asistente como yo.

¿Alguna vez Brick Blackthroat habrá sido un adolescente privilegiado, encorvado en un campus privado con una camiseta y sudadera indefinidas que valen más que el auto de mi mamá? Intento imaginármelo aquí, jugando con sus hermanos de fraternidad, pero no puedo. Es demasiado atento, demasiado competitivo. Todo el privilegio del mundo no basta si quieres ser el mejor. Puedes tomar atajos y fingir ante el mundo, pero por dentro, lo sabes.

Blackthroat no se conformaría con menos del primer premio en nada. Escuela, deportes, y ahora capitalismo; todo es un juego que planea ganar. Se exige a sí mismo y a sus compañeros-de-universidad-ahora-ejecutivos los estándares más altos. Sin quejas, sin excusas. No se arrastraría a la oficina de su profesor para pedirle una prórroga. Estudiaría toda la noche, le iría genial en la prueba, y pediría más trabajo.

Puedo entenderlo.

Quizás por eso no he odiado cada minuto que pasé en Moon Co. Es un desafío y me encanta. Es una cultura demandante, sin tonterías, moldeada por la búsqueda del mayor éxito posible. Si sobrevivo, podría irme genial.

No sé qué es más perturbador: el hecho de que pueda encajar bien en Moon Co. o que por dentro, Brick Blackthroat sea como yo.

Capítulo diez

M^{adi} Una semana después, camino al trabajo con un vestido nuevo y tacones. Durante el fin de semana, Aubrey y yo fuimos a una boutique que siempre me encantó y compramos un conjunto sensual para celebrar que sobreviví mi primera semana. Mi salario es de seis cifras, más una suba en el pago tras el período de prueba.

Si duro.

Estoy trabajando duro para decodificar todo lo que hace a Brick Blackthroat. Tiene dos expresiones principales: una mirada arisca y una fulminante y de asco. Lo irritan todas las interrupciones e interactuar con cualquiera que no sea de su equipo ejecutivo (incluyéndome o especialmente yo). Por esa razón, valora que sea directa. No tiene el tiempo o la atención necesaria para las vueltas. Atribuyo mi éxito con las negociaciones laborales a ser directa. Fue más fácil para él estar de acuerdo y deshacerse de mí porque mis pedidos tenían sentido.

Aparte del incidente con la botella, que parece que ambos acordamos nunca volver a mencionar, tenemos una relación laboral decente. Definitivamente no le agrada recibir o devolver llamadas, así que trabajo en intentar sacarle más información a la gente

cuando llaman para ver si puedo lidiar con ellos yo misma o redirigirlos a alguien más en Moon Co.

El señor Blackthroat sale del ascensor y me levanto del escritorio para darle los mensajes más urgentes.

—La asistente del señor Benson intentó cancelar su charla uno a uno para que Benson Senior llegara a la hora del té, pero conseguí que el club de campo reservara una habitación privada para que él te diera quince minutos. También tengo una actualización sobre el terreno de Adirondack...

Blackthroat se detiene y gira, ignorando los mensajes que intento comunicarle. Mira mi nuevo vestido. En especial el escote en mi pecho. Es uno de esos vestidos con un corte que muestra algo de piel. Fino, pero seductor. Eso dijo la vendedora, de todas formas.

Blackthroat admira la vista, o la idea, de mi escote lo asquea absolutamente.

—¿Qué es *esto*? —Mueve una mano hacia mi pecho.

—¿Perdón? —Mantengo una voz educada pero firme.

—¿Por qué estoy viendo tu escote?

Miro hacia abajo para asegurarme de que mis tetas no estén a la vista, no lo están, y luego retrocedo de a poco, creando un momento de tensión.

Honestamente, estoy algo enojada. Hasta ahora, el Gran Jefe Malvado no me había ofendido personalmente. Tiendo a ser dura. Pero me parece que luzco genial con este vestido, y en definitiva no hay nada malo o de qué avergonzarse en él. Además, se siente personal. Sus quejas y retos típicos se relacionan al desempeño en el trabajo, no a cómo luce la gente.

—No hay escote, —lo interrumpo porque es verdad. El espacio cortado en mi vestido está bien por encima de la zona de mi escote —. Sólo la piel sobre mi esternón. ¿Por qué le resulta ofensivo? —

Inclino la cabeza como si genuinamente me diera curiosidad, pero estoy segura de que no pasa por alto la ira en mis ojos—. ¿Le cuesta ver piel?

Un músculo se tensa en su mandíbula. He pasado la raya.

—Suficiente, —me advierte, sosteniendo la mano—. No vuelvas a ponerte eso.

Ya dejó de hablarme y está de camino a su oficina.

Veo cómo se aleja su espalda, y sigo enojada.

—¿Debería buscar un burqa? —Le digo mientras entra a su oficina.

Ups. Es probable que haya ido muy lejos.

Cierra la puerta y me ignora.

Espero unos minutos. No hay ninguna llamada de recursos humanos para decirme que estoy despedida.

Es bueno saberlo. Blackthroat tolera algo de rebeldía cuando lo merece, y en este caso, realmente se lo merece. ¿De dónde saca que puede decirme que no me vuelva a poner el vestido?

Le envío un mensaje a Aubrey, *A Blackthroat le pareció ofensivo el vestido con un corte. Puede o no que me haya puesto un poco sarcástica con él al respecto.*

¿Todavía tienes trabajo? Me responde.

Por ahora.

¿Me pregunto por qué? Apuesto a que le gustas.

Más bien le disgusto, escribo pero sus palabras se cuelan en mis venas y me emocionan un poco. Esta es otra señal de que lo atraigo, ¿verdad? Mi pulso se acelera.

Brick Blackthroat, el billonario sensual, ¿atraído por su humilde secretaria?

De allí podría surgir el disgusto. Me desea pero nunca bajaría tanto para estar con su secretaria. Quizás odie la debilidad que eso

muestra en él siquiera haber notado mi escote.

¿Será gay? Responde rápido Aubrey.

Pienso en la pregunta. No tengo mucho en qué basarme, pero entre más lo pienso, más segura estoy de que la valoración inicial de Aubrey fue la correcta. Luzco genial en este vestido y lo hace pensar en hacer cosas sucias conmigo, lo que lo enoja.

Ay por Dios, *¡realmente* quiero hacer cosas sucias con él!

No, escribo. Me tomo una *selfie* y se la envío. *¿Ofensivo?* Le pregunto.

¡Sensual! me responde *Te ves alucinante. Mas, por favor. Ponte sólo vestidos con cortes. Eso sería muy gracioso.*

Lol.

Iré a la tienda de camino a casa para encontrarte otro. Es mi nueva misión en la vida. Enojar a tu jefe con vestidos que te hacen ver sensual.

* * *

Brick

El viernes, mi pequeña asistente seductora llegó con otro vestido que tenía una ventana a sus pechos.

Está tomándose el pelo.

Muy posiblemente quiera que la despida por esto. De repente desearía saber más acerca de ella para poder entender su estrategia. ¿Es una feminista que toma una posición contra la objetivación del cuerpo femenino? ¿O sólo está complotando para que la despida y luego me demande? ¿O simplemente pone a prueba los límites, curiosa por ver qué tanto puede provocarme?

Me doy cuenta de que yo sólo me metí en este embrollo. Le mostré mis intenciones al decir algo en primer lugar. Un tipo que

controla sus necesidades no le hubiera advertido a su asistente que no se pusiera algo que hace que sus tetas parezcan comestibles. El problema es que, entre más trabaja aquí la Chica Nueva, más atractiva se vuelve. Me gusta su mente. Su confianza. Su atrevimiento. No encuentro nada de qué quejarme sobre cómo hace su trabajo, aunque me quejo de todos modos, sólo para mantenerla alerta.

Cubre mis llamadas mejor que nadie. Es rápida con cualquier tarea que le doy, y muchas veces me gana de mano con pedidos que puede anticipar. Toma decisiones que no está calificada para tomar, pero la dejo porque mantiene a los idiotas lejos de mi oficina y de mi línea telefónica.

Maldita sea, desearía que se viera como una vieja fea.

Porque todo en lo que puedo pensar es en cómo sabría con la espalda apoyada contra mi escritorio y las piernas bien abiertas.

He dado lo mejor de mí para mantener cierta distancia entre nosotros. Para asegurarme de que nuestras interacciones sean lo más cortas posible. No me gusta estar en con ella por demasiado tiempo o su esencia a nuez moscada y naranja comienza a volverme loco.

Pero también me encuentro quedándome en la oficina más de lo normal, necesitando respirarlo durante todas las horas del día.

Camino hacia donde está sentada en su escritorio tomando una llamada de alguien que evidentemente es un grano en el trasero. Es completamente mi culpa por nunca responder llamadas y no me importa una mierda.

—Cuelga, —le digo de mala manera.

—Lo siento, señor Anderson, le daré el mensaje cuanto antes, pero tengo que responder otra llamada. Que tenga un buen día. —

Cuelga el teléfono a pesar de que la voz sigue gritando del otro lado y exigiendo cosas.

—Buenos días, señor Blackthroat, —me ofrece una sonrisa agradable mientras se para para saludarme.

Definitivamente está jugando conmigo.

Mis fosas nasales se abren.

—¿Qué te dije acerca de esto? —Hago un gesto en círculo sobre la ventana a sus pechos. El vestido es gris bronce con cortes en los hombros además del escote. Quiero poner los labios sobre cada lugar y morder suavemente. Lamer. Descubrir si sabe tan bien como huele. Quiero arrancarle el vestido y descubrir qué tipo de lencería usa por debajo. ¿Satén o encaje? O algodón simple. No puedo decidir.

¿Madison Evans tiene experiencia en la cama o pasó sus noches de universidad estudiando?

Tantas preguntas para las que quiero respuestas.

Esta vez no mira para abajo. En vez de eso levanta un poco la nariz en el aire y niega con la cabeza.

—No sé de qué estás hablando, —su tono es agradable y de negocios.

Mi mirada se queda en el corte, luego se levanta hasta sus ojos.

—Te dije que no te pusieras esos vestidos.

Lleva la punta de su dedo al borde de la ventana y lo sigue levemente. Esta vez no me muestra su irritación. Su confianza está totalmente controlada.

—No hay nada en absoluto obsceno acerca de mi vestido. Si le parece una distracción... —hace una pausa e inclina la cabeza como si esperara que lo confirme o lo niegue.

No lo sé, ¿sería una distracción si te pusiera de rodillas sobre tu escritorio y metiera mi lengua dentro de ti?

La mira con furia.

—Si así es, es su problema. No seré la chica a la que envían a casa del colegio mostrar las tiras de su sostén porque distrae a los chicos. Como si su educación fuera más valiosa que la de ella.

Frunzo el ceño. Feminista, entonces. Entendido.

No se equivoca. No es su culpa que su elección de vestido me acerque peligrosamente a romper cada regla que tengo acerca del contacto con empleados y humanos. Pero el hecho de que tenga razón no hace nada por disminuir mi molestia.

—En este caso, *mi* atención es más valiosa que la suya, señorita Evans. Soy su jefe. Mi tiempo y concentración son el activo principal de esta empresa y su trabajo es cuidar ese activo. ¿Entendido?

—¿Entonces *sí* le parecen una distracción mis vestidos?

—Me parece que esta conversación es una pérdida de tiempo. Le dije que no se volviera a poner ese vestido. Ahora tiene puesto otro y está al borde de la insubordinación. No la enviaré a casa a cambiarse, pero le descontaré el día de su paga. Si quiere conservar este empleo, hará lo que le diga, ¿entendido?

—No tengo puesto el mismo vestido, así que no desobedecí ninguna orden, y pensaría dos veces lo de despedirme por el corte de un vestido o tendrá una demanda en sus manos. Señor.

Ah no. Nadie me amenaza, maldita sea, sobre todo una empleada.

—Escúchame, niñita. Te *destruiría* en una batalla legal. Mis abogados saben cómo convertir una uña encarnada en una demanda de diez años que te costaría millones. Que dudo que tengas. —La miro con desprecio. No quise ser condescendiente, sólo un idiota. Pero por alguna razón, este es el insulto que surte efecto. Mi lobo odia el brote de enojo y vergüenza que aparece en sus mejillas.

Mmm. Supongo que mi secretaria atrevida es sensible acerca del dinero. Pero no se quiebra. Por supuesto que no. Por eso la disfruto tanto.

De hecho, en vez de subir de tono la pelea, baja el nivel de agresión. Vuelve a tocar la piel dentro de la ventana. Es una caricia suave y lenta. Una sugerente. Se está tocando como la tocaría un amante. Hago que me sangre la parte interna de la mejilla.

Moviendo la cadera, mira hacia arriba bajo esas pestañas largas y pregunta,

—¿Me destruiría porque lo desafié o porque en realidad no soporta la pequeña ventana de piel sobre mis pechos?

Sólo la mención de la palabra *pechos* envía la sangre volando hacia abajo de mi cintura. *Intento evitar la demanda que surgiría si te pusiera de rodillas y te metiera el pene en esa ventana para ver cómo se siente deslizarse entre esos duraznos perfectos.*

—Ambos, —volteo y me alejo antes de revelar más. Ya he arruinado esto de la peor manera y ambos lo sabemos.

—Ah, ¿y señor Blackthroat?

No volteo, sólo sigo caminando a mi oficina.

—Preferiría Madi, pero responderé a *Chica Nueva* o *Secretaria* o *señorita Evans* o *Madison*, pero si vuelve a llamarme *chiquita*, no escucharé nada de lo que siga.

Genial. Realmente quiero reírme. Pero no estoy seguro de cuándo fue la última vez que me reí de algo. Qué bueno que ya estoy en mi oficina y no puede ver la sonrisa que tira de mis labios.

—Entendido, —gruño.

Otro punto para la asistente.

Estoy tan pero tan jodido.

Capítulo once

M^{*adison*} —Estoy yendo. Lo prometo. Estoy en camino ahora. —Meto los pies en mis botas de caña alta y me miro rápido en el espejo del baño del trabajo. Blackthroat me hizo trabajar hasta tarde y se suponía que me encuentre con Aubrey hace una hora para preparar nuestro set para la noche de bandas de los ochenta en el bar junto a La Résistance.

Ahora no hay tiempo de cambiarme en el café, así que tendré que ponerme mi ropa aquí. Jerry, el conserje de la noche, que ya está limpiando nuestro piso, verá bastante cuando sea testigo de mi transformación. Llevo una camiseta corta de malla sobre un sostén llamativo rosa neón, una minifalda que muestra la mitad de mi trasero y botas negras de cuero. Levanté un poco mi flequillo en el frente y me puse maquillaje pesado de guerra. Me miro de forma crítica en el espejo.

No está mal.

Qué bueno que tomaré el subte en Nueva York, donde hay gente con todo tipo de ropa, y no en DC, donde no sobresalir sería imposible.

Me pongo mi chaqueta color crema por encima porque hay un frío de otoño en el aire y ayuda a bajarme un poco la intensidad al conjunto. Luego tomo mi *latte* de vainilla a medio tomar que me serví para la cena y salgo corriendo del baño.

Uf. Justo contra Brick Blackthroat.

Se me cae el café encima de ambos, pero sobre todo de mí, y chorrea sobre mi chaqueta color crema. Gruño.

—Supongo que a eso le llamas chocarte contra una pared de ladrillos.

No me caen mal sus bromas.

Estoy tenta a secar su pecho con servilletas, como lo hice la última vez que derramé agua sobre él, pero su mirada me hace detenerme.

—¿Qué carajo llevas puesto? —demanda saber Blackthroat. Su mirada recorre mi cuerpo y observa el conjunto de rock and roll sugerente. Luce enojado, de la misma forma que cuando me pongo los vestidos con cortes. Como si mi cuerpo fuera un agravio contra su paz mental.

—No estoy en horario laboral; no es de su incumbencia.

Probablemente debería cuidar el tono, pero estoy molesta porque ya me hace llegar tarde y ahora he arruinado mi chaqueta preferida. En serio dudo poder sacarle la mancha de café a la tela pálida. Me la quito y sacudo el líquido con una mueca.

Sus fosas nasales se abren cuando ve mi ropa sin que la chaqueta esconda nada.

—Te pago un salario que significa que eres mía a toda hora del día. Además, siguen en el trabajo. ¿Por qué estás vestida así?

Resoplo.

—Tocaré esta noche en una fiesta de los ochenta. Es una banda de *covers* de Go-Go, si no lo había adivinado.

Frota el café en su camisa, con el ceño fruncido.

—Madison, no te irás en un taxi luciendo así. De ninguna manera.

—Tiene razón. Tomaré el subte; es más rápido a esta hora de la noche.

—Oh no, no lo harás. Olvídalo.

Intento rodearlo. Realmente llegaré tarde a este punto y Aubrey jamás me perdonará si me pierdo nuestra presentación.

—No recuerdo que tuviera el derecho de dictar cómo paso mi tiempo personal.

Me bloquea el camino.

—Te llevaré.

—No tengo tiempo, señor. Realmente tengo que...

—Te haré llegar a tiempo.

Finalmente me deja pasar y corro para tomar mi bajo de atrás del escritorio.

Blackthroat lo mira con seriedad, como si el hecho de que tocara la guitarra fuera otro agravio hacia él. Cuando pasa Jerry, empujando su carrito de conserje, mi jefe se para frente a mí como para bloquear su vista de mi atuendo. Nos subimos al ascensor y no deja de fruncir el ceño mientras me ve.

Mi corazón late más fuerte de sólo estar tan cerca de él. He trabajado para este tipo durante un mes y me gusta pensar que lo entiendo, pero eso no significa que todavía no me siga intimidando y excitándome.

Es mucho más grande y alto que yo y el campo de fuerza de su presencia es tan poderoso ocupa incluso más espacio. El ascensor es demasiado pequeño.

—No tiene que llevarme, —repito intentando cortar la tensión.

Me mira de una forma inescrutable.

—Te llevaré. ¿Dónde es el espectáculo?

—Es en Brooklyn. Se suponía que estuviera allí hace una hora.

—Deberías habérmelo dicho.

—¿Hubiera importado?

—Te hubiera dejado ir, —dice con tranquilidad.

Se me ocurre que podría estar diciendo la verdad. Es un obstinado demandante, pero recompensa el trabajo duro.

Me acomodo y miro de reojo su rostro hermoso.

—No me gusta dejar el trabajo sin terminar.

—Lo aprecio.

Su mirada baja a mi atuendo, descansa en mi barriga desnuda por un par de minutos, luego baja a mis piernas, luego vuelve a subir a mis pechos enmarcados en el sostén rosa fuerte. Él niega con la cabeza.

—¿No podías cambiarte en el lugar?

—No hay tiempo.

Tomamos el ascensor hasta el nivel del estacionamiento privado donde Blackthroat y sus ejecutivos aparentemente guardan sus autos. Me quejo cuando veo en qué me llevará: un brillante Porsche Taycan negro. El nuevo que es todo eléctrico.

Al menos no lo estacionó ilegalmente en la acera.

—Realmente no tiene que llevarme, —murmuro mientras mantiene abierta la puerta del acompañante para mí.

—Cállese, señorita Evans. La llevaré. —Golpea la puerta.

—¿Qué se te metió en el trasero? —murmuro para mí misma antes de que se suba a su propio asiento. La mala mirada que me dedica me hace pensar que me escuchó.

Pone el auto en reversa y sale tan rápido que las llantas chillan.

—Siento que no parezcas entender el efecto que tu piel desnuda tiene sobre el hombre promedio, pero déjame asegurarte de que es

significativo.

El calor se junta entre mis piernas y mis pezones se tensan debajo del sostén neón. Realmente lo admitió. Se siente atraído por mí.

Tiro del borde muy corto de mi falda.

—Em... ¿gracias?

—No fue un cumplido, sólo un hecho. —Toma las curvas del estacionamiento con tanta velocidad que debo sostenerme de la manija del auto. Mira rápido al bajo que tengo entre las rodillas—. ¿Eres buena?

—No. Quiero decir, soy capaz. Pero esta no es una banda real o algo regular. A mi amiga le encantan este tipo de cosas y prometí hacerlo como favor.

Sale a las calles. El tráfico apesta, pero Blackthroat conduce como si estuviéramos en una de esas persecuciones a toda velocidad en una película de acción, moviéndonos por el tráfico, girando con poco margen y acelerando en cada oportunidad que tiene. Me sostengo de la manija de la puerta, excitada. Siempre me gustó Jason Bourne.

Una vez que estamos en Brooklyn le doy indicaciones para llegar al lugar y estaciona en la puerta.

—¿Estaría bien que dejara mi chaqueta aquí para no tener que preocuparme por perderla allí dentro? —Le pregunto mientras me bajo.

Luce sombrío, como si le estuviera pidiendo la luna.

—Claro, —dice sin expresión alguna—. Me encanta que mi auto huela a *lattes* de vainilla.

—Genial. Y gracias por traerme. No fue para nada incómodo, —le devuelvo el sarcasmo.

Sus labios se curvan en lo que juraría por dios que es la primera sonrisa que le he visto. No es una sonrisa en serio. Sólo el principio de una.

—Mucha mierda.

Por un momento nuestras miradas se juntan y se me corta la respiración. Le dedico una sonrisa completa y cierro la puerta.

—Gracias, —arrojo la tira del bajo sobre mi hombro, corro para entrar e intento ignorar lo acalorada y ruborizada que me siento en todas partes.

* * *

Brick

Mierda. Me alejo, pero la idea de dejar que Madison camine desprotegida en ese atuendo alocado me tiene girándome en cada cuadra para encontrar donde estacionar. Encuentro un estacionamiento con valet y me saco la corbata antes de dejar el Taycan.

No es que me sienta demasiado posesivo. No tengo la necesidad de evitar que otros hombres miren ese cuerpito jugoso.

Bueno, está bien, ese es exactamente el problema.

Esa pequeña humana hace que mis instintos se descontrolen. No hay razón por la que debería sentirme tan protector. No es nadie para mí. No es parte de la manada o siquiera una loba. Pero lo que es seguro es que no soporto la idea de que alguien la vea vestida así.

Sólo volveré y me aseguraré de que no atraiga una atención no deseada. Es una chica inteligente, pero algo en mí me obliga a asegurarme de que esté a salvo.

Pago el cargo de veinte dólares para entrar. Está lleno de clientes de pared a pared. El lugar es pequeño, con una barra de un lado y un escenario al costado. La banda en el escenario es una versión mediocre de Duran Duran. Lucen bien, la música es decente, pero los miembros de la banda se ven un poco avergonzados, como si no estuvieran seguros de que no vayan a abuchearnos para que se bajen. Me desabrocho el collar y las muñecas de la camisa de vestir y me arremango las mangas antes de pedir una cerveza y encontrar una banqueta para mirar el espectáculo.

Veo a Madison y a lo que debe ser el resto de la banda tomando *shots* al costado del escenario, asumo que para tener coraje. Quiero tirarla encima de mi hombro y sacarla de aquí. Esconderla del mundo. Tenerla para mí.

Debería estar en la oficina, trabajando en el caso Benson desde todos los ángulos. Buscando nuestra nueva adquisición, una que asegurará la dominancia en el mercado de Moon Co. O yo debería estar volando a Berkshires para poder transformarme y dejar que mi lobo agote corriendo su energía interminable que me ha estado manteniendo despierto por las noches.

No hay razón para estar en esta guarida de humanos, robando unos preciosos momentos para satisfacer mis ganas de ella.

Toda mi vida he dedicado cada momento a mi manada y a los negocios para que seamos adinerados. Para mantenernos a salvo. He tenido amoríos con un par de lobas, pero nunca me ha interesado una mujer en serio.

Mi atracción por Madison no es lógica. Definitivamente es especial, ya sea porque mi lobo ame o no su exquisito aroma. Sería mucho más fácil ignorar la atracción si mi lobo no estuviera involucrado.

La deseo aún más cuando se sube al escenario y la banda empieza a tocar porque son buenas. Sensuales. Musicalmente talentosas. Divertidas. Tienen ritmo, el público canta con ellas a todo volumen. Su cantante principal es una mujer negra hermosa que parece ser de la misma edad que Madison, con tatuajes en un brazo y un arete en la nariz. Lleva una vincha que sostiene su cabellera de rulos alocados hacia atrás. Es genial, pero estoy demasiado hipnotizado por el dolor de cabeza que es mi asistente como para mirarla. Madison es una estrella de rock. Las luces del escenario iluminan a toda la banda, pero ella brilla más fuerte, como si estuviera iluminada desde adentro. Mis ojos están sólo pegados en ella.

No me debería sorprender descubrir que tiene otros talentos además de tomar mis llamadas y recordar conversaciones enteras palabra por palabra; es probable que no haya nada que esta chica no haga bien.

Y me doy cuenta de repente bajo las luces de neón, en esta oscuridad, en un lugar apretado con demasiados idiotas bañados en perfume corporal barato. Todo lo que he hecho, cada momento de mi vida ha sido con mi manada, por mi manada, a beneficio de mi manada. Mi padre me crio para saber mis obligaciones y mi destino. El legado del Alfa ha controlado mis días, meses, años.

Hasta ahora.

La música se expande a mi alrededor, demasiado fuerte, demasiado bajo. El lugar está lleno de niebla por el feo olor humano y a transpiración y a cerveza lupulosa. La alfombra bajo las puntas pulidas de mis zapatos no tiene color y es de todos los colores, marcada por décadas de manchas cuestionables.

¿Qué carajos estoy haciendo aquí? ¿Qué me convenció de entrar? ¿De quedarme? ¿De realmente *disfrutar* de ver este espectáculo

ridículo?

No tiene sentido, pero no puedo obligarme a irme. No puedo dejar de mirar a la Chica Nueva allí arriba sobre el escenario.

Madison y sus amigas terminan de tocar y bajan del escenario y la sigo mirando mientras se acerca al bar con sus compañeras de banda, su bajo todavía colgado sobre el hombro.

Debería irme. Está aquí con amigas. Puedo cuidarse a sí misma. Puede ser una humana frágil, pero es inteligente y no está sola.

Pero también está bebiendo. Y si piensa que tomará el subte a casa, deberé intervenir. Me mantengo alejado, irritado cuando deo de verla por un rato.

—¡Brick Blackthroat! —Se balancea un poco con una sorpresa exagerada y extendiendo una mano para sostenerla del codo. Quiero ayudarla a mantener el equilibrio, pero en vez de eso dudo y deo que caiga contra mi pecho. Envuelvo mi otro brazo alrededor de su cintura. Sus pechos presionan contra mis costillas—. Oh. —Ella levanta el rostro, sorprendida. Nuestros labios están cerca.

Tan malditamente cerca.

Lo suficientemente cerca como para sólo tener que moverme medio centímetro para saborear esa boca hermosa y atrevida. Casi lo hago. Quiero hacerlo.

Pero estaría tan mal.

El tequila en su aliento tristemente es más fuerte que su aroma natural. Bien, entonces algo que no hace muy bien es manejar el alcohol.

Sin quererlo, suelto su cintura y mantengo la mano en su codo para que haga equilibrio.

—¿Qué está haciendo aquí? —dice con dificultad en un intento evidente de equilibrarse y ponerse firme como si no estuviera borracha.

—Estoy aquí para llevarte a casa. —Ahora la miro mal porque su aroma crítico especiado invade mis fosas nasales y mi mano se tensa de forma automática sobre su brazo, como si no quisiera dejarla ir.

Levanta las cejas y la hace caerse de nuevo, así que la acerco más.

—Espera... ¿viste el espectáculo?

Obligo a mi expresión a mostrar desaprobación.

—No seas absurda.

Ella estrecha los ojos y todavía se balancea un poco. No puedo imaginar lo que pasa por su mente, pero ella parece darse cuenta de algo. Para mi sorpresa, pone un dedo en mi pecho.

—Estás mintiendo, Brick Blackthroat. Sé cuándo mientes. Lo veo todo.

Oh Dios. Es increíblemente linda cuando está así.

Tomo su mano con el dedo que me apunta y lo sostengo en el mío más grande.

—Es *señor* Blackthroat para ti, y no sabes absolutamente todo.

Se mueve hacia adelante aún más, inclinándose sobre mí. Sus pechos suaves rozan contra mis costillas otra vez.

Por un momento, logra concentrarse lo suficiente para que nuestras miradas se crucen. Su aliento huele a tequila y lima, su labial es el típico rojo atrevido que usa, pero el delineador negro fuerte deja más en claro que lleva un disfraz.

—¿Estuvimos terribles? ¿Debería avergonzarme? Tuve que tomar sólo para subirme al escenario. Por eso no hablo bien. No suelo beber de más. No es mi estilo. —Da un paso al costado como si el piso se hubiera movido debajo de sus pies y la traigo hacia mí otra vez. Sólo para equilibrarla. No porque extrañara sostenerla de pie.

Ella se queda sin aire, su rostro inclinado hacia el mío. Luego mira rápido alrededor del techo y me doy cuenta de lo que debe

haber visto. Mis ojos están brillando. Mi lobo se está mostrando. Está buscando una causa lógica, como una luz de color que brille sobre ellos.

—Hora de irse, Ventanas.

—¿Ventanas?

—Ese es tu nuevo apodo. Por los vestidos con ventanas.

Ella se ríe, pero pone las manos sobre mi pecho y me empuja. La suelto de inmediato. No soy el tipo de hombre que tomará con fuerza a una mujer si no lo quiere.

—No necesito un aventón. Me iré a casa con alguien.

Una punta aguda de celos me atraviesa el estómago. Mis fosas nasales se abren y mi humor se vuelve sombrío.

—¿Con quién? —Mi pregunta sale como un gruñido.

Madison pestañea y parece no estar segura. No me responde de inmediato y mis instintos posesivos se están apoderando de mí.

No es de mi incumbencia. No tengo derecho de preguntar. Pero debo saberlo.

—Dímelo. Ahora. *¿Con quién te irás a casa esta noche?*

Capítulo doce

B^{*rick*} Entre las cejas de Madison aparece una arruga. Me está mirando a los ojos, de la forma en que sólo ella puede hacerlo, y buscando la verdad en ellos.

—¿Por qué quiere saberlo?

Esa es la pregunta del billón de dólares.

—Necesito saber que estás a salvo.

Sus pupilas se dilatan.

—¿Por qué?

No puedo responderlo. Ni siquiera lo sé.

La cantante principal de la banda aparece a su lado.

—Ay por Dios, ¿es este el Gran Jefe...?

Madison le pega en las costillas para callarla. Ella piensa que no sé lo que me llama.

La chica me señala con la mano.

—¿Eres el jefe, verdad? ¿Viste nuestro espectáculo?

—Sr. Blackthroat, ella es Aubrey, mi compañera de piso.

—Compañera de piso.

—Como puede ver, no me iré sola a casa.

Ah. Casi perdí la cabeza por un momento porque se iría a casa con su compañera de piso. ¿Qué carajos me sucede? La tensión en mi cuello y hombros se relaja y aflojo los puños.

—Somos mejores amigas. —Aubrey pasa un brazo por el de Madison e inclina la cabeza hacia mí, frunciendo la nariz como si intentara entenderme.

—De todas formas, —interrumpe Madison, mirando a su compañera de una forma que no logro interpretar—, no necesito un aventón. O un guardaespaldas. —Madison entrecierra los ojos, lo que la hace irse hacia atrás y perder el equilibrio. La agarro del codo otra vez—. ¿Actuó de mi guardaespaldas esta noche? ¿Por eso se quedó?

—No me quedé, —insisto, lo que es tonto porque ya descubrió que mentía.

—Bien. No se quedó. —Me sonrío como si le diera placer que sea un idiota.

Necesito alejarme.

Irme.

No sé por qué me está costando tanto.

Me obligo a pararme y contra mi voluntad suelto su codo. Luego le saco la tira del bajo del hombro.

—¿Quieres que me lleve esto para que puedas disfrutar?

Sus lindos labios forman una «O» redondita de sorpresa. Luego se recupera rápido.

—¿Lo ve? —dice, tocándome el brazo—. *Sí* es bueno. Sólo que no quiere que nadie lo sepa.

—Soy lo más alejado de alguien bueno que conocerás, señorita Evans. No lo olvides.

Con ese saludo de despedida, me llevo su bajo del lugar y camino hacia mi auto.

Necesito ir a Berkshires y soltar a mi lobo. La necesidad de correr, de cazar, de matar casi me ciega.

Debería despedir a Madison Evans. De inmediato.

Antes de cruzar el punto sin retorno.

* * *

Madi

—A tu gran jefe malvado realmente le gustas, —dice Aubrey, mientras voltea una cucharada del helado Ben & Jerry Cherry García para poder lamerla cuando se la lleva a la boca.

Estamos compartiendo un pote para la cena. Meto mi cuchara en el cartón y voy más profundo.

—Literalmente admitió que lo excitaba ver mi piel.

—Y deberías haber visto la forma en la que te miraba cuando tenía su brazo a tu alrededor. O sea, no era nada, *nada* parecido a lo que describiste.

—Dije que era apuesto.

—Dijiste que era apuesto pero toda una pesadilla. ¿Ese tipo de anoche? Todo un caballero. Un caballero sensual y rico. Deberías ir por él.

Le muestro un gesto de horror exagerado.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi mejor amiga, Aubrey?

Ella se ríe.

—¿Qué?

—Em... ¿un idiota rico? No gracias.

—Analicemos los hechos. El idiota rico parece odiar a todos *menos* a ti. Eso es algo ardiente.

Pongo los ojos en blanco y le quito el pote de helado.

Ella empieza a bajar los dedos, empezando con el pulgar.

—Se enoja y molesta cuando llevas vestidos con cortes... insiste en llevarte a tu espectáculo porque no quiere que otros tipos te vean en tu atuendo sensual... se queda y actúa como tu guardaespaldas... (o, usa otro dedo aunque es un *o*, no un *y*), se queda porque quiere ver lo sorprendente que eres como miembros de una banda de los ochenta de chicas y finalmente (pasa a la otra mano) se lleva tu bajo con él para que puedas quedarte y pasarla bien. —Ella termina con una expresión de *No tengo nada más que añadir*—. Eso es sensual.

Por mi piel corren cosquillas, me ruborizo al reconocer lo que dice.

Pienso en todas las cosas maleducadas que hace. Cómo la pobre Indira estaba aterrorizada de él. Lo rápido que pide cosas no razonables y maltrata por todos los errores pequeños.

Ay, mierda. Aubrey tiene razón. Eso sólo hace más sensual que sea suave conmigo.

—Bueno, pero no lo redime como ser humano. O sea, nunca saldría con él.

—Bueno, es complicado porque es tu jefe, —concede Aubrey.

—Aunque no fuera su asistente ejecutiva, no saldría con alguien como yo. —La amplia sonrisa de Aubrey se desvanece—. ¿Qué quieres decir, *alguien como tú*?

Está ofendida por mi descripción para mí misma.

—¿Tipo rico? ¿Chica con beca total? Ya sé cómo termina esto. De la misma forma que terminó la relación de mi mamá con mi papá.

Aubrey se encoje de hombros.

—Bueno no te embaraces. Y no te enamores. ¿Pero el resto? Yo digo que vayas por ello. Te hará in-despedible. Y puedes escribirlo en tus memorias. *Cogiendo al uno por ciento: la historia de Madi Evans*.

Me río aunque no quiero hacerlo.

—Estás loca.

—*Crazy fo-or you*, —canta con su voz de Madonna.

Agrego los coros,

—Bah, bah, bah, bah, —y nos reímos juntas.

Suena el timbre y ambas gritamos.

—Entrega especial para Madison Evans.

—No respondas, —susurra Aubrey—. Podría ser un asesino en serie.

—Basta, —le susurro antes de decirle al de la entrega que ya bajo. Es extraño recibir una entrega tan tarde por la noche, así que tengo mucho cuidado. Un joven con un uniforme prolijo de marina me saluda en la entrada, sostiene mi bajo y una bolsa de la tintorería. ¿Blackthroat llevó mi abrigo a la tintorería?

Le agradezco al de la entrega y vuelvo a entrar.

—Terminé el helado, —dice Aubrey—. ¿Qué quieres cenar realmente? —Ella ve lo que sostengo y frunce la nariz—. ¿Tu jefe acaba de dejarte eso?

—Hizo que lo entregaran. —Abro la bolsa de la tintorería para sacar mi abrigo y de inmediato noto que no es el mío. Es del mismo color crema, pero este es de lana real, con sastrería de peplo y finos botones dorados.

Miro la etiqueta. *Chanel*.

Me quedo mirándola, intentando entender lo que significa el regalo. Parte de mí quiere ofenderse, ¿este idiota rico pensó que debía tirar mi chaqueta y reemplazarla? Pero sólo es mi orgullo el que habla. No, este regalo es atento. Algo que Brick Blackthroat finge no ser.

Los temblores de emoción corren por mis brazos y piernas.

—Te dije que le gustabas, —dice Aubrey. Está revolviendo el refrigerador. No se ha dado cuenta de que mi jefe me envió un abrigo nuevo.

—Sí. —Me dirijo a mi habitación para colgarlo antes de que Aubrey lo vea. Si le digo, ambas especulares por qué Blackthroat me envió este regalo. Si lo mantengo en secreto, no importará el porqué. Puedo saborear este momento por lo que es.

Dentro del armario oscuro, la lana color crema parece brillar. La lana es lujosa. El forro es de seda real. Me permito acariciarlo lentamente una vez más antes de cerrar las puertas del armario.

Capítulo trece

M^{adi} El viernes salgo para un almuerzo rápido, con mi nuevo abrigo, cuando una nueva cita aparece en mi agenda. *Prueba de vestuario, Zoe's Couture* con dirección en la quinta avenida. ¿Se supone que pase a retirar algo para Blackthroat? Me dirijo a la dirección por si acaso y le envío un mensaje a Indira por si sabe algo de lo que se trata.

Ni idea, me responde.

Qué extraño, pero la única persona puede agregarle cosas a mi calendario es Blackthroat, y lo que el jefe quiere, lo obtiene.

Así me encuentro tocando el timbre de una puerta discreta entre un spa y una joyería. La tienda no tiene el nombre en la puerta, sólo un número y un cartel de bronce que dice «Sólo con turno». El hombre que abre la puerta es delgado, su cabello violeta choca con su traje rojo terciopelo. Mis cejas suben hasta el nacimiento de mi cabello, pero él dice «¿Madison Evans?» y me indica que pase.

—Por aquí.

Esta debe ser la boutique privada de un estilista de moda. Es probable que esté aquí para recoger el atuendo de Blackthroat para el baile de esta noche. No puedo imaginarlo con un traje de

terciopelo, pero quizás su vestimenta de noche sea menos conservadora.

Pero cuando el pasillo largo y angosto nos lleva a una sala de muestra, todo lo que puedo ver son vestidos. Fundas y vestidos de gala con tonos de joyas.

—Soy Damien y estaré trabajando con usted hoy. ¿Champaña? —me ofrece mi guía, aunque apenas son más de las doce.

Niego con la cabeza y trato de absorber el conjunto de colores brillantes de pavo real de los vestidos de gala.

—Creo que sólo estoy aquí para recoger algo.

—Oh, no, cariño, —se ríe Damien—. Estás aquí para una prueba de vestuario. Tu novio reservo todo el mediodía para tu prueba.

—¿Qué? —Chillo y sorprendo a Damien—. No tengo novio.

—Disculpa, sólo lo di por hecho. Trabajo únicamente por referencia. Normalmente no haríamos esto tan a último momento, pero Ruby Blackthroat es una clienta muy importante. Muy, muy importante, —enfatisa con ojos abiertos y manos extendidas.

—¿Y ella organizó esto para mí?

—Sí, creo que a pedido de su hermano. ¿No es tu novio?

Casi me río en voz alta. Si Blackthroat escuchara que alguien lo llama mi novio, lo miraría con su *rayo mortal* y lo incineraría en el momento.

—Es mi jefe. —Disimulo mi sorpresa girando en un círculo lento y respirando el aire sutilmente perfumado. El lugar huele a dinero—. ¿Se supone que elija un vestido?

—EL vestido, querida. Haremos que luzcas como para chuparse los dedos. —Damien realmente dice «chuparse los dedos» antes de besarse la punta de los dedos—. No puedo esperar a comenzar. Aunque, —frunce el ceño—. Él dio un requisito. Sin tacones.

Sonríó al ver la expresión en el rostro de Damien.

—Está bromeando.

Será mejor que bromeé. Estoy cansada de que mi jefe me ordene qué ponerme. Definitivamente no me complace internamente que mi jefe esté obsesionado con mis atuendos.

Un aplauso de las palmas de Damien trae a un desfile de asistentes que llegan con más perchas con vestidos de gala. Cada uno luce como un modelo de pasarela. Quizás lo sean.

Miro hacia abajo a mi teléfono de donde ha emergido otra notificación. *Dos pm cita en DeLuxe*. La dirección es al lado.

—Esperen, —levanto un dedo para frenar a las hordas de aficionados a la moda listos para descender sobre mí como los ratones de Cenicienta—. Debo hacer una llamada.

Me meto tras una fila de vestidos y paso el dedo por encima de mis contactos. ¿Llamo a Indira? Está demasiado ocupada nadando con tiburones en su nuevo sector y son pocas las chances de que sepa qué sucede. ¿Llamo a Blackthroat?

En mi teléfono aparece una tercera cita. Es para esta noche. *Baile de la Fundación de la familia Blackthroat*. Con una nota adicional: *Sé mi invitada*.

—Oh claro que no, —apuñaño el botón del celular para llamar a mi jefe. No me atiende, pero planeo en dejarle un mensaje pasivo-agresivo. *Gracias, señor, por este honor de último momento de ser su invitada al evento más anticipado de la temporada, pero no puedo aceptar*.

Estoy practicando mi tono semi-agradecido cuando una vez me gruñe en el oído.

—Madison.

Atendió el teléfono. Por mí. Nunca lo hace. Indira dijo que despidió a tres asistentes seguidas cuando le pasaron una llamada demasiado pronto y escuchó dos segundos de música de espera.

Me lleva un momento respirar bien y ese momento son dos demasiado largos segundos para Brick Blackthroat fusionistas.

—¿Qué sucede? —dice cortado con su tono seco que le provoca cosas deliciosas a mi cuerpo.

Me recupero.

—Parece haber alguna falla de comunicación acerca de mis deberes hoy.

—¿Estás en la boutique?

—Así es. Una cita de la que no sabía nada hasta hace media hora.

—Este trabajo requiere que te acomodes rápido. Lo sabes. Usualmente puedes seguirle el ritmo.

—Soy la asistente. Debería ser la que planifique. —Respiro hondo—. No puedo acompañarlo al Baile Blackthroat.

—¿Estás desobedeciendo una orden directa?

—No tiene sentido, —evito la pregunta—. Las asistentes no tienen entradas para el baile Blackthroat. —Usa ese tono desdeñoso que ya aprendí sirve para desviarme—. Estarás allí para trabajar, señorita Evans. Eres mi asistente, ¿no es así?

—Por supuesto, señor.

—Benson estará allí. Necesito ojos y oídos en el lugar.

Eso tiene sentido.

—¿Pero iré como su cita? —Me estiro y acaricio la faja de satén de uno de los vestidos que tengo en frente e intento no pensar en cómo preguntar lo que en realidad quiero saber. *¿Iré como su asistente o su cita?*

En mi mente, me veo con este vestido, bailando el vals con Blackthroat frente a una multitud glamorosa. Mi corazón se estruja tan fuerte que no puedo respirar.

—Es más fácil hacerte entrar así, —me dice, y se pincha mi fantasía de Cenicienta aunque mi respiración se calma.

¿Qué quiere decir con *hacerme entrar*?

Significa que no pertenezco en una habitación llena de billonarios. No pertenezco a lo más alto de la sociedad de Manhattan.

Bueno, a la mierda con él. Engañaré a todos y cada uno de los que estén allí.

—¿Pagará por mi vestido? —Pregunto con tranquilidad.

—Es política de la empresa. Suena aburrido.

Bien. Iré de diseñador, a fondo.

—Necesito que memorices la lista de invitados cuando te estén haciendo el maquillaje y peinado.

¿Maquillaje y peinado? Eso explica la cita en el spa.

—Entendido, señor. —Le sigo la corriente como si estuviera totalmente acostumbrada a que me maquillen y peinen antes de ir a bailes de caridad.

—Este es un evento público. Necesito que luzcas lo mejor posible. Te llevaré del brazo toda la noche.

—Como su asistente, —clarifico porque esto suena más y más como a una cita.

—Sí, —dice cortante—. A menos que busques que te despida.

—¿Entonces mis opciones son ir al baile como su cita o que me despida? —Estamos muy cerca del borde de lo que a recursos humanos le parecería inapropiado.

—Te recogeré en la boutique, —cuelga.

El espejo frente a mí muestra una Cenicienta con un abrigo muy lindo, a dos segundos de que le salga humo de las orejas.

Nunca creerás esto, le escribo un mensaje a Aubrey. *Esta noche iré al Baile Blackthroat.*

Me llama tan sólo un segundo después.

—¿En serio? Sonidos de la máquina de *espresso* y la charla de los clientes del café tapan un poco su voz, pero suena emocionada.

Odia la ostentación, pero estamos acostumbradas a babearnos con las fotos del baile Blackthroat. La fundación principalmente trabaja con asuntos medioambientales y de preservación de tierras, pero cada año patrocinan a un par de artistas jóvenes con futuro y se rumorea que Aubrey está en la lista corta del próximo premio.

—Fue de último momento. Parece que a mi jefe le parece necesaria mi presencia, —bajo la voz—. Lo acompañaré como su cita.

—No puede ser, —la voz de Aubrey suena tan sorprendida como me siento—. ¿Como su empleada? O su... —No dice *cita*, pero me recorre un escalofrío. La cita de Brick Blackthroat. Me gusta cómo suena eso. Demasiado.

—Dijo que estaría ahí como asistente, pero... pagará por mi vestido. Y peinado. Y maquillaje.

—Eh.

—Sí. Ahora estoy en la boutique. —Nombro una de las marcas de diseñador que veo.

—¿Es en serio? ¡Me encanta ese diseñador! Hicieron el vestuario para el nuevo musical de tocadiscos, el que tiene a todas bandas de los ochenta. Quizás puedas conseguir unas botas gogo para nuestro espectáculo.

—Ya tenemos botas gogo. Tengo que irme. El Gran jefe malvado necesita que elija un vestido.

Encontré un corte de satén rojo en el mar de tonos de joyas y cuando saqué el vestido vi que era perfecto. Cuando se lo describo a Aubrey, ella se ríe.

—Hazlo. Por dios. Desearía poder verle la cara.

Salgo con un vestido de gala. Damien se gira para saludarme y levanta las cejas cuando sostengo mi elección.

—Quiero este.

—¿Rojo? La temática es blanco y negro.

—Entonces resaltaré.

Blackthroat quiere hacerme *pasar desapercibida*. Puede olvidarlo. Estaré allí como si fuera dueña del lugar. Y no dejaré que lo olvide.

Dejo que Damien tome mi abrigo y me lleve al cambiador, donde me quito todo excepto por las bragas y dejo que el vestido caiga por encima de mi cabeza. Es suave y cede. Cae perfecto sobre mis curvas y hasta el piso, donde es más amplio a la altura de mis tobillos. Pero por supuesto que la mejor parte, la única que importa, es que es un vestido con corte en el pecho. Una ventana perfecta. Este no es de buen gusto y elegante como las versiones que llevo al trabajo. Es exactamente de lo que Blackthroat me ha estado acusando, un enmarcado total de mi escote.

Sufre con amargura, Brick Blackthroat.

* * *

Brick

Le envió un mensaje a Madison con una sola palabra *aquí* cuando la limosina llega frente a la boutique de vestidos preferida de Ruby.

Si esto fuera una cita, me bajaría de la limusina para darle la bienvenida cuando salga, pero como específicamente *no* lo es, me quedo dentro y dejo que Tony, mi conductor, le abra la puerta a la parte de atrás.

Resulta que me anticipé en pensarlo porque me pongo duro ni bien la veo.

Vaya. Mierda.

Debería despedirla en el momento. Tras la llamada de esta mañana, se lo merece.

El corte en el vestido es lo que me mata. Rojo ladrillo, *Brick*, mierda, ¿lo hizo a propósito? Con una ventana cortada que da a sus pechos y esta vez, es uno de esos vestidos realmente. El corte que se sumerge en el triángulo termina bien por debajo de sus pechos y me da una vista de, por el amor de dios, al menos la mitad de ellos.

Y que hermosos y jugosos que están. Tan hermosos como lo sospeché.

Su corte bob, que suele estar prolijo y lacio, tiene ondas relajadas y sueltas y su maquillaje está a la altura del de una estrella de cine. Labial rojo oscuro del mismo tono del vestido y un delineado negro dramático que se extiende por los bordes externos de sus ojos.

Exhalo por la nariz cuando entra para no respirar su esencia al mismo tiempo que me intento recuperar de su apariencia.

—¿Me estás poniendo a prueba, Madison? —Pregunto de mala manera.

Ella me mira con una expresión de falsa inocencia.

—¿Disculpe?

Me obligo a no mirar por debajo de sus ojos.

Debajo no.

No mires hacia aba-mierda.

Quiero ponerla sobre mi regazo y tocar esos pechos dulces hasta descubrir qué le gusta.

Me imagino que fuerte. Que le gusta fuerte.

Y ese pensamiento no ayuda a la erección que tengo en los pantalones del esmoquin.

—¿Le gusta lo que ve?

Ya que no puedo hablar de sus senos, o sea del corte escandaloso de su vestido, asiento brevemente.

—Funcionará.

—Por dios, —ella finge que se abanica—. Tantos halagos.

—No te pago seis cifras para halagarte. —Me arriesgo a mirar sus tobillos. Debería estar lo suficientemente a salvo.

Pero no lo estoy.

Lleva sandalias de tacón con tiras que envuelven sus tobillos y pasan por encima de sus pies y sus uñas del pie están pintadas del mismo rojo ladrillo glorioso.

Ni siquiera me gusta el rojo ladrillo, pero a mi lobo *realmente le encanta* que eligiera mi nombre para el color.

No creo que fuera un accidente. Muy poco de lo que tiene que ver con Madi parece no estar pensado.

—Te dije específicamente que no te pusieras ese tipo de vestidos. O zapatos. ¿Me estás poniendo a prueba?

—Eh... —me doy cuenta de que está nerviosa. No lo noté cuando entró porque estaba conteniendo la respiración, pero hay un dejo de ansiedad en su esencia que pone nervioso a mi lobo. Ser un idiota al no salir de la limosina y tratarla mal ni bien entró probablemente no la ayudaran—. Sí.

Tengo que admirar su honestidad. Y recompensarla.

—Luces hermosa.

El rubor mancha sus mejillas y garganta. Peleo contra la urgencia de mirar hacia abajo para ver qué tan lejos llego.

—No tenía que comprarme un vestido.

—Sí que debía hacerlo.

Su aroma se torna amargo. Se pone rígida. Sus manos se tensan sobre el bolso de seda lleno de pequeños cristales que tiene sobre el regazo.

—Le devolveré el dinero a la empresa. Puede sacar un porcentaje de mi sueldo hasta que esté pago.

—No. —La insulté. Algo la pone sensible. ¿El dinero? ¿O que borre los límites que nos separan?—. Fue mi decisión que me acompañaras. Sólo es lo correcto cubrir los gastos.

—No se verá bien. Para Contaduría.

—A Contaduría le importará un carajo. Nunca lo verán porque pagué todo de mi propio bolsillo. —Algo me dice que eso le gustará incluso menos—. Fueron los medios para llegar a un fin.

Ella me analiza y busca señales de que miento. Que es verdad.

Finalmente, satisfecha, se relaja en el asiento.

—¿Entonces a quién le robé la entrada?

—¿Qué?

—Como su cita. ¿Quién canceló? —Una sonrisa traviesa se posa sobre sus labios—. ¿Quién iba a ser su cita?

—No había una. Mi hermana me da una entrada adicional sólo para joderme. Sabe que nunca llevo a nadie.

—Excepto a mí.

—Ruby insistió en que trajera a alguien y eres la única a la que soporto.

Ella pestañea. Eso estuvo muy cerca de ser dulce, así que agrego,

—Eres mi empleada. Puedo ordenarte que te calles.

—Encantador. —Ahora suena a que está a punto de reírse—. No es sorpresa que no tenga cita.

—¿Estudiaste la lista de invitados?

Ella se pone firme y vuelve a su modo empleada.

—Sí, señor. Lo tengo todo aquí arriba. —Se toca la sien.

—Por supuesto que lo tienes. —Hay una calidez real en mi voz y ella acerca su rostro al mío, quedándose quieta cuando nuestras

miradas se unen. Tengo que resistir la tentación de apartar uno de sus rizos de su mejilla.

Tiene razón en cuestionar su posición. Esta noche estoy cruzando todos los límites. Puedo fanfarronear e insistir en que sólo es mi empleada, pero está en la parte trasera de mi limosina, luciendo como una estrella de cine lista para la alfombra roja.

Mi lobo se retuerce bajo la superficie. La desea.

No sé por qué estaría interesado en una humana, pero así es.

O sea, lo entiendo. Madison es común. Atractiva.

Pero es humana. Los lobos no se aparean con humanos. Al menos no los lobos alfa.

Pero mi lobo me empuja hacia adelante y me encuentro inclinándome e invadiendo su espacio personal. Rayos, quiero besar esos labios rojos. No como un caballero. No como el tipo en un esmoquin sentado en una limosina con una mujer hermosa. No, quiero devorar su boca como la bestia salvaje que soy.

Ella se queda quieta y contiene la respiración. Lo espera.

Sus labios se separan. Quiero morderlos y succionarlos y...

Mal. Estaría tan mal.

Me obligo a volver a sentarme hacia atrás. Me lleva más esfuerzo del esperado y un gruñido de frustración de mi lobo se traba en mi garganta.

Lo cubro con mis quejas y gruñidos típicos.

—Después de esta noche no habrá más ventanas. Lo digo en serio.

Ella no está sorprendida.

Sus labios tiemblan y se toca las tiras del vestido, moviendo los hombros mientras las ajusta un poco. Intento no imaginar cómo se mueven sus pechos debajo de la tela, pero es demasiado tarde. Mi

mirada baja hasta el corte, *¿por qué lo mencioné?*, ahora me quedé pegado. Literalmente no puedo mirar a otro lado.

Sus uñas pintadas de rojo siguen el borde de la ventana y un gruñido sale de mis labios antes de lograr cerrarlos y obligarme a apartar la mirada. Por suerte, Tony llega al frente del hotel donde se hará el baile y abro la puerta de inmediato para salir. Estoy a punto de abrir la suya (me digo que es por la costumbre) cuando la abre ella misma. Tony ya está allí ofreciéndole la mano para que salga y tengo que contener otro gruñido.

Mi lobo odia que Tony sea el tipo que la ayuda a salir de la limosina.

Ni bien puedo, me interpongo y le ofrezco mi brazo. No lo puedo evitar. Las cejas de Madison se levantan por completo, pero lo acepta. Su tacto es suave y delicado y atraviesa la chaqueta de mi esmoquin. Hasta con tacones soy mucho más alto que ella.

Camino con pasos largos por la alfombra roja, pasando las cámaras con flash. El apretón de Madison se tensa.

Todo está bien, quiero tranquilizarla. Los paparazzi de la alfombra roja pueden ser intimidantes al principio. *Luces perfecta*. Y es la verdad. Luce como si perteneciera.

Pero está luchando por caminar al ritmo de mis zancadas. Voy más lento para que sólo tenga que dar dos pasos por cada uno mío.

—Te dije que no te pusieras esas cosas, —murmuro, mirando mal sus tacones.

—Su sugerencia fue recibida y rechazada. —Sus labios apenas se mueven. Ya ha perfeccionado el arte de susurrar mientras sonrío para las cámaras.

—No fue una sugerencia.

—¿Con qué más me pondría un vestido de veinte mil dólares?

—Con lo que sea que te apetezca. Excepto que, en este caso, sería lo que más me apetezca a mí.

Ella me mira con una expresión de adoración, la refuerza para nuestra audiencia y, rayos, apenas puedo evitar arrancarle el vestido y reclamarla aquí mismo.

—La próxima vez, obedece.

—¿La próxima vez? —Sus ojos se agrandan y se tropieza. La sostengo con una mano sobre mi brazo.

—Cuidado.

Sus mejillas se ruborizan. ¿Por los nervios? ¿O mi tacto?

—Bien. La próxima vez me pondré Birkenstocks y un vestido de playa. ¿Feliz?

—Muy.

Como si un vestido de playa no fuera a atraerme. Sólo querré arrancárselo.

Los reporteros nos llaman y nos piden pararnos en un escalón y posar. Los ignoro. Otro fotógrafo se para frente a nosotros, desesperado por una toma digna de las noticias y gruño, parándome entre él y Madison. Pongo una mano sobre su espalda para que ella avance y la protejo con mi cuerpo mientras se apresura para subir los escalones. Sus caderas se mueven bajo el satén pegado a su piel y me detengo, lucho contra la necesidad de saltar los escalones y capturarla. Esto no es una cacería y Madison no es mi presa-tan-deliciosa.

Tengo que recordar eso.

—¡Señor Blackthroat! —llaman más reporteros. Levanto una mano para saludar y darles la pose que están añorando.

Cuando alcanzo a Madison, le falta el aliento.

—La próxima vez me pondré zapatillas deportivas, —me promete.

—Buen plan.

Entramos y nos unimos a la fila de bienvenida. Observo el gran salón y veo los rostros familiares mezclados con los extraños.

Una mujer pasa envuelta en una nube de fijador para el cabello y perfume empalagoso. Volteo hacia Madison y respiro cítrico y nuez moscada. Por más que es muy delicado, su aroma domina todos los otros. Mis labios están por encima de su línea del pelo.

Ella me mira sorprendida. *¿Estás bien?* Sus ojos marrón claro buscan a los míos.

—Hora de ganarte tu entrada. —Muevo el mentón hacia la multitud—. Benson Senior. La pongo a prueba.

—Allí, entrando al salón de baile, —dice aunque no veo cómo puede visualizar algo con lo petisa que es—. Traje gris, peluquín.

—¿Eso es un peluquín? El manojito de pelo blanco luce real.

—Sí.

Cuando nos acerquemos a Benson Senior, podré oler la verdad. Mientras tanto, asiento y acepto su juicio. Ella hace la tarea. Probablemente tenga una pila de investigaciones sobre piezas de cabello que compiló con una mano mientras los estilistas le hacían las uñas.

En la puerta, Jake lleva del brazo a una mujer encorvada con canas al lado de mi hermana.

Bajo la cabeza para murmurarle en la oreja a Madison, dejando que su aroma me invada mientras finjo que la pongo a prueba.

—¿Con quién está Jake?

—La Dr. Jeanine Natale. Vicepresidenta de la fundación Blackthroat. La Dr. Natale es una reconocida autora y física. En su familia son filántropos que siempre han pertenecido a la alta sociedad de Nueva York.

—¿Qué hay de este imbécil? —Pregunto cuando Billy se nos acerca.

—Sr. William White, Jefe de operaciones de Moon Co., graduado de... —deja de hablar cuando se nos acerca. Me estrecha la mano, pero tiene el ceño bien fruncido por Madison.

—Continúa, —le doy pie—.

—Graduado de la Universidad de Yale en 2012, el mismo año que usted. Miembro fundador original de Moon Co. y amigo de la secundaria.

—¿Qué es esto? —Hay suficiente desprecio en la voz de Billy como para quitarle el esmalte a las uñas de Madi, pero ella no reacciona.

Me paro entre ella y él. Mi lobo no quiere a ningún hombre cerca de Madison.

—Pongo a prueba a mi computadora humana. ¿Cómo va?

—¿Por qué la trajiste? —A Billy le tiembla la nariz. Lo he visto mirar animales muertos en la ruta con menos disgusto.

—Acabo de demostrar porqué. —Mantengo la voz calmada. No tengo que darle explicaciones a Billy—. Por aquí. —Pongo una mano cerca de la espalda de Madison mientras avanzamos. La reclamo de forma sutil. Los ojos de Billy se entrecierran mirando la espalda de Madison, pero entiende el mensaje. Desprecia a todos los humanos, siempre ha sido así de fanfarrón.

Pero nadie se mete con Madison.

Nadie más que yo.

Capítulo catorce

M^{adi} Billy White es un idiota. Sigo caminando, fingiendo que su mirada no me molesta. Necesito concentrarme en el trabajo. Estoy aquí para trabajar y nada me distraerá; ni mis estúpidos tacones, que me están matando. Ya tengo una ampolla y he estado parada por diez minutos.

El Baile de la Fundación de la familia Blackthroat, o BFFB, tiene lugar en una estación de tren histórica. Las columnas de mármol y los techos altos están adornados con decoraciones negras, blancas y plateadas. Una vez que pasamos la línea de bienvenida, bajamos como cisnes por una enorme escalera hacia el área del comedor y su mar de mesas vestidas de blanco. Cientos de bolsas de regalo plateadas están apiladas sobre la estación de registro, que pasamos por alto por completo.

Este baile siempre emocionó a los chicos de Landhower. Alardeaban que sus padres tenían lugares, como si la habilidad de gastar cientos de miles de dólares en una entrada fuera algún tipo de honor notable. Es el evento del año, perfecto para aquellos que quieren mostrar toda su riqueza y fineza.

Y luego estoy yo, con un vestido de diseñador y tacones que cuestan casi tanto como mi salario anual. Que fueron pagados por mi jefe.

Mi jefe que se niega a admitir que no me está tratando como a una empleada normal. Ha dejado en clase que no soy su cita, eso sería risible. Pero la forma en la que me ofreció su brazo y me protegió de los paparazzi no fue muy de jefe.

Pongo la cabeza en alto e ignoro a Billy White, que me desprecia como si fuera un pedazo de caca de gato que llegó en el zapato de alguien. No le agrada que Blackthroat me haya traído. Soy falsa, no tengo sangre azul como el resto de las personas de aquí. Sabe que no pertenezco del brazo de alguien como Blackthroat.

Tú y yo, imbécil.

La mano de Blackthroat descansa ligeramente sobre mi espalda y me guía hacia adelante, pero no me equivoco en mirarlo. Esa es una forma segura de romper mi concentración. Mi Gran jefe malvado luce como si valiera un billón de dólares con su esmoquin. El hombre es tan hermoso con traje. Con esmoquin, es letal.

Mantengo mi respiración tranquila y mi expresión neutra hasta que llegamos al fin de la fila de bienvenida. Ruby Blackthroat luce tan alucinante como lo hacía como modelo de portada de Vogue. Su vestido blanco y dorado de sirena muestra su marco alto y esbelto. Tiene el mismo cabello oscuro y cejas fulminantes que Blackthroat. Es evidente que son hermanos.

—Me alegra que pudieras venir, —le dice con felicidad al invitado antes de nosotros, pero cuando llega nuestro turno, ella deja de actuar como anfitriona y llama a un asistente que está cerca con mazo de fichas—. Darás el discurso de apertura, ¿recuerdas? —Ruby toma las fichas y se las arroja a su hermano.

—¿Lo haré?

Tengo la sensación de que Blackthroat le está tomando el pelo, pero es difícil saberlo. Me está saliendo mejor leerlo, pero esconde sus pensamientos y emociones tan bien.

—¡Brick!

Él toma las fichas.

—¿Por qué yo? Soy el miembro de la familia menos agradable de la familia.

—Porque yo estoy atascada en esta fila y, oh, ¿podrías simplemente hacerlo? —dice de forma cortante.

Él toca su codo.

—Estoy bromeando, —la reconforta. Mi corazón da un vuelco extraño al ver el lado más gentil de Blackthroat—. Lo tengo cubierto, no te preocupes.

Ella exhala, posiblemente por primera vez desde que saludó a Blackthroat.

—Bien. Hola, Billy. —Ella se inclina hacia adelante y le da besos en la mejilla a Billy—. Y tú debes ser Madison. Me encanta el vestido.

—Me dicen Madi, —digo, sin mucha esperanza de que ella o alguien aprenda cómo prefiero que me digan, ya que Blackthroat se niega a llamarme así—. Gracias por conseguirme lugar con tu estilista.

—Es un placer. ¿Te asegurarás de que mi hermano esté en el escenario cuando deba hacerlo?

—Por supuesto, —le aseguro, aunque mi nivel de confianza para asegurarme de que Blackthroat hace algo que otro espera de él es de un cinco por ciento.

—Gracias. Me alegra que estés aquí, Madi. Qué bueno que te guardé el lugar de cita. —Ella sonríe mirando a su hermano.

Blackthroat permanece con una expresión neutra y se niega a darle la satisfacción de tener razón. Conozco bien esa expresión. Me enternece saber que Blackthroat la usa con su querida hermana además de conmigo.

—Funcionó a la perfección, —le digo. —Lo supiste antes que él. ¿Debes ser vidente?

Ruby luce encantada de tener una compañera para molestar a su hermano.

—No, sólo persistente.

El esposo de Ruby, Eagleton, llega pavoneándose con un esmoquin precioso. Es el Consejero corporativo de Moon Co. y miembro del círculo íntimo de Blackthroat. Ruby le quita una partícula inexistente de polvo de la solapa del cuello.

—Cariño, ¿llevarías a Brick y a su cita a la mesa?

—Claro, corazón, —dice Eagleton. Ruby saluda a otro invitado y se aleja de la mirada apreciativa y prolongada de su esposo. Debe estar acostumbrada—. Por aquí, —nos señala que lo sigamos.

Nuestra mesa está al frente y en el medio. La tarjeta de lugar de Blackthroat lo coloca en el lado más cercano a los escalones del escenario. Se lo hago notar y gruñe.

Eagleton está controlando las tarjetas de lugares.

—Eh, un momento, Madi. Parece que ha habido una confusión. —Eagleton frunce el ceño por el arreglo de los lugares—. Llamaré a Amanda. Se aleja y llama a una mujer que está hablando con alguien del catering.

Me acerco a Blackthroat.

—¿Sueles echar a tus citas para que estén en otra mesa?

—Lo haría si hubiera sabido que era una opción. —Pero no luce contento.

—¿Le dijiste que vendría? —Como ordenó. Mantengo un tono calmo.

Al otro lado de la mesa, Billy ocupa su lugar y me saluda no con uno, sino con dos copas de champaña.

—Quizás sienten a las asistentes en otro lado. Junto a la cocina. —No puede esperar a que tenga que pasearme con vergüenza hacia la parte de atrás del salón—. Así si se enferma un mesero puedes cubrirlo y servir la comida.

Me baja al estatus de un sirviente. Típicos juegos de niño rico.

Mantengo una expresión serena. No me duele, no me afecta.

—Suenan inteligentes. —Asiento a sus tragos que están por acabarse—. Aunque si ella realmente buscaba la conveniencia te hubiera sentado cerca del bar. O detrás de él.

Blackthroat se interpone entre mí y el imbécil de su Director de operaciones.

—Ya cometió el error de dejar que Billy se siente detrás del bar. Nunca encontramos esa botella faltante de whiskey de reserva especial.

—Hola, Brick. —Ha llegado Amanda. Por los ojos estrellados de Blackthroat, sé exactamente quién se equivocó con los lugares.

—Necesito un lugar en mi mesa para mi asistente, Madison Evans. ¿Hay un énfasis agregado en la palabra *asistente*?

—Madi, —lo corrijo aunque a nadie le importe.

—uh, uh. —Amanda pone cara de arrepentida antes de que siquiera mirar los asientos asignados de la mesa—. Tu mesa está completa, Brick. —Ella hace una mueca falsa.

Me encantaría darle una bofetada y sacarle esa expresión creída.

—Arréglalo, Amanda.

Típico de Blackthroat. Me encanta el tipo. En serio que sí.

—Em, bueno, sí... —ella se muerde el labio y muestra ostensiblemente que mira las listas de mesas asignadas.

Mientras tanto, Billy me muestra su copa vacía.

—¿La rellenas? —gesticula, como si fuera la mesera.

Aprieto los labios para no decirle que se vaya al carajo. Todavía sonriendo, Billy se levanta y se dirige al bar.

—¡Brick Blackthroat! —Una mujer mayor elegante, posiblemente de setenta y algo, se acerca con una gran sonrisa en el rostro.

—¿Madison? —murmura él.

—Eleanor Harrington, heredera de la empresa Torrent Cosmetic y muy reconocida filántropa, —le respondo murmurando.

—Qué bueno verte. —La mujer mayor le ofrece su mano a Blackthroat. La cantidad de esmeraldas y diamantes que brillan en sus orejas, muñecas y cuello amenazan con dejarme ciega. Hay bolas de disco con menos brillo—. Por favor, preséntame a tu cita.

—Mi asistente. Ella es Madison Evans. Madison...

—Eleanor Harrington, —termino la frase por él—. Un gusto conocerla.

Las cejas dibujadas de la mujer se levantan de golpe.

—Oh, por dios. ¿Me conoces? Me halaga, cariño. Entonces, ¿trabajas para Brick?

—Sí, señora. Es todo un honor.

Blackthroat hace un ligero sonido de risa a mi lado.

Ella me mira con interés. No puedo imaginarme qué le resulta tan fascinante. Blackthroat dejó en claro que no soy su cita, sólo su asistente.

—Estoy segura de que tienes mucho talento si te ha tomado Moon Co.

—Oh, bueno...

—Es brillante, —dice Blackthroat con firmeza. Una vez más ha puesto la mano en mi espalda baja, y así de simple, soy su cita y no sólo una empleada. Intento que no me guste demasiado esa sensación.

—¿Adónde fuiste a la universidad, querida?

—Princeton.

Una cosa es que personas como Billy y Amanda te traten como empleada. Otra es que una invitada cualquiera me preste atención a mí, sobre todo un miembro mayor de la alta sociedad. No se interesa en mí por mi escote.

—Debes ser muy inteligente. Estoy de que el señor Blackthroat te está pagando bien, pero si buscas un cambio, probablemente podría ofrecer lo mismo. —Eleanor me pasa su tarjeta.

—Oh, em... —la miro fijo sorprendida, luego miro hacia Blackthroat para ver cómo lo toma.

Después de que la señora Harrington se ha ido, le pregunto,

—¿Eso es normal? ¿Intentar robarse el empleado de otro en frente de ellos?

Blackthroat parece tan sorprendido como yo. Tiene el ceño fruncido y la mirada sigue sobre la espalda de la mujer mayor. Me quita la tarjeta y se la lleva cerca de la nariz, lo que es extraño. Se la vuelvo a sacar y la huelo, pero no hay perfume u otra esencia.

—Eh, —dice Blackthroat.

—¿Qué sucede? Siento que me estoy perdiendo de algo importante en esto.

Blackthroat luce pensativo.

—Yo también, —responde, pero no dice nada más, aunque vuelve a quitarme la tarjeta y la guarda en su bolsillo.

—Brick, puedo hacer entrar a tu asistente en una mesa en el rincón, —nos dice Amanda.

La quiero en mi mesa, Amanda. A mi lado. Arréglalo.

—Por supuesto, Brick.

Quiero golpearla en la garganta por llamarlo por su nombre de pila. O sea, ¿qué se cree?

Parece que Blackthroat también se ha cansado porque usa la mano que tiene sobre mi espalda para lanzarme al asiento a su lado. Quita la tarjeta con el nombre y la cambia con la que está del otro lado. Tiene el nombre de William White, por lo que sé que no funcionará bien, pero me siento porque me están matando los pies. Blackthroat se acomoda a mi lado y saca el índice de fichas que le dio su hermana.

—¿Necesitas algo? —Le pregunto después de mirarlo en silencio por unos momentos.

Me pasa las fichas.

—Revísalas. Haz los cambios necesarios.

Típico del Gran jefe malvado Muy pocas indicaciones, lo que significa que hay muchas chances de meter la pata, pero lo tomo como libertad total. Es una oportunidad de prosperar. Saco un bolígrafo de mi pequeño bolso y reviso las fichas, retocando el lenguaje para que fluya y añadiendo algunas bromas secas y que se burlan de sí mismo para que Blackthroat parezca menos tenso y más interesante.

El salón de baile ya se ha llenado de invitados y Ruby pasa volando, diciéndole a Blackthroat que debe subirse al escenario en cinco minutos. Sus otros hermanos ejecutivos llegan a la mesa, cada uno con una mujer despampanante del brazo.

Le devuelvo las fichas, y Blackthroat las lee por completo; sus labios se curvan un poco cuando ve mis cambios. No hace comentario, sólo sube y luce perfectamente relajado y cómodo para alguien que estuvo protestando por dar ese discurso. Toca la parte

de atrás de su asiento e inclina la cabeza, lo que interpreto quiere decir que tome su silla. Justo a tiempo porque Billy llega con un trago en cada mano. Le toma medio segundo darse cuenta de adónde ha ido su tarjeta de lugar, y cuando lo hace, luce como si quisiera sacarme las tripas.

Pero no puedo prestarle atención a nadie más que a Blackthroat cuando se sube al escenario.

—Buenas tardes, —murmura, mirando alrededor de la habitación. De inmediato hay un silencio bajo el peso de su mirada atenta y silenciosa y todos se apresuran por sentarse—. De parte de la Fundación Blackthroat, me emociona darles la bienvenida a todos aquí esta noche. —Puede que no parezca agradable cara a cara, pero en el escenario, el tipo es absolutamente hipnotizante. Todos los pares de ojos en el lugar se posan sobre él—. Soy Brick Blackthroat y no puedo llevarme absolutamente nada de crédito por el evento de esta noche, —lee las líneas que escribí para él—. Todo eso va a mi talentosa y apasionada hermana, Ruby. Él levanta una mano para señalar a Ruby, quien está parada cerca de la mesa de recepción.

Ella se ríe y agacha sus hombros delgados.

Su mirada se mueve hacia mí antes de volver a recorrer la habitación y me late más rápido el corazón.

—Puede que me conozcan como el tipo que tuvo éxito con las cripto, —ofrece una sonrisa a medias que se lleva unas risas del cálido público—, pero tengan por seguro que no daremos subsidios con monedas de Moonshot este año. —Pasa la ficha hacia el fondo de la pila y vuelve a mirar hacia arriba—. Eso lo guardaremos para el año que viene.

Otra risa.

—Como puede que sepan, la conservación de tierras es un interés absoluto de nuestra fundación, con la motivación particular de preservar los corredores de vida salvaje que permitan que los animales en peligro de extinción vuelvan a recorrer sus hábitats naturales.

Para lograrlo, ofrecemos una cantidad de subsidios importantes que le adjudicaremos esta noche a los grupos que estén haciendo esfuerzos conjuntos para preservar hábitats. Dejaré que cada uno de ellos les cuente un poquito acerca de sus proyectos individuales, pero por ahora, por favor pónganse cómodos y disfruten su cena. Gracias.

El público lo ama. Todos aplauden y le dedican sonrisas cálidas en su dirección mientras se baja del escenario y se acerca a mí.

Y ahora, por supuesto, llega el dilema de los asientos. Porque Amanda nunca me encontró una silla en esta mesa y estoy en el asiento equivocado.

Me pongo de pie.

—Iré a ver si Ruby necesita algo de ayuda.

* * *

Brick

Quiero asesinar a esa pequeña loba Amanda por no arreglar el dilema de los asientos a propósito. Si trabajara para mí, ya estaría despedida, pero es la empleada de Ruby y no le piso los tales a mi hermana cuando se trata de dirigir la fundación.

Es verdad, nadie le ofrecería su tan deseado lugar de invitado a su asistente. A cien mil dólares la entrada, al menos contratarían una acompañante o invitarían al hombre o mujer más hermoso y glamoroso que conocen para que adorne su brazo.

Madison es la única mujer que soporto sentada a mi lado. Sigo fingiendo que mi atracción por ella no me afecta, pero se vuelve más y más difícil.

Pero no quiero examinar mis motivos para traerla aquí.

Sobre todo tampoco quiero sentarme a cenar con mis mejores amigos intentando entenderlos.

—Quédate conmigo, daremos unas vueltas, —le digo. Manteniéndola a mi lado, cumplo con mi obligación de pasar por las mesas para darles la bienvenida, humanos y transformistas por igual, a los ricos y poderosos de Manhattan.

Luego pongo la mano en la parte baja de la espalda de Madison, un placer innegable, y la dirijo derecho a la puerta de servicio.

—¿Adónde vamos?

—Afuera. Vamos, encontremos la comida antes de que entre.

Al otro lado de la puerta, los meseros tienen carritos llenos de platos cubiertos. Tomo dos. El mesero simplemente se queda parado allí. No sé si sabe quién soy o si sólo me está dando el beneficio de la duda, pero no me pide ninguna explicación.

—Busca cubiertos, —le digo a Madison.

El mesero rápidamente nos ofrece dos servilletas y cubiertos y se los pasa a Madison.

—¿Podría llevarles bebida a algún sitio, señor?

Miro rápido los contenidos de su carrito. En la parte de abajo hay botellas de agua con gas.

—Llevaré una de esas Perriers, —le digo y él se la pasa a Madison—. ¿Sin copas?

—No, gracias.

Me alejo, dejando a Madison detrás para que me siga porque me olvido cuánto más cortos son sus pasos con el vestido largo y los tacones.

Apoyo el hombro contra las puertas que dan a otra sala de conferencias y miro hacia adentro. Está arruinada, y necesita limpieza para otro evento. Sigo caminando. La próxima sala de conferencias tiene un evento en marcha. Me alejo con una mueca y Madison se ríe.

Pienso en años anteriores cuando era adolescente y me obligaban a asistir a este baile. Mi madre y padre brillaban en el centro de la luz y fingían ser la pareja perfecta para quienes estuvieran mirando. Después de un tiempo no podía soportar la mentira y me escapaba, justo así.

En aquel momento, estaba solo. Esta noche, tengo a Madison a mi lado. Se hace más difícil negar que se siente tan bien.

Termino encontrando una gran ventana en un pasillo tranquilo que tiene vista a la ciudad.

—Esto funcionará, —bajo para sentarme en el amplio alféizar y apoyo los platos en frente de mí.

Madison mira la disposición.

—No puedo comer con un plato en mi regazo. Mancharé este vestido de veinte mil dólares.

Estiro la mano para tomar los cubiertos envueltos y abrir ambos pares, lo que los deja tirados en mi regazo.

—Ven aquí, —la llamo.

Ella se ríe con suavidad mientras se sienta del otro lado del alféizar. Me estiro y meto una de las servilletas dentro de las tiras de su vestido, como un babero. A la segunda, la estiro sobre su falda.

—Listo. Problema resuelto. De todas formas, esa es una mejor vista para mí.

Ella mira hacia abajo a su pecho cubierto y sus labios se curvan. Ni siquiera finge estar ofendida o busca una explicación. Actúa como mi subordinada obediente, pero luego se pone esos vestidos que me

encanta odiar. ¿O que odio que me encanten? De cualquier forma, es otro punto para ella en la guerra de sastrería.

—¿Cómo terminaste en Wall Street, Madison?

No recuerdo la última vez que cené así con una empleada, sólo los dos. No creo haberlo hecho nunca. Pero a mi lobo le está encantando. Cuando se trata de Madison, rompo todas mis reglas.

—Había terminado la universidad, así que busqué un trabajo. — Ella mira su plato mientras me responde y le presta mucha atención a cortar su filete con el cuchillo de carne.

—¿Qué estudiaste?

—Sociología.

—¿No quisiste un trabajo en tu campo?

—Apliqué a un par, pero no eran pagos. Y quería ganar dinero, así que...

Niego con la cabeza.

—Hay algo de eso que no encaja bien contigo.

Ella se queda helada, lo que me indica que hay algo de verdad.

—¿Qué dice?

—Pareces ser más del tipo que hace todo siguiendo su corazón. No alguien que se vende por dinero.

Ella aprieta con más fuerza los utensilios y corta el filete con movimientos salvajes.

—Algunos de nosotros tenemos que trabajar para vivir.

Sensible.

—¿A qué se dedican tus padres?

Ahora levanta la mirada; hay desafío en sus ojos.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Nada.

Ahora estoy seguro de que el estatus de clase media o baja de Madison es un punto sensible para ella. Me da curiosidad saber si

tiene algo que ver con la heredera de cosméticos, Eleanor Harrington. Porque aunque Madison no parecía conocerla, ella tenía un aroma similar al de Madison. Un aroma familiar. Y su interés por Madison no se puede ignorar.

—Estaba cambiando de tema. Sólo me da curiosidad qué tipo de crianza creó este paquete inteligente, atrevido y que viste vestidos con cortes.

No me considero encantador, pero no soy horrible si me esfuerzo un poco. Ella se relaja.

—Mi mamá tiene un doctorado en Literatura Shakespeariana. Enseña en la Escuela Preparatoria Landhower.

—¿Y tu papá? —Le doy pie.

—No tengo.

—¿Eres un bebé de probeta? —Le digo sin entonación alguna.

Ella se encoje de hombros.

—No hay nombre en el certificado de nacimiento. Mi mamá quedó embarazada cuando estaba estudiando su posgrado de algún tipo de clase alta. Supongo que no quería saber nada con ella porque no tenía un buen linaje o algo así.

Ah. Y ahí está la razón del resentimiento.

También encaja con mis sospechas sobre Eleanor Harrington. Tiene un par de hijos que tendrían la edad correcta para haber engendrado a Madison.

—No es que usted sepa algo de eso, —le murmura a su plato.

—¿Por qué dices eso? —Quiero saber lo que piensa.

—Ya sabe, —dice en su tono más casual, el que usa cuando me está provocando—. Nació con un cuchillo, tenedor y cuchara de plata en la mano.

—Te aseguro que no fue así.

—Oh, claro. *No se permiten utensilios de plata en las instalaciones*, —entona—. Página treinta y ocho, cincuenta y seis y ciento once del manual de asistente. —Ella vuelve a cortar su filete Nueva York, que se desliza por su plato y la hace mover las rodillas para mantenerlo quieto—. ¿Qué sentido tiene eso? ¿Es alérgico a la plata?

—Algo así. —Tomo su cuchillo y corto tiras prolijas. No es un acto de intimidad, pero soy lobo y alimentar a mi mujer es una necesidad primordial. No puedo negar la satisfacción que me da, aunque probablemente la ofenda porque no sabe nada de la cultura transformista.

No quiero examinar por qué me sentiría así por alimentar a una humana. No es mi pareja. No puede serlo.

Quizás necesite hacérselo y sacármelo de mi sistema.

Ah, claro. Tampoco puedo hacer eso porque es mi maldita asistente. Además, la mejor que he tenido. Y honestamente, tener una asistente capaz debe superar mi necesidad de saber qué se sentiría probarla.

De escuchar sus gritos de placer. Su voz ahogándose con mi nombre cuando la haga acabar.

Simplemente no puede suceder. Un hecho que sabía antes de invitarla aquí como mi no-cita tortuosa.

—¿Qué hay de usted? ¿Algún esqueleto en el armario de su familia?

—Muchos. —Algunos literalmente causados por la enemistad con los Adalwulfs. No hay mucho que pueda decir de mi familia y del secreto de lo que somos en realidad, pero me está mirando, sus ojos marrones cálidos están atentos—. Mi familia es de lo más disfuncional.

Cuando no doy más detalles, ella agrega,

—Fue dulce con su hermana esta noche.

—Somos cercanos. A veces las peores familias logran eso con los hermanos.

—¿Es cercano a Scarlett?

Ahora he llegado a mi límite.

—Demasiadas preguntas, Ventanas.

—Usted empezó, Señor.

El *señor* agregado me hace reír.

—Así fue.

Me termino la comida, pero Madison apenas acabó un cuarto de su plato. Abro el agua Perrier y tomo directo de la botella.

—¿Por qué estamos aquí afuera? —Pregunta Madison.

—No tengo ganas de pasar por una cena abarrotada allí dentro con tipo que veo todos los días.

No tiene nada que ver con querer estar a solas con Madison Evans. Miro mi Rolex.

—Volveré cuando termine la cena y cumpliré con mi deber.

—¿Qué hay de Benson Senior?

Claro. Mi supuesta razón para traerla aquí.

—Lo acorralaré más tarde. Una charla casual.

—Pregúntale sobre el golf, —me aconseja—. Más allá de su empresa y de dejar un legado para su hijo, es su principal obsesión. ¿Sabe algo de golf?

—Claro.

No soy malo con las mentiras cuando me esfuerzo.

Busco mi teléfono para revisar todos los mensajes que han estado llegando. La mayoría son de mis hermanos de manda que quieren saber adónde me fui y porqué traje a mi secretaria. Los dejo sin responder y reviso las alertas de noticias de MoonBase, Moon Co. o del trato Benson. Nickel me prometió estar al tanto de cualquier

periodista. Hasta discutimos dejarlo pasar algo de información falsa para poder encontrar al infiltrado.

Hay un traidor entre nosotros y si no encontramos la traición pronto, los Adalwulfs continuarán estando un paso adelante.

Madison se rinde y no termina su comida, apoya el plato y se quita el escudo de servilleta de su vestido con corte. La vista me pone nervioso y me enoja. Normalmente tenerla cerca calma a mi lobo, pero es demasiado con las ventanas. Mi testosterona y niveles de la hormona masculina de transformista, lupinocrina, se enloquecen con la necesidad de perseguirla, atraparla y reclamarla. Por la fuerza, de ser necesario. De hecho, se preferiría que fuera por la fuerza. *Si* ella fuera una loba.

—Vámonos. —Me pongo de pie y le ofrezco la mano porque hay que subir bastante y lleva unos tacones inestables y un vestido largo. Ella pone sus dedos sobre mi palma. Estoy demasiado feliz de saber que su aroma estará sobre mi piel por los próximos treinta minutos si no lo lavo. Esta noche su aroma es fuertemente cítrico, con sólo una pizca de nuez moscada.

La llevo de regreso al salón de baile donde la banda está tocando y algunas personas bailan. En vez de dirigirme a mi mesa asignada, la guío derecho a la pista de baile. La necesidad de tener a esta mujer en mis brazos es demasiado para mí.

—Es-espere. ¿Qué estamos haciendo? —pregunta. Es la primera vez que he visto algo de pánico en ella y me sorprende.

Le dedico mi típica mirada imbécil de desprecio.

—Bailando. Ruby enloquecerá si no llevamos a la gente a la pista.

—Bueno, em... estoy preocupada porque en realidad no sé bailar.

—Ah. —No puedo evitar sonreír porque su admisión es tierna—. Entonces *hay* algo en lo que no eres buena.

Llegamos a la pista y tomo su mano derecha en mi izquierda, colocando mi otra palma sobre su espalda debajo de sus omóplatos para guiarla.

—Pon tu mano sobre mi hombro, —murmuro.

—Perdón. —Rápidamente levanta la otra mano que cae hacia el lugar donde debe estar. Comienzo a moverme con lentitud para que se acostumbre a que la guíen. Mi lobo se siente glorioso por tenerla cerca. Su aroma es como tomar una droga poderosa.

—Mis talentos son, em, más mentales que físicos.

—No estoy seguro de estar de acuerdo. —No quise decir eso en voz alta. O con indirectas—. Todo lo que debes hacer es seguirme, Ventanas. No dejaré que te vaya mal.

—Sí, ¿pero me dejarás *caer*? —Ella me sorprende haciéndome reír, lo que por desgracias llama la atención de casi todos.

Mierda. Justo lo que necesitaba es que la mitad de la clase alta de Manhattan ande hablando de que tengo un amorío con mi asistente. ¿Es un amorío si no estás casado? ¿O sólo falta de ética corporativa?

El molino de rumores se calentará aún más porque algunos miembros de esa clase alta también son lobos. Lobos que no aprobarán que su alfa ande jodiendo con una humana cuando debería estar ocupado encontrando a su alma gemela. La loba que continuará la línea de sangre más vieja y menos diluida del país.

Un dejo de olor a hierro llega a mis fosas nasales y envía señales de alarma a través de mi lobo. Observo a Madison para ver si tiene heridas, pero no veo ninguna. La esencia no es tampoco del período de una mujer.

—¿Estás sangrando, Madison?

Ella se tropieza y mira hacia abajo a sus pies.

—¿Qué, lo manché?

Ah. Mi lobo se relaja. Sus zapatos.

—Tienes ampollas.

—Tantas, —admite con una sonrisa arrepentida.

—Ahora no presumes tanto por ignorar mis órdenes de no ponerte tacones.

—¿Qué lo hace pensar que presumía?

—Te gusta contradecirme.

—¿Qué le da esa idea? —Sus labios forman una sonrisa. Quiero odiar esa sonrisa. Y la odio. Porque me llena el pecho de calidez. Me hace querer besar el rojo de sus labios hinchados hasta quitárselo. Con sutileza, la acerco un poco más a mi cuerpo porque quiero que su aroma intoxicante llegue a mis fosas nasales.

—¿Tengo razón? —La molesto, ignorando mi atracción absurda por esta chica.

—¿Qué?

—¿Disfrutas de hacer enojar a tu Gran jefe malvado?

Sus labios suaves se abren en un suspiro.

Mi miembro golpea contra mis pantalones. Quiero hacerla suspirar por mejores razones.

—Ah, sí, —le digo—. Escuché tu pequeño apodo para mí.

La escucha de transformista me da ventaja.

—Estoy segura de que lo han llamado cosas peores.

—¿No hay disculpa?

—Como dijo. Me gusta hacerlo enojar. —Su mirada se concentra en mí y tengo una sensación de triunfo. La necesidad de arrastrarla hasta una esquina oscura y poseerla me sobrepasa.

Mierda, nunca antes me sentí así con ninguna mujer, mucho menos una humana. Ni siquiera sé si puedo mantener el control por mucho tiempo más.

—Aprecio una respuesta honesta.

Dejo de bailar y la saco de la pista de baile hacia la puerta de servicio más cercana. Una vez que pasamos a la gente del catering, saco el teléfono para llamar a Tony.

—Trae la limusina hasta la entrada secreta para recoger a la señorita Evans. Está lista para irse a casa.

Necesito sacarla de aquí. Alejarla de mí. Estoy perdiendo el control. El aroma de lo que sólo puede ser una mancha de su sangre me hace querer destruir la habitación para lastimar a sus enemigos.

Madison me mira inmutable. Termino la llamada y le sostengo la mirada mientras lo vuelvo a guardar en el bolsillo.

—No hay necesidad de que te quedes y sufras. Puede que demande tu sangre, sudor y lágrimas para otros proyectos, pero este ciertamente no es uno.

—Ah, estoy bien. En serio.

Esperaba que protestara. Puede forzar los límites con muchas cosas, pero nunca da menos del cien por ciento con sus obligaciones.

—Te duelen los pies y estás cansada, lo noto.

Su mirada de asombro analiza mi rostro.

Maldición. Rebelé demasiado. No se supone que note o me importe algo acerca de mis empleados.

—Pensé que lo estaba disimulando bastante bien.

—Así fue. Pero no quiero que tu sangre esté en mi consciencia,
—pongo una mano sobre su espalda y la llevo al ascensor de servicio.

Ni bien se cierran las puertas, me doy cuenta de mi error. El aroma de Madison aflora a nuestro alrededor y ocupa todo el pequeño espacio. Todo dentro de mí me grita que gire hacia ella y la reclame.

Sería tan fácil. Encaja perfecto entre mis brazos, lo sé por el baile. Podría inclinarla hacia atrás, poseer esos labios rojos. Arrancarle el vestido y lamer la esencia dulce de su fuente.

Mi corazón late detrás del esternón. Me obligo a mirar directo hacia adelante a los botones brillantes que marcan nuestro descenso.

—Así que esta es la salida secreta. —Su voz es grave y ronca, seducción pura. Me está matando—. ¿Por qué me da la impresión de que lo usa seguido?

—Porque me conoces bien.

—Podría irse conmigo. O sea, no quiero decir *juntos*, sino conmigo. Al mismo tiempo que yo.

Los músculos de mis genitales se endurecen con fuerza. Si no tiene cuidado, nos iremos *juntos*, no con ella.

—No. Mi hermana me despellejaría vivo.

—¿Está seguro? Su asistente podría inventar la excusa perfecta.

—Nada me gustaría más que escapar de este baile, pero le prometí a Ruby que cumpliría mi parte.

Ella asiente.

—Disfrute del resto de la velada.

—Oh, no lo haré, —le aseguro. *No sin ti.*

Ella me dedica la sonrisa más deslumbrante.

—De todas formas, gracias. Me divertí.

No quise hacerlo. Juro que intentaba alejarla, poner más distancia entre nosotros.

Pero de repente, la he traído más cerca. Sus labios se separan en un suspiro y la inclino hacia atrás con un gruñido. Reclamo su boca como un villano. Sabe a miel y especias, y la bebo como si muriera de sed. Ella tiembla contra mí y se derrite en mis brazos.

Mierda. ¿Qué estoy haciendo?

No puedo hacerlo.

Me alejo para respirar y ponerme la correa, pero ella toma las solapas de mi esmoquin y me acerca más.

La ilusión momentánea de control se desvanece.

La empujo contra la pared. Estoy a dos segundos de maldecir las consecuencias y arrancarle el vestido cuando se abren las puertas del ascensor.

Gracias al cielo.

Es la interrupción que necesito.

La vuelvo a poner sobre sus pies. Estamos en un subsuelo secreto, a una corta distancia de un espacio privado de estacionamiento, donde espera Tony. Mi voz es apenas más que un gruñido gutural.

—*Vete.*

Es todo lo que puedo decir. No puedo disculparme o explicar algo.

Le digo que no debería haber hecho eso y que nunca volverá a ocurrir.

De alguna forma, mi pequeña asistente se recupera rápido.

—Claro. Me iré. —Ella se arregla el vestido y parte.

Capítulo quince

B^{*rick*} Me obligo a golpear el botón que hace que suba el ascensor. Con cada piso que pasa, mi lobo aúlla más fuerte. No entiende. Teníamos a la presa en nuestros brazos. ¿Por qué no pudimos cazarla?

Cuando vuelvo caminando al salón de baile, los humanos miran por un segundo mi rostro y se apartan, dándome amplio lugar para pasar. La única que traspasa la barrera invisible es Eleanor Harrington.

Mira alrededor sin molestarse por esconder su decepción.

—¿Se marchó tu encantadora asistente?

—Parece demasiado interesado en ella, —observo, sin responder a su pregunta.

—Tú también.

Touché.

—Es la mejor asistente que he tenido. No estoy seguro de si lo digo porque quiero que la mujer que realmente sospecho es su abuela paterna sepa lo que perdió o si estoy intentando disimular el hecho de que mi interés va más allá del rol de Madison como mi asistente.

—No dejaré que me la robes, así que si quieres conocerla, te sugiero que encuentres otra forma.

La expresión sorprendida de Eleanor es la única confirmación que necesito. Le ahorro el trabajo de tener que responder y me marchó antes de que pueda preguntarme lo que creo que sé.

Al otro lado del salón de baile, mi mirada se encuentra con la de Sully e inclino la cabeza. Me encuentra en el bar y nos acercamos un poco más a la cocina, lejos de los invitados.

—Necesito que investigues algo, —le digo—. Relacionado con Madison Evans.

Él asiente. Siente el perfume natural de Madison sobre mi traje. No hay secretos en una manada de lobos. Pueden olerlo todo. Si tengo suerte, lo atribuirá a nuestro baile juntos y no al beso.

—¿Está relacionado al chequeo de antecedentes que pidió Billy? —pregunta—. Porque eso está terminado.

Me detengo y giro para mirarlo.

—¿Qué encontraste?

—La aceptaron en varios programas de posgrado. Harvard, Yale, Princeton. Pero en vez de eso tomó este trabajo.

—¿No tenía el dinero para el posgrado?

—Es posible. Pero un donante anónimo cubrió su matrícula durante toda la preparatoria y universidad.

—Claro. Su padre. —Sully inclina la cabeza y explico,

—Me dijo que su padre era un hombre adinerado que embarazó a su madre y se marchó. Los fondos escolares probablemente fueron dinero para silenciarla.

—Eso supongo. El donante fue anónimo. Estoy buscando, pero no he podido encontrar nada sobre la fuente o los fondos o su padre.

—Puede que tenga una pista para ti. —Saco del bolsillo la tarjeta de Eleanor Harrington y se la paso. Como yo, la primera cosa que hace Sully es olerla.

—¿Una conexión familiar?

—Es posible. La esencia nunca miente.

Sully guarda la tarjeta.

—Alrededor de la fecha en la que aceptaron a la señorita Evans al posgrado, su hermano Brayden fue aceptado al grado en NYU. El depósito de su primer semestre salió de la cuenta bancaria de la señorita Evans. Vacío sus ahorros.

Sumo dos más dos.

—Está pagando la matrícula universitaria de su hermano. Por eso aceptó este trabajo.

Eso suena a Madison. Trabaja duro para proveer para los seres que ama. Entiende ese tipo de impulso. Lo sacrificaría todo por mi familia y también por mi manada.

—Eso parece.

—¿Alguna conexión con... alguien que debería saber? —Ambos sabemos que me refiero a los Adalwulfs.

—No que haya podido encontrar. —Él duda—. Pero ella es inteligente. Hambrienta. Y está dentro. Tiene la posición perfecta para ser espía.

El objetivo perfecto para que alguien como los Adalwulfs intente llevar para su lado. Si pueden convencerla de cambiarse de bando.

—No vive con mucho, —continúa Sully—. Todo va a la matrícula de su hermano.

—Muy bien —le digo—. Sigue averiguando. Quiero saber todo acerca de ella. Necesito saberlo todo.

Sully asiente. Volvemos al salón de baile, donde se pierde entre las sombras mientras me dirijo al bar. Apenas he conseguido mi

trago cuando descienden los buitres. Invitado tras invitado, algunos humanos otros lobos, que hacen fila para saludarme. Para besar el anillo.

Me obligo a apretar manos y tolerar la mierda que es la charla casual. Se lo debo a Ruby. Los minutos se vuelven horas y continúo, dejo que las voces y nombres y rostros se vuelvan uno. Cumplo con mi obligación, haciendo de anfitrión perfecto. Al igual que lo hicieron mis padres antes que yo. No importa que quiera estar en otra parte. Con alguien más. Mi destino está fijo, mi legado escrito en piedra antes de nacer.

No tiene sentido desear lo que no puedo tener.

No importa cuántas manos estreche, el aroma de Madison sigue firme en la punta de mis dedos. Todavía puedo sentir el movimiento elegante de su cuerpo cuando bailaba en mis brazos. Sus labios, cálidos y suaves contra los míos.

Tendrá que ser suficiente.

Capítulo dieciséis

M^{adi} Pasé todo el fin de semana intentando borrar nuestro beso de mi memoria. La forma en la que Blackthroat me inclinó hacia atrás, sus labios devorando los míos. Cómo me gruñó cuando me desequilibré. Cómo me agarré de él.

Fue el mejor beso de mi vida.

Mi mayor error.

Mentiría si dijera que no quiero que pase de nuevo.

¿Qué significa esto para nuestra relación laboral? No sólo confundimos los límites, los sobrepasamos como si no existieran. ¿Adónde vamos ahora?

Hay una pila de paquetes que esperan en mi puerta el sábado por la mañana cuando Aubrey y yo volvemos de buscar café. Una de nuestras deseadas bolsas de regalo del BFFB y una canasta de regalos llena de productos para tratar las ampollas.

—¿Qué tiene esta? —Aubrey sostiene una bolsa cuadrada envuelta en papel marrón y atada con hilo.

La abro. Es un par de zapatos de diseñador, lindos pero con un taco bajo sensato.

—¿Sin nota? —Exige saber Aubrey.

—No, pero sólo pueden ser de Brick.

—Oh, ¿ahora es *Brick*? —Aubrey mueve las cejas. Ya le he contado todas las novedades acerca de lo que pasó anoche—. Definitivamente te desea.

—Quizás, pero me empujó del ascensor y me dijo que me fuera.

—Entonces te desea, pero sabe que sería cruzar un límite.

—Sí.

Quiero llamarlo. Preguntarle dónde estamos parados. Pero ya sé la respuesta, ¿no? Dejó en claro que no era su cita. Ese beso fue casualidad. Debilidad momentánea. No hay razón para que piense que significó algo.

—Déjame preguntarte algo, —dice Aubrey, haciendo rodar el hilo entre dos dedos—. ¿Qué habrías hecho si te hubiera invitado a irte a casa con él? ¿Hubieras ido?

Finjo considerarlo, pero no engaño a Aubrey.

—Totalmente hubieras ido.

—En un santiamén, —admito—. Hubiera tenido cero autocontrol cuando se trata de él. Aunque dejar que las cosas vayan en esa dirección tiene Mala Idea escrito por todos lados.

—Sólo arriégate, —dice Aubrey—. Ponte uno de esos vestidos con corte y sedúcelo realmente. Te desafío.

En alguna parte de mí se enciende algo. No por el reto. Por la idea de lo que haría Blackthroat si hiciera lo que sugirió Aubrey.

Definitivamente reaccionaría. No ha escondido el hecho de que mi cuerpo tiene un efecto en él; algo que en serio me encanta sacar a relucir y pensarlo cada noche antes de dormir cuando puede o no que tenga los dedos entre mis piernas. Sé que no me despediría por eso. Lo hubiera hecho la primera vez que me puse un vestido con corte después de que me dijo que no lo hiciera.

¿Pero a qué lo estaría llevando? ¿A un amorío ardiente de oficina?

Uh, eso suena atrevido.

Bueno, ¿por qué no? Soy joven. Tengo necesidades y deseos sexuales. Estoy trabajando para un billonario apuesto de Wall Street que ha dejado en claro que lo atraigo.

Sí, es probable que toda la situación implusione, pero la idea de irme hacia atrás después de lo que pasó anoche me deprime.

Creo que puedo arriesgarme. En el peor de los casos, me despiden o renuncio porque arruina las cosas. Conseguí este trabajo; puedo encontrar otro. En el mejor de los casos, tengo algo de sexo realmente ardiente con un famoso y una historia para contar por el resto de mi vida. Es como dormir con una estrella de rock cuando están de gira. No esperas que signifique algo para ellos, pero es una insignia de mérito en experiencia de vida.

* * *

Brick

El lunes, Madison se pone los zapatos que le envié y otro de esos malditos vestidos con ventanas. Esta vez no es tan recatado. Ahora que me ha puesto a prueba con el escote escandaloso del baile, parece creer que puede ponerse un sostén *push-up* con su vestido ajustado con corte y que no se lo arrancaré y la poseeré.

O quizás eso sea lo que quiere.

La idea me pone el pene tan duro que tengo que quedarme en la silla y mirarla pasearse por la oficina. Ni siquiera puedo ver claro; estoy tan compenetrado. He estado así desde el beso del viernes por la tarde. Apenas funciona.

Me quedo todo el día en la oficina y evito acercarme demasiado a ella.

Eso parece enojarla porque inventa excusa tras excusa para entrar, traerme cosas, inclinarse sobre mi escritorio para darme vistas dolorosas de su escote.

Finalmente, no puedo soportarlo más.

—Señorita Evans, —mi voz es grave y peligrosa—. ¿Qué hace aquí adentro? —Me levanto y le doy la vuelta al escritorio. Ahora soy todo depredador y ella definitivamente es mi presa. No hay chance de que salga de esta oficina sin que la ataque. O me hunda en ella.

—¿Qué quiere decir, señor? —Finge inocencia.

Definitivamente quiere esto.

Mi mirada baja hasta su escote.

—Te dije que no te pusieras esos vestidos. —La pongo contra el escritorio, acercándome demasiado. Muy sobre su espacio personal. Miro hacia abajo al valle entre sus senos.

Tiene la audacia de seguir la ventana interna con su dedo, todavía pintado de rojo ladrillo del baile. Lentamente. Sin cuidado. Luego se detiene en el centro y desliza el dedo hacia abajo entre sus montes hermosos.

No puedo detenerme. Luchar contra la necesidad de mi lobo de conquistarla es imposible. Y aquí estamos solos. La persona más cercana está a un piso de distancia.

Tomo su muñeca y pongo su brazo detrás de su espalda, girándola hacia abajo sobre la mesa. Mi otra mano toma su trasero antes de que pueda frenarme. Fuerte y firme. Y luego se queda allí; mis dedos se tensan en un apretón con fuerza.

Su suspiro sigue sonando en mis oídos, pero cuando habla es con la misma voz sedosa que siempre usa.

—No recuerdo que este castigo estuviera detallado en el manual del empleado.

—Sigues moviendo esa linda boquita, ¿hmm?

—Mmm. ¿Cuál es el castigo por eso?

Quiero pegarle en el trasero un poco más, pero no confío en mí mismo para ser rudo. Es humana. Frágil. En vez de eso, la vuelvo a girar y reclamo su boca con un beso brutal. Es duro y agotador; mi lengua se mueve entre sus labios, la agarro de la nuca sin perdón. Devoro sus labios suaves, bebo su sabor. No hace nada para aliviar el latir de mi miembro contra mis pantalones.

Me obligo a alejarme; la tomo de la cintura y la siento sobre el escritorio. Mis manos se deslizan por sus muslos, debajo de la tela sedosa del vestido. Me detengo antes de llegar a sus bragas.

¿Qué estoy haciendo? Esto es una demanda inminente. ¿Acabo de darle una nalgada a una empleada? Me obligo a pedirle consentimiento.

—Tienes cinco segundos para llamar a recursos humanos y decirles lo que hice.

Ella no se mueve. Sus labios están hinchados por nuestro beso; sus ojos brillantes.

—¿O? —Ahora finalmente suena sin aliento.

—O terminaré lo que empecé, —lo digo como una amenaza, pero estoy intentando darle una salida. Me toma todo mi autocontrol, pero me obligo a soltarle los muslos y dar un paso atrás—. Cinco... cuatro...

Sus ojos presentan un desafío. Me está retando a hacerlo.

No se irá a ningún sitio.

Tres... dos...

Sus labios empiezan a curvarse en las comisuras.

Uno. Toco su nuca y uso mi otra mano sobre su pecho para empujarla hacia abajo sobre la mesa. Me toma menos de dos segundos arrancarle las bragas y empezar a darme un festín. Puede que en la oficina sea un imbécil demandante, pero me enorgullezco en ser un amante atento y he tenido demasiadas sesiones a solas en la ducha últimamente pensando en todas las cosas que querría hacerle a mi secretaria atrevida.

Admito que puedo no ser tan matizado o lento como lo soy en general, pero espero que lo que me falta de paciencia se compense con pasión. La lamo del ano al clítoris, luego pongo toda su vagina en mi boca, succiono sus labios, muevo la lengua a todos los lugares a los que llego. Muevo mi mano dentro de la ventana de ese vestido para acariciar su seno mientras hago que su clítoris se hinche para mí.

Ella hunde los dedos en mi cabello, lleva las rodillas a los lados de mis orejas y se retuerce debajo de la arremetida de mi atención. Contiene los gritos y mantiene los labios juntos mientras su respiración entra y se escapa.

Sigo tomándome sus flujos, penetrándola con la lengua. Sabe tan bien como me imaginé.

Mejor.

El aroma de su piel se mezcla con el de su excitación y hace que mi lobo gruña de placer. Gruña por querer meterse dentro de ella. Por satisfacerla.

Por... *¿marcarla?*

No. Eso no tiene sentido. No marcaría a una humana. Soy un lobo alfa.

Pero no me molesto en analizar la necesidad porque estoy cerca de que alivien todas mis frustraciones. Si sólo pudiera dejarla ir...

Meto dos dedos adentro de ella y froto su clítoris con mi pulgar mientras levanto la cabeza para mirar su rostro hermoso. Sus ojos están cerrados; su expresión es una mezcla de dolor y dicha. Se abren de repente cuando empiezo a moverme dentro de ella y parece avergonzada de que la esté mirando porque pone un brazo sobre sus ojos. Le agarro las muñecas y las pongo por encima de su cabeza con una mano mientras sigo haciéndoselo con los dedos de la otra.

—Mírame, Ventanas, —le ordeno—. Quiero esos hermosos ojos sobre mí cuando acabes.

No sé si son mis palabras o la dominancia lo que desata la descarga, pero su mirada se fija en la mía, con una «O» de sorpresa en sus labios mientras se le entrecorta la respiración. Sus músculos se contraen alrededor de mis dedos, un latido y movimiento de sus músculos internos mientras el orgasmo la recorre. Mantengo los dedos adentro de ella, frotando la pared interna para estimular el punto G mientras mi pulgar sigue sobre su clítoris.

Ella se arque, aprieta los muslos alrededor de mis brazos mientras el clímax continúa. Su mirada está pegada a la mía, justo donde la quiero. Ahora sólo necesito decir su nombre.

Ella emite un quejido cuando termina, pero su cuerpo queda inerte. Saco los dedos de su vagina y los meto en mi boca, succionando sus flujos.

—Tampoco recuerdo haber leído eso en el manual, —dice con voz áspera mientras se empuja con los antebrazos.

—Oh, ni siquiera estoy *cerca* de haber terminado con tu llamada de atención, —uso mi voz oscura e imponente y la vuelvo a empujar hacia abajo, luego busco en el bolsillo de la billetera, donde tengo un preservativo.

Ella emite un pequeño gemido que suena como, «oh» y se recuesta sobre el escritorio; su cabello sedoso forma un halo corto alrededor de su cabeza. Abro el preservativo con los dientes y libero mi miembro latiente. Quiero hacérselo hasta darla vuelta. Hasta que se olvide de ser atrevida y sarcástica conmigo. Hasta que se olvide de su propio maldito nombre.

Quiero afectarla como me afecta a mí.

Brutalmente. Salvajemente.

Enrollo el preservativo y alinee la cabeza de mi miembro con su entrada. Debe volverme algo de sensatez porque espero antes de empujar. Me aseguro de que haya consentimiento.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, —responde de inmediato.

No espero otro segundo. Tomo sus caderas, trayendo esos tacones por encima de mis hombros y empujo contra ella. Ni bien me hundo en su calor, un temblor de placer me atraviesa. Lo registro tanto como lobo y hombre. Nunca antes sentí ambos lados de mí tan por igual. Tan de acuerdo. Es como si este momento, este acto, trajera el equilibrio que la naturaleza buscó cuando creó a nuestra especie. El poder de mezclar animal con hombre.

Estoy enamorado de la sensación. Quiero guardarla y volver aquí una y otra vez.

Estoy sorprendido y extasiado. Envuelvo la parte superior de sus muslos con mis dedos para sostenerlos contra mi torso mientras empujo hacia adentro y afuera.

—¿Así pensaste que terminaríamos, Ventanas?

Ella gime, con los ojos cerrados y la cabeza rodando sobre la mesa.

—¿Querías que te lo hiciera lindo y fuerte sobre mi escritorio?

Sus músculos aprietan mi miembro como si la acabara de llevar al orgasmo otra vez. Casi me hace llegar a mí, pero no hay forma de que vaya a acabar tan rápido.

No después de que me haya torturado por meses.

La taladro, rápido y fuerte. El sexo es duro, castigador y explosivamente ardiente. Mis muslos tiemblan con la necesidad de liberarme.

—B-brick, —ella se queda sin aire.

Triunfo. Es justo lo que quería escuchar. Mi lobo me choca el puño.

Como dándose cuenta de que no suele llamarme por mi nombre de pila, ella balbucea algo más, cada sílaba sin aire me enloquece más y más.

—B-blackthroat...

Mis bolas se tensan. No duraré mucho más.

—Jefe... gran... malo...

El semen sale disparado de mi miembro. Empujo profundo y me quedo allí.

—¡Jefe! —grita, mientras sus músculos aprietan tan duro alrededor de mi pene.

Froto rápido su clítoris con mi pulgar otra vez y saco un grito áspero de ella y más olas de clímax.

Es tan hermosa cuando se deshace. Salvaje y frenética y un poco perdida.

No tiene idea de lo que acaba de pasar, y lo proceso todo, sintiéndome más que un poco creído y satisfecho.

Soy el que la hizo lucir así.

El que la hizo perder la cabeza.

* * *

Madi

Madi... Guau.

Estoy muy lejos de mi lugar, estoy en otra galaxia. Se cortó mi cable de control y sensatez y estoy despistando fuera de órbita, muy muy lejos de algo que tenga sentido para mí.

Todo lo que es que lo que sea que acaba de pasar me cambió para siempre.

Me cambió y me encantó demasiado.

Podría volverme adicta. Rápido. Puede que ya sea adicta.

Y eso es un problema para mí. Mi acuerdo conmigo misma fue tener sexo con mi jefe, no enamorarme.

Él está siquiera *cerca* de ser seguro cuando se trata de amor.

Es lo más lejano a eso.

Además, no me sienta bien la adicción. Me gusta estar a cargo. Mantener a la gente a una distancia cómoda. No confío en los ricos.

Todos estos pensamientos pasan por mi cabeza en los pocos momentos que le lleva a Brick salirse, tirar el preservativo y volver a mí. Levanta mis bragas del piso y con mucha dulzura me ayuda a volver a ponérmelas. Mi trasero sigue apoyado en el borde de la mesa donde me sentó. Estoy dolorida y satisfecha y es probable que acabe de perder 30 puntos de mi coeficiente intelectual.

Espero que mi cerebro se recupere tras una larga ducha y una charla firme.

Ups. Pensamiento equivocado. La charla firme que me dio Blackthroat terminará siendo la mejor experiencia sexual de mi vida además de la mejor experiencia en general.

Blackthroat me toma de la cintura para levantarme y me pone de pie mientras busca debajo de mi vestido subirme las bragas por encima del trasero.

Me aliso la falda del vestido por mí misma.

De repente me desespero por esconder lo emocional y vulnerable que me siento. Como pez fuera del agua. Nerviosa. Necesito volver a pensar claro y recuperar mi poder.

Y por supuesto que esa idea trae aparejada la respuesta instantánea. Una tan sencilla y perfecta que la petulancia se apodera y la inestabilidad de mi mundo se equilibra.

—Felicitaciones, Jefe, acaba de hacerme in-despedible, —le digo con una sonrisa burlona.

Se queda helado. No me quedo a conversar. Camino hacia la puerta y la abro.

—Eso es el Gran jefe malvado para ti, —murmura a mis espaldas.

De mis labios sale una sonrisa y le dedico una por encima del hombro a él.

Blackthroat luce realmente sensual con la corbata desatada y el cabello batido por mis dedos. Se inclina sobre la mesa con las manos en los bolsillos y me mira con párpados cansados.

—Me iré a casa por el día, —le comunico como despedida.

Veó que ahora doy todas las órdenes.

—Hmm, —lo escucho decir mientras me voy.

Capítulo diecisiete

B^{*rick*} Las endorfinas del orgasmo me mantienen flotando por toda una hora. Sólo cuando pasan empiezo a analizar las palabras de despedida de Madison.

Estaba siendo atrevida. Esa es simplemente Madison. Pero no había notado antes que usa su atrevimiento como un escudo. La considero valiente, pero hoy vi una grieta en su porte. Quería abrirla del todo, lo que fue cruel de mi parte.

Sigo siendo su jefe. Estoy en una posición de poder. Soy diez años mayor que ella y de una especie superior, aunque ella no sepa esa parte. Así que tal vez decidir que me había cansado de que me provoque y que era hora de satisfacer mis necesidades no fue la decisión más compasiva que he tomado.

Y si la dejé sintiéndose vulnerable y necesitando equilibrar las balanzas, eso probablemente sea mi culpa.

Nickel entra a mi oficina a final del día y cuando ingresa, levanta la nariz en el aire y olfatea. Estoy seguro de que puede oler la esencia de Madi en toda mi persona. Se da cuenta de lo que hicimos.

Como Madison ya se fue a casa, el conserje, Jerry, un transformista de mi manada, está limpiando el último piso. Probablemente también la huela en mí. Qué bueno que me sea fiel. Esa es la razón por la que es el único conserje que puede limpiar los pisos ejecutivos.

—Uhhh, no lo hiciste. —Nick me mira con reproche.

Me levanto del escritorio y le doy la vuelta.

—Sí, puede que me haya equivocado.

—¿Eso crees? Es tu *secretaria*, Brick. De hecho, la única decente que has tenido.

—¿Crees que no lo sé? —Me paso los dedos por el cabello—. Por eso intentaba no bajarme los pantalones. Pero se seguía poniendo esos malditos *vestidos*.

Me detengo cuando veo que Nickel me mira fijo. He compartido demasiado.

—Me lo pregunté cuando la trajiste al baile. Todos lo hicimos.

—Hoy fue la primera vez.

—La última vez, —dice Nick con firmeza—. No cazas lo que no puedes comer.

Hago un sonido de evasión. Sé que tiene razón, pero no estoy dispuesto a decir *nunca más* cuando se trata de Madison Evans. Esta pequeña humana me gusta demasiado como para hacer eso.

—O despídela, pero puede que sea difícil hacer eso ahora que literalmente se lo hiciste.

Como ya señalé acertadamente mi joven y brillante asistente.

—No la despediré.

—Será mejor que manejes la situación de inmediato. Lo último que necesitamos es un escándalo sexual.

—No habrá un escándalo. Puedo controlar a Madison. Ni bien digo esas palabras, me doy cuenta de que no tengo absolutamente

nada de confianza en ellas.

Una cosa sería si no me importara. Podría poner a Eagle a cargo de la situación para asegurarme de todavía tener razones legales para deshacerme de ella cuando fuera necesario. Para mantener las cosas bajo control. Asegurarme de que no sea un inconveniente.

Si creyera en la fanfarronería que me dijo Madison antes de irse de aquí, si realmente pensara que me sedujo para volverse indespedible, la crucificaría. Piso a las viudas negras. Mi madre me enseñó a no confiar en una mujer con planes secretos.

Pero vi las grietas en su fachada. Creo que hoy la asusté. Quizás porque fui muy duro. Quizás tema haber querido abarcar más de lo que podía soportar. O simplemente no quiera que se repita el acto; a mi lobo se le ponen los pelos de punta con esa idea, pero es posible.

Madison apenas terminó la universidad. Puede parecer una adulta, puede que sea más inteligente que el noventa y nueve por ciento de la población, pero eso no quiere decir que en realidad supiera en lo que se metía hoy cuando me llevó al límite.

—No es por ponerme de su lado, pero estás abusando una situación de poder, Brick. Sé que no se sobresalta fácil, pero no quiere decir que...

—Lo sé, —lo interrumpo. La culpa me apuñala.

Nos miramos fijo por un largo momento y veo la duda en la mirada de mi amigo.

—Me encargaré de esto.

—No dejes que se alargue. Necesitamos cortarlo de raíz; haz que Eagle se involucre de inmediato.

—No necesito a Eagle para lidiar con esto. *Lo tengo.*

—Muy bien. Eso espero.

—Suficiente, —digo con el impulso de un alfa en la voz para callarlo.

Sólo desearía sentirme tan seguro como sueño.

* * *

Madi

Vuelvo a casa, me ducho y me pongo los pijamas. Aubrey tiene clase esta noche y quiero pedir comida y echarme con un libro.

No es que quiera olvidar lo que sucedió hoy, pero simplemente es *demasiado* para pensar.

Lo que pasó fue muy grande para procesarlo.

Estoy en el sillón con mi comida para llevar cuando me suena el teléfono con un mensaje de Blackthroat.

Sus mensajes son tan cortos y concisos como sus palabras. Este simplemente dice, *Lláname*.

He trabajado casi cuatro meses para él, y rara vez hemos hablado por teléfono después del horario de oficina. Tiene límites decentes para un adicto al trabajo. No recibo muchas llamadas tarde ni pedidos los fines de semana.

Antes de poder controlarme, le respondo, *¿Cuál es la palabra mágica?*

Sé que es echar leña al fuego, pero acabamos de tener sexo en su escritorio hoy. Creo que tengo algo de libertad ahora.

La única palabra que responde Blackthroat: *Ahora*.

Está bien, sí. Sigue siendo mi jefe. Mi pulso se acelera cuando presiono el botón de llamada. Estoy agitada y nerviosa como si tuviera dieciséis y él fuera el primer chico en la escuela que muestra interés en mí, lo que, por cierto, no sucedió porque era la paria de la escuela por ser pobre. Decidida a no mostrar mis nervios, digo ni bien atiende,

—No se preocupe, todavía no he contratado a un abogado.

Él hace un sonido *hmph* pero no dice nada más, lo que es extraño de su parte. Claro, no es que antes hayamos tenido muchas llamadas después de hora.

—Escucha, —el timbre grave de su voz envía cosquilleos por todo mi cuerpo, volviendo a despertar todas las partes a las que les dio placer hoy—. Obviamente me arrepiento de mi comportamiento hoy...

Me quedo helada. Auch. Se arrepiente. El corazón me empieza a latir fuerte contra el pecho. No sé qué esperaba, pero no era esto.

—He cruzado todos los límites.

—Sip, —le digo con una alegría falsa—. Fue totalmente así.

Me alegra haberme ido con algo de ventaja hoy.

—Sólo espero... quería asegurarme de... que no te hubieras sentido forzada a nada. U obligada. O sea... porque soy tu jefe. Te ofrecí una salida, pero no sé si fue clara...

Me cae la ficha de que no está intentando dejarme u ofenderme. ¿Puede que Brick Blackthroat de hecho esté cuestionando su comportamiento? ¿Realmente está preocupado por mí? ¿Por mis sentimientos? ¿Su abuso de poder?

Teme que me haya sentido forzada. Eso es... casi dulce.

Una pequeña sonrisa aparece en mi boca. Parte de mí quiere hacerlo transpirar, pero tengo piedad.

—Por más tentada que esté a hacerlo sufrir por todas las secretarias que han tenido mi puesto antes, la respuesta es no. No me sentí forzada. Soy perfectamente capaz de decir que *no* cuando no quiero tener sexo.

Hmph. Vuelve a hacer ese sonido.

—Que conste que eres la única asistente que ha tenido *esta situación en particular*.

Contengo la risa. Mi dolor por su expresión de arrepentimiento se evapora en algo leve.

—¿Fueron los vestidos con corte? —Lo provoco.

—Es probable, —refunfuña. Contengo la respiración y espero que hable más. No estoy segura de que agregar y hay un silencio incómodo—. Muy bien. Entonces no me disculparé.

Claro, porque eso probablemente lo mataría. Sí puede, de vez en cuando, decir *gracias*, pero nunca he escuchado que este hombre se disculpe.

—Madi.

Mi pulso se acelera cuando usa mi nombre abreviado.

—¿Sí? —A propósito omito el *señor* porque esta no es en realidad una charla entre jefe y empleada.

—¿Lo hiciste para volverte in-despedible?

Dudo, no porque no esté segura, sino porque me debato en qué tanto revelar. Hay algo tan vulnerable acerca de no tener un plan de acción. De sólo querer algo para mí misma. Por mi propio placer, no mi futuro o carrera. Toda mi vida ha estado enfocada en ir hacia adelante. En probarme a mí misma. Soy estratégica e inteligente con mis elecciones.

Pero esta elección no fue estratégica.

—No, —admito la verdad—. Lo hice porque fue ardiente.

—Fue *muy* ardiente, —concuerta y se me acelera el departamento. Tras otra pausa, esta no tan incómoda, dice, —Sólo para que todo esté claro, hubiera hecho que tu vida fuera el mismísimo infierno si fuera así.

—Ya vuelves mi vida el mismísimo infierno.

—Oh, señorita Evans, no has visto nada. Todavía tengo los guantes puestos en lo que a ti refiere. No quieres verme cuando busco sangre.

Un escalofrío me recorre la espalda. *Todavía tengo los guantes puestos en lo que a ti refiere.* ¿Eso significa que soy especial para él?

—Queda en sus manos arruinar lo que podría haberse entendido como nuestra primera buena conversación.

—No soy bueno, Vestidos de corte. Pero quiero que sepas que estás a salvo. Tendré los pantalones bien puestos desde ahora.

No debería decepcionarme. Esto no puede continuar.

—Buenas noches, —me dice. Otra primera vez para él; suele terminar las llamadas sin ningún tipo de cierre.

Me alejo el teléfono de la cara y miro la pantalla con una sonrisa boba. Ya ha colgado.

—¿Bu-buenas noches? —Dejo salir una risa nerviosa—. Bueno, eso fue extraño, —le digo al departamento vacío.

Mmm. Blackthroat sigue siendo un tremendo cretino, pero algo pasó entre nosotros. Algo más que sexo. Por dentro me siento blanda y cálida e intento deshacerme de mi parte traidora que cree que acabamos de tener un intercambio especial.

Y para alejarme de esos pensamientos tan peligrosos, vuelvo a revisar la parte que importa.

Se arrepintió de tener sexo conmigo y prometió que no volvería a pasar.

Eso no fue el comienzo de algo ni el final.

Fue algo puntual.

Una historia para los libros, nada más.

Mi corazón puede permanecer guardado con llave y a salvo y mi trabajo, intacto.

Entonces, ¿por qué me siento tan decepcionada?

Capítulo dieciocho

B^{rick} —¿Qué descubriste acerca de la conexión entre los Harringtons y mi asistente? —Le pregunto a Sully mientras tomo el ascensor hasta mi piso el martes.

—Todavía estoy investigando, pero supongo que tenías razón: Brett Harrington y Denise Evans, la mamá de Madison, estuvieron juntos en Harvard.

Le contesto con un gruñido. Mi olfato nunca miente.

—Encontraré una respuesta definitiva ni bien pueda.

—Bien.

Sully se baja en su piso y yo sigo hasta el cincuenta y cinco y me bajo del ascensor.

Sé que Madison está aquí antes de que mi mirada encuentre la suya por su aroma intoxicante a naranja y especias antes. La veo todos los días, pero ahora todo ha cambiado. He estado dentro de ella. He visto su dulce rostro cuando acaba. Sé que tipo de bragas usa, una tanga negra de seda que se grabará en mi cerebro por siempre.

Y sin embargo le pusimos freno a eso. No volverá a suceder. Desde un punto de vista de escándalo, parece que esquivé una bala.

También desde un punto de vista legal, aunque no pienso que ella me hubiera ganado en un juicio.

Después de su aroma y la repentina inseguridad en su mirada, noto su vestido.

Es increíble, pero lleva otro vestido con corte.

Sin palabras, se lo hago notar y luego apunto hacia mi oficina mientras paso caminando.

Ella se levanta y entra conmigo.

Le dedico una mirada fulminante al corte en forma de ventana de su vestido. Ya me está costando bastante no pasar mi dedo por el borde como a ella le encanta. Ahora que la he tocado, parezco pensar que tengo el derecho de hacerlo de nuevo.

Mis fosas nasales se abren cuando su aroma me llega de lleno hasta el pecho y viaja hacia abajo. Si fuera honesto conmigo mismo, reconocería que fue una de las razones por las que la hice venir a mi oficina en vez de hablar con ella en su escritorio. Quiero que su aroma permanezca aquí cuando se vaya.

O quizás quiero ponerla de piernas abiertas sobre mi escritorio.

—¿Por qué sigo viendo senos? —Exijo saber.

—Porque por in-despedible.

Eso es lo que piensa. Pero tiene razón. No voy a despedirla. Ya ni siquiera puedo soportar no verla los fines de semana.

—Bueno. —Meto las manos en los bolsillos y camino lejos de ella para ayudar a mi resistencia—. Has ganado esta batalla. ¿Eso es lo que necesitas escuchar? Ganaste, Madi. Ahora deja de ponerte esos malditos vestidos.

—¿No querría hacer algo de lo que se arrepintiera, verdad?

Noto algo de amargura en su voz y me hace voltear a analizar su rostro. ¿La lastimé con ese comentario? Mierda. No quise que fuera así.

—¿Por eso estás enojada? —Ya no puedo guardar mi distancia; me acerco y la levanto, la apoyo sobre mi escritorio. Ella levanta el mentón para mostrar una actitud desafiante que lamentablemente me parece adorable—. Escúchame. Eres la primera asistente en todos estos años en los que he tenido esta empresa que puedo soportar. Así que no quiero arruinar eso por no poder mantener los pantalones puestos alrededor de ti. Por eso dije que me arrepentía. Y también porque me preocupaba haberme aprovechado.

Sus hombros se relajan y su mirada se suaviza.

—¿Entonces me perdonas algo y dejas de usar esos vestidos?

Ve algo de terquedad en su expresión.

—Ganaste, ¿está bien? Eres in-despedible. Te daré lo que quieras para mejorar esto.

—Lo que quiera, ¿eh? —Ella apoya las manos a sus lados sobre el escritorio y cruza una pierna por encima de la otra, haciendo que la tela de su vestido se deslice hacia arriba—. Esa es una oferta bastante jugada.

—Dentro de lo lógico.

Ella se baja del escritorio y arroja el cabello hacia atrás.

—Lo que quiero es hacerlo sufrir.

Sus caderas se mueven mientras sale de mi oficina dejándome con una erección y un gruñido en la garganta.

Capítulo diecinueve

M^{adi} Cuando llego al piso cincuenta y cinco la semana que sigue, me recibe un silencio tenso. Un grupo de analistas callados se esconde en una esquina y lucen mareados. ¿Otra ronda de despidos que Blackthroat quiso supervisar personalmente? Se suponía que tuviéramos una reunión preliminar con Benson al mediodía, pero parece que la sala de conferencias ya está ocupada.

¿Qué sucede?

Al otro lado de los analistas que susurran, dos matones de traje con cara de piedra están de guardia. Los reconozco de mi encuentro en el edificio Adalwulf. Pero si están aquí, eso significa que...

Aiden Adalwulf está en el edificio. Y allí está: sentado en un extremo de la mesa de conferencia. Justo en frente de Blackthroat. Ambos tienen cara de piedra y se mantienen la mirada.

¿Qué sucede?

Noah es el más cercano a la sala de conferencias. Le hago señas, *¿Qué sucede?*

Me responde en el equivalente en lengua de señas de, *Estábamos aquí preparándonos para la reunión con Benson, pero apareció Aiden Adalwulf.*

¿Por qué?

Ahora es el dueño del cuarenta y nueve por ciento de las acciones de Benson. Ha estado comprándolas por lo bajo y el viernes Benson Junior vendió todo.

Esto no es bueno. Podría ser el fin del trato.

Han estado ahí por quince minutos, apenas hablan, me dice Noah.

Es un enfrentamiento. A juzgar por la apariencia de regodeo en el extrañamente hermoso rostro de Aiden, está ganando y restregándoselo a Blackthroat.

Tengo que hacer algo.

¿Lo saben el resto de los ejecutivos?

Noah se encoje de hombros. Apuesto a que no, si Blackthroat está solo aquí arriba. Esta fue algún tipo de emboscada mientras todos se preparaban para la reunión del mediodía.

Envío un mensaje rápido a seguridad y sigo haciéndole señas a Noah. *Infórmaseles, por favor. Pero díles que se queden donde están y revisen el estado del acuerdo.* No servirá de nada que todos los ejecutivos entren corriendo a apoyar a Blackthroat. Socavará su autoridad, lo hará verse débil. *El señor Blackthroat puede manejar esto solo,* le explico. *Los demás pueden comunicarse con Benson Senior y el resto de la junta.*

Tomo la tableta de mi escritorio y abro el informe matutino que compilé en el autobús. No tengo una muy buena excusa para interrumpir, pero pensaré en algo.

Me pongo firme para ingresar, pero Noah me toma del brazo. *Dieron órdenes de que no los molesten.*

Estaré bien.

Los analistas hacen silencio cuando cruzo la puerta. Si los dos matones a cada lado pudieran disparar rayos láser con los ojos

estaría muerta, pero no hacen ningún movimiento para detenerme.

Toco la puerta y entro de inmediato. La tensión en el aire es tan marcada que se me estrujan los pulmones.

Blackthroat no levanta la vista, pero Aiden me mira con sus ojos chatos, sin vida. Me reconoce. No formaba parte de su juego de poder antes de entrar a la habitación, pero ahora sí.

—Disculpen, —mantengo una voz dulce pero firme—. No los interrumpiría, pero esto es urgente. —Mi sonrisa es pura mentira.

Me inclino cerca de Blackthroat y le muestro la tableta. El primer ítem es la confirmación de que cerró el trato de la tierra. No es una gran victoria, pero todas las batallas cuentan.

—Sólo preciso su firma. —Me muevo para corregir el documento y se lo paso. Siento los ojos de Aiden subiendo y bajando por mi espalda, así que lo confronto—. Señor Adalwulf, ¿puedo ofrecerle algo? ¿Agua? ¿Café? —¿*Un alma*? Me obligo a mirarlo y me recompensa algo de sorpresa en su expresión de piedra. Apenas niega casi imperceptiblemente con la cabeza.

Mantengo los ojos en él mientras le pregunto a Blackthroat,

—¿Quiere que cancele el resto de sus reuniones matutinas y las reagende para más tarde en el día?

—No. —Blackthroat me devuelve la tableta—. Ya terminamos aquí.

No sé cómo le puse fin al enfrentamiento, pero lo logré. Brick y Aiden se levantan al mismo tiempo y giran sus chaquetas de traje con movimientos idénticos. Su comportamiento en espejo sería gracioso si no fuera tan intimidante.

La sola presencia sólida de Blackthroat a mis espaldas me deja afrontar a Aiden cuando se acerca. Me mira fijo como si fuera un bicho bajo una lupa. Uno que está a punto de aplastar.

Se para a un metro de distancia y se avecina encima de mí. Tanto Brick como él son gigantes comparados conmigo.

Que se vaya a la mierda. Me he enfrentado con matones rucos desde mi primer día en Landhower. Aiden Adalwulf no es diferente.

Me quedo firme como si me hubieran dado escalofríos por todo el cuerpo. Aiden está tan en mi espacio como para intimidarme físicamente. Pero no estoy sola. Juro que escucho un gruñido bajo y bestial de mi jefe a mis espaldas. Si me inclinara hacia atrás, podría apoyar la cabeza sobre el pecho de Blackthroat.

Aiden nota esto. Lo ve todo.

—Madison Evans, —dice con una voz rasposa que suena como una piedra que choca contra acero—. Qué bueno verte otra vez.

No le contesto.

Mira hacia abajo a mi escote por el tiempo suficiente como para que sea obvio. Siento que Blackthroat se tensa detrás de mí e imagino que sus músculos crecen y se preparan para una pelea.

—¿Busco a alguien que le muestra la salida? —Le pregunto con mucha dulzura. Desde la conmoción en el ascensor, parece que la seguridad recibió mi mensaje y enviaron a un acompañante.

—No hace falta. Conozco el camino. —Con una sonrisa de despedida, Aiden se marcha.

* * *

Brick

La esencia de mi enemigo se desvanece, ahogada por la dulzura de Madison. Me mantengo quieto y obligo a mi lobo a calmarse.

Enemigo. Matar.

Todo dentro de mí quiere arrancarle la garganta a Aiden. Y él lo sabía. El bastardo llegó aquí a regodearse. Perder el control contraría

como una victoria. Esperaba que su fanfarronería me hiciera actuar como un estúpido. Cuando le habló a Madison, casi lo hago. Tengo que actuar como si Madison no fuera nada para mí. Tan sólo una asistente. Si Aiden piensa que la humana significa algo para mí, la usará para destruirme.

Mierda. No debería significar nada para mí.

No importa. Si Aiden vuelve a mirarla o a hablarle, lo dejaré ciego y luego le arrancaré la cabeza.

Nadie se mete con ella. Nadie más que yo.

Ella levanta el rostro.

—¿Qué pasó?

—Típica postura de Adalwulf. Piensa que ha ganado. —Voy a tocarla y me detengo justo a tiempo. No puedes tocarla—. No deberías haber entrado aquí.

Ella hace caso omiso de gruñido.

—Pensé que el concurso de comparar genitales ya había durado bastante. Además, lo saqué de su juego. Entró para pelear con usted y terminó enfrentándose conmigo.

Y Madison ganó. Casi valió la pena dejar que Aiden entrara para verlo luchar por ganarle a ella.

—Le avisamos al equipo ejecutivo, —continúa—. Ahora deben estar contactándose con Benson para ver dónde están parados. Los Adalwulfs todavía no han ganado.

Ella suena como si quisiera conseguir este acuerdo más que yo.

—Les dije que se mantuvieran alejados y que dejaran que usted lidiara con el sr. Adalwulf. Pero querrán discutirlo. Puedo organizar una reunión...

—No. Tú y yo saldremos.

Si no salgo de la oficina, mi lobo perderá el control. No pensaré demasiado en por qué quiero, necesito, a Madison a mi lado.

* * *

Madi

Todavía estoy trabajando en la tableta, en contacto con tres departamentos diferentes para agendar reuniones con Benson mientras Brick me lleva al ascensor. Salgo y pestañeo con la luz del sol, sosteniendo la tableta para bloquear el brillo y agachando la cabeza contra el viento. En vez de ir al estacionamiento, vinimos a la terraza.

—Por aquí. —La mano de Brick se apoya en mi espalda baja y me guía hacia el helicóptero en espera. El viento golpea contra el borde de mi vestido y lo hace chocarse contra mis piernas.

Espero hasta que estamos sujetos en nuestros asientos para gritar mi pregunta.

—¿Adónde vamos?

Brick no responde. Mientras el helicóptero se eleva del techo, mira fijo por la ventana, perdido en sus pensamientos, su rostro y barba de perfil. Realmente es hermoso. Menos apuesto de forma clásica que Aiden Adalwulf, pero igual de sorprendente. Aiden Adalwulf luce como un modelo retocado, demasiado extraordinario para ser real. Y su rostro es una máscara, una carcasa perfectamente pulida que esconde el vasto vacío que hay dentro.

Brick es el epítome de la sensualidad masculina rústica, pero también es real. Feroz, poderoso, demandante pero también leal.

Y en este momento, en el que estamos sólo nosotros dos, lo deseo tanto que me duelen los huesos. Quiero repetir lo que pasó en su oficina la semana pasada.

Desesperadamente.

Pero él prometió que no volvería a pasar.

Aprieto las piernas, bajo la cabeza y trabajo hasta que aterrizamos. Nuestro destino es otra terraza alta. Brick me ayuda a bajar del helicóptero y me lleva a una habitación espléndidamente decorada con ventanas de pared a pared y mesas preparadas para una gastronomía exquisita. Me detengo de pronto e ignoro la leve presión de su mano sobre mi espalda que me haría seguir avanzando.

—No me estás engañando, ¿verdad?

Su cabeza se gira hacia mí.

—Con otra asistente. —Muevo la tableta por el restaurante vacío —. Porque esto es algo que yo debería preparar para usted.

—Tengo una reserva continua aquí. Son las ventajas de ser un inversor.

Una metre aparece con varios mozos.

—Bienvenido, sr. Blackthroat. ¿Ventana o cubículo?

—Lo de siempre. ¿A menos que te gusta la ventana? —Él me toca el codo para indicarme que me está hablando a mí.

Escondo mi sorpresa.

¿Está siendo... caballeroso? ¿Encantador? ¿Qué está sucediendo?

Doy un paso hacia la ventana con cuidado de no inclinarme demasiado por si me da vértigo. Estamos en la cima del rascacielos, con toda la ciudad a nuestros pies.

—Preferiría no estar cerca de una ventana.

Blackthroat me lleva hacia una sección aparte del restaurante, una habitación privada con una mesa y un cubículo circular profundo. Entro y Blackthroat me sigue.

—Dos de los de siempre, —pide Blackthroat—. Trae todo junto y luego déjanos solos.

El mesero llena nuestros vasos de agua y la metre cierra las ventanas congeladas.

Estoy dolorosamente al tanto de que el enorme cuerpo de Blackthroat está a sólo unos metros del mío. La presencia de Brick podría llenar un estadio. En este cubículo cómodo, mirando cómo se quita la chaqueta del traje, estoy muy consciente del calor que irradia y de su aroma a bosque. De los vivos cabellos oscuros debajo de las mangas de su camisa. De la fuerza de sus dedos mientras se acomoda el reloj.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —Le pregunto.

—Trabajando, —me gruñe de forma misteriosa.

—¿En un restaurante?

—Es un almuerzo de trabajo.

Intento calmar la sensación de elevación en mi pecho. El sentimiento de levantarme y volar.

Brick puede haber prometido no bajarse los pantalones, pero eso no evitará que haga que nuestro almuerzo de trabajo no se sienta muy parecido a una cita.

Bueno.

Bien, puedo trabajar y que me sirvan vino y comida al mismo tiempo si así quiere jugar.

—El equipo de finanzas tiene un nuevo acuerdo para ofrecer. El sr. Cavendish está en un avión de camino a Benson ahora mismo.

—Bien. Si alguien puede convencerlo con palabras dulces es Nickel.

Sonríó por el apodo y sigo revisando los correos. Seguiré fingiendo que este es un almuerzo de trabajo por el tiempo que sea necesario.

Blackthroat se aclara la garganta. Exagero el hecho de apoyar la tableta y dedicarle mi atención, con la birome preparada para tomar notas.

Su mirada se posa en mi pecho.

Sí, tengo otro vestido con corte. Si me llamará Ventanas, tendré que hacerle honor al nombre después de todo.

—Lo hiciste otra vez.

Parece que quisiera arrancarme el vestido. Me encojo de hombros.

—No es mi problema que le resulten una distracción.

No está entretenido. De hecho, su expresión se vuelve homicida.

—Lo será si veo que *Aiden Adalwulf* vuelve a mirarte de forma lasciva otra vez.

Mi pulso se acelera el triple. Pensé que Blackthroat había actuado de forma sobreprotectora conmigo entonces. Me encantó, pero no puedo dejárselo pasar.

—El único que me mira de forma lasciva es usted, señor.

Él me mira mal, pero levanto una ceja como respuesta. Un brillo dorado se mueve sobre sus ojos marrones y me sorprende.

No puedo moverme, hablar. El aire entre nosotros está demasiado cargado para respirar.

Tocan a la puerta para anunciar que llegó nuestra comida.

Brick rompe la unión de nuestras miradas.

—Pasa.

Tomo mi servilleta y la coloco sobre mi falda mientras los mozos sirven plato tras plato de comida caliente.

—¿Pidió todo el menú? Hay dos de cada cosa. Dos filetes, dos papas al horno, dos langostas en su caparazón.

—¿Cuánto de esto espera que coma?

—Al menos la mitad.

Hago un ruido de ahogo y, en la comisura de su boca, sus labios se mueven hacia arriba. No es mucho, pero es el comienzo de una sonrisa extraña. Lo tomo.

Comemos en un silencio semi cómodo.

Si alguien me hubiera dicho hace un mes que Brick Blackthroat me llevaría a almorzar, por trabajo o no, me hubiera muerto de risa.

Apenas se rebaja como para interactuar con alguien que no sea parte de su equipo ejecutivo. Ciertamente no socializa con ellos.

Pero aquí estamos. No tiene lógica, realmente. La única respuesta que se me ocurre es que disfruta estar conmigo. No sólo lo atraigo (ya sabía que eso era verdad), sino que de hecho soporta estar conmigo; algo que no puedo decir de él con alguien que no sea de su círculo íntimo.

La idea es apasionante. He conquistado al Gran jefe malvado.

Cuando terminamos de comer, llevo la conversación de nuevo a los eventos del día.

—Aiden Adalwulf intentaba joderlo. No lo dejó hacerlo y se fue. Usted ganó.

Blackthroat aparta su plato vacío y su voz baja hasta ser un gruñido.

—Si vuelve a tocarte, lo destruiré.

Ay, guau. Eso es, eh, bastante ardiente.

—Lo hará de todos modos.

—No en los negocios. —No explica más y no parece estar bromeando. Toma el vaso de agua con tanta fuerza que se parte.

—Me alegra que se contuviera. Sería difícil de explicarles el asesinato a los inversores. —Pongo mi servilleta sobre la mesa y agrego lo más casualmente que puedo—. ¿Por eso me trajo aquí? ¿Para consolarme?

Él gruñe.

—¿Qué es esto, sr. Blackthroat? Porque se siente bastante similar a una cita.

Él me mira con ese desprecio evidente que ha perfeccionado.

—Definitivamente no lo es.

Capítulo Veinte

B^{rick} Soy el alfa, nacido con privilegios y criado para ocupar mi lugar a la cabeza de la manada, pero Madi destruye todo mi control.

No debería estar aquí, solo con la pequeña humana cuyo aroma me enloquece.

Fue demasiado enfrentarme con el enemigo. Tuve que sacar a Madison del edificio, lejos de Aiden Adalwulf, pero ahora que la he traído aquí, ahora que estoy sentado junto a su cuerpito ardiente, recuerdo cómo se siente estar dentro de ella. Ser su amo. Que su aroma se infiltre en mis sentidos. Su sugerencia de que estamos en una cita me hizo imaginarme todo tipo de cosas sucias que le haría si fuera mi cita.

—¿Fue esto una recompensa, entonces? —Su tono es sugerente—. ¿Por mi buen comportamiento?

Me está tentando. Me recuerda cómo la castigué cuando se portó mal.

Y ahora quiero recompensarla como desea con desesperación.

Antes de pensarlo, empujo la mesa hacia atrás y pongo a Madi sobre mi regazo. Mi mano se mete entre sus piernas, toca el calor sobre la tela de su vestido. Froto el dedo del medio por la parte de

afuera de su abertura sin que mi cerebro le dé a mis manos permiso para tocar.

Para reclamar.

Para poseer.

Ella se queda sin aire y toma mis antebrazos para apoyarse, pero separa más las piernas.

Lo desea.

Tomo y aprieto su seno con mi mano libre mientras mi dedo encuentra el borde del refuerzo de sus bragas y se desliza por debajo.

Ella se retuerce ante la caricia. Sentir el aroma a su excitación hace que mi cerebro se desconecte más. Ahora estoy en piloto automático y mi cuerpo toma lo que necesita de ella. Le entrega lo que necesito darle.

Mi dedo se hunde en su calor húmedo y sus movimientos lo empujan más profundo. Mi boca se abre y encuentra su cuello. Es algo intermedio entre un beso y una mordida. Añoro probarla. Quiero *devorarla*.

Estamos a kilómetros de la oficina, completamente solos. Hice que esta habitación tuviera aislamiento acústico cuando renové el restaurante. Lo que se hable en este salón, ni siquiera un transformista que esté parado justo afuera lo podría escuchar. Pero no estoy seguro de poder parar aunque no fuera el caso.

—Apareces, paseándote en esos malditos vestidos y tacones.

—Usted me dio estos tacones.

Mi dedo va más profundo. Su trasero se mueve sobre mi miembro, me enloquece.

—Debería darte nalgadas. —Apenas reconozco mi propia voz, es tan áspera. Mi lobo está cerca de salir a la superficie. Es peligroso para ella estar conmigo. Solos.

Pero no puedo dejarla ir.

Su respiración está agitada. El almizcle de su excitación se vuelve más fuerte.

—Quizás deberías, —concuerta.

En un segundo estoy de pie, levantándola de mi regazo poniéndola en cuatro en el asiento del cubículo. Levanto la falda de su vestido hasta su cintura y golpeo su trasero. Ella se retuerce para pedir más.

Levanto más su vestido, pero no sube más. Es demasiado ajustado.

—Este maldito vestido, —gruño—. Nunca más lo volverás a usar.

—¿Y si lo hago? —Su voz tiene el tono exacto de la tentación—. ¿Qué hará al respecto?

Ah, está implorando que la castigue.

Le pego más fuerte y jadea. Es tan frágil. Tendré que recordar eso.

—Te disciplinaré como se debe.

Su trasero es una cosa hermosa. Relleno y redondo, con un movimiento divino cuando lo cacheteo. Comienzo despacio y escucho con atención cualquier queja o grito. Está callada, conteniendo la respiración como si esperaba más, así que la golpeo más fuerte. Ella silba, pero su aroma se intensifica. Y los aromas no mienten.

—Esto es por tu bocota. —Le vuelvo a pegar, luego aprieto la piel caliente. Quiero enterrar mi rostro en ella. Hundo los dedos más abajo. Está empapada.

Sé que comeré de postre. Le arranco las bragas.

—Boca arriba, —le ordeno.

Ella gira y me mira, se pone boca arriba, con el rostro y el cuello enrojecidos, los ojos brillantes. Su vagina se abre como un pétalo

frente a mí. Se me hace agua la boca.

La toco y deslizo una mano por la ventana entre sus pechos.

—Esto me está enloqueciendo. —Lamo su abertura empapada. Ambrosia. Ácida y dulce, con un toque de nuez moscada. Ella se mueve hacia atrás y tomo su trasero con fuerza con mi mano libre, sosteniéndola mientras me doy un festín. Encuentro su clítoris y hago círculos por encima mientras se retuerce boca arriba, empujando las caderas para ofrecer su vagina. Una vez que recorro toda su dulzura, meto la lengua profundo dentro de ella y saboreo sus gemidos. Mi barba raspa la parte interna de sus muslos. Nunca antes quise dejar marcas, pero Madi es diferente.

Tengo que recordar ser gentil con ella. Me levanto y me inclino encima de ella, reemplazando mi lengua con dos dedos fuerte y un pulgar sobre su clítoris. Ella está caliente y apretada, su vagina succiona mis dedos. Mis pantalones están demasiado ajustados para mi miembro.

He perdido el control.

—Acabarás para mí, Ventanas. Grita todo lo que quieras, nadie puede oírte.

Sus fluidos mojan mis mangas. Froto la parte interna de las paredes de su vagina y masajeo su punto g. Ella se está agarrando del borde de la mesa.

Tomo su pecho con más fuerza.

—Acaba. *Ahora.*

Su cuerpo se contrae, respondiendo a mi orden. Su cabeza se mueve hacia adelante y atrás, sus ojos se llenan de lágrimas mientras gime en su orgasmo.

—Hermoso, bebé. Eso es hermoso.

Sus pestañas aletean. Me suena el teléfono.

Mierda. Lo que he hecho está muy por fuera de los límites de lo apropiado, de lo que se espera de mí como jefe y lo que se me permite como alfa.

Juré que no me bajaría los pantalones con Madison. Técnicamente no lo he hecho, pero considerando que mi lengua y dedos han estado dentro de ella, diría que la he cagado a lo grande otra vez.

Estoy cazando lo que no puedo comer. No es justo para Madi, y la próxima vez no estoy seguro de que no perderé el control.

—Madi.

Ella sonríe.

—Entonces *sí* sabe mi nombre.

Saco mi celular del bolsillo para silenciarlo y luego me aclaro la garganta.

—No quise hacer eso otra vez. —Le bajo la falda y la ayudo a sentarse. ¿Dónde carajos están tus bragas?

Las veo a unos tres metros, adonde debo haberlas arrojado. Voy a buscarlas, pero no se las devuelvo. Sólo porque las he roto; le debo un par nuevo. No porque vaya a enroscarlas alrededor de mi pene más tarde para tener su esencia cuando libere esta agresión contenida.

—No lo odié. —Ella se pone de pie. Su tono de voz transmite satisfacción total.

—Te enviaré a casa por el resto del día.

—¿Para pensar en lo que he hecho? —Su tono es juguetón. Ella se estira, bosteza y por un momento me recuerda a mi lobo. Todavía estoy a punto de arrancarle la ropa y hacer lo que quiera con ella, pero siento su triunfo por satisfacerla.

Al menos está eso.

—Definitivamente. —Me obligo a decirlo—. Espero que cumplas totalmente en el futuro.

Me toma todo mi esfuerzo no volver a ponerla sobre la mesa y hacérselo a lo bruto. No volver a golpear ese trasero hasta que me ruegue que pare. Pero no puedo. Necesito bajarla a la limosina, que entre y enviarla a casa, lejos de mí.

Capítulo veintiuno

B^{rick} No vuelvo a la oficina. Si lo hiciera, todos los lobos olerían a Madison en mí. Además, mi lobo tiene que salir.

Voy directo a Berkshires a intentar descargar corriendo esta agitación.

Mi manada se une al atardecer cuando he logrado calmarme lo suficiente como para guiarlos en una cacería.

Camino hacia adelante en cuatro patas, con el hocico cerca del piso. A ambos lados de mí, las formas oscuras se deslizan entre los árboles, sigilosos como las sombras. Nickel es un destello de luz blanca a mi izquierda. Hay un ruido en un arbusto y el lobo naranja y negro de Vance emerge por mi lateral derecho.

Más adelante, Sully nos espera. Es un lobo negro enorme de pesadilla, negro desde el hocico hasta la punta de la cola. Está a sotavento, uno con las sombras. Sólo sus ojos brillantes y la sensación de cosquilleo en mi pelaje lo revelan.

Me acerco a él y sigo su hocico que apunta al aroma que ha encontrado para nosotros. Bajando la colina, un venado sano camina a la luz de la luna.

Mantenemos nuestras tierras bien preservadas. El bosque está lleno de animales para cazar, los lagos y arroyos llenos de ranas y peces.

Llevo a la manada en un círculo alrededor de la presa y nos mantengo con viento a favor. No es fácil que más de treinta lobos estén en silencio y no alerten al resto del bosque de nuestra presencia, pero los lobos a mis espaldas son los mejores de la manada. Siento su poder, su control y los guío como un alfa.

Bajo mi señal, corremos hacia adelante. El venado se choca con la maleza, huyendo colina arriba.

Los hombres lobo corren más rápido que los lobos normales. Nuestra presa no tiene chance.

El final llega rápido. Le doy el golpe final e imagino que es el cuello de Aiden Adalwulf bajo mis dientes. La sangre brota y mancha mi hocico.

Detrás de mí, Billy empieza un aullido de victoria. El resto de la manada de cacería se apoya en sus patas traseras y se une.

Encima nuestro, la luna ilumina las copas de los árboles.

Ha habido luna llena por dos noches. Por eso estamos todos nerviosos, y por eso Aiden Adalwulf hizo algo tan descuidado para provocarnos.

Podría culpar a la luna por mi falta de control con Madi. Pero sé que no es eso. Me criaron para ser el Alfa. No hay excusa para perder el control.

De regreso en la mansión, Liz y Dave han organizado filas y filas de mesas para nosotros en el jardín. Cada mesa gruñe por el peso del festín. Transformarse una y otra vez toma mucha energía, y un hombre lobo puede comer el equivalente de la comida de Acción de gracias de un humano después de cada cacería.

La mitad de la manada vuelve a tomar forma humana y espera a que coma primero. Vuelvo a transformarme con un tronar de huesos y camino desnudo para tomar una chuleta.

—Coman, —ordeno y camino descalzo hasta el borde del bosque.

La manada ataca la comida. Jake y Vance hacen rodar barriles de cerveza desde una bodega cercana y los abren. El aire se llena del aroma a lúpulo y al sonido de la risa.

Ni siquiera el olor a sangre es suficiente como para ahogar el aroma dulce de nuez moscada y naranja que me atormenta. Me inclino contra el tronco de un pino imponente y como rápido mi chuleta mientras miro la luna.

Nickel y Billy desaparecen por la fila de árboles, ambos en forma de lobo.

Creciendo en Inglaterra, los cambios de Nickel fueron cuidadosos y controlados, considerando las cacerías del norte de Escocia. Sigue manteniendo su forma de lobo en un horario ajustado, pero más cerca de la luna llena se permite quedarse más tiempo en forma de lobo.

Billy simplemente es salvaje.

Me rondan a cada lado y cambian a forma humana. Nickel se levanta y se sacude. Billy permanece sentado en sus piernas traseras.

—Buena cacería. —La voz de Billy es áspera, sus cuerdas vocales siguen recuperándose del cambio.

—Luna de cazadores. —Nickel sale de las sombras por el tiempo suficiente para que la luna bañe su rostro—. Se acercan los juegos de manadas. Deberíamos ir.

Los Juegos de Manadas, patrocinados por las manadas de todo el mundo, son un lugar donde los transformistas encuentran a sus

parejas. Los lobos no conocen gente en línea. Tienes que oler a tu pareja antes de saber si es la indicada.

He asistido a Juegos de Manada en todo el mundo y no he encontrado a mi pareja, pero por supuesto que puede haber alguien nuevo. Una loba joven que acaba de llegar a la mayoría de edad.

Como alfa de mi manada, se espera que encuentre una pareja con una loba fuerte. Alguien digno de mí y de mi legado. Alguien que pueda estar a mi lado y mantener a los enemigos lejos.

Mi elección de pareja lo es todo. Debo elegir con cuidado y sobre todo: no puede ser humana. Eso sería impensable. Pondría a toda mi manada, mi familia, en peligro. Los Adalwulfs sentirían debilidad y atacarían y atacarían y atacarían hasta limpiarnos de la faz de la tierra.

Debo cumplir mi deber y aparearme con una loba. Los próximos Juegos de Manada son este invierno y definitivamente debería ir.

Pero la mera mención de los Juegos hace que mi lobo gruña. Debe ser porque sigo con las ganas contenidas del almuerzo con Madison.

Qué mal. No puedo tenerla. Ni siquiera como distracción hasta que haya elegido una pareja. Eso no sería justo para ella y no quiero perderla como asistente.

Los nervios en mi pecho suben hasta mi garganta.

Mía. Debo apretar la mandíbula para evitar que un gruñido salga disparado.

Mi lobo desea a Madison.

Pero no puedo tenerla. Como lobo alfa no puedo aparearme con una humana. En especial no con una en mi posición. He tenido que probarle mi valor a cada macho y loba de esta manada desde el día que murió mi padre. Si me apareara con una humana (la idea es ridícula, pero si lo hiciera), perdería la confianza de todos en la

manada y los Adalwulfs llegarían y lo tomarían todo. Los miembros de mi manada desertarían.

No hay duda de que era el resultado que deseaban cuando envenenaron a mi padre. Nadie pensó que sería capaz de no sólo mantener la lealtad hacia los miembros de mi manada, sino que reconstruiría una empresa exitosa de Wall Street.

—Cuenten conmigo. —Billy mueve los hombros y se levanta, sonándose la columna.

—Sabemos que contamos contigo, —se burla Nickel—. Has dormido con la mitad de toda la población de lobas.

—En serio, —Jake se nos une, sosteniendo la mitad del cuerpo de un pavo en sus manos.

—Deja algo para el resto de nosotros, —agrega Nickel.

—Justo tú hablas. Has dormido con la otra mitad.

Jake y Billy sonrían y chocan los puños.

—¿Entonces qué dices, Alfa? ¿Deberíamos ir a los Juegos de Manadas? ¿Oler a una o a un par de lobas? Sé que Ruby no puede esperar a ser tía. —Suenan a que bromea, pero él y Billy y ahora Jake y Vance me están rodeando. Esta no es una conversación casual. Es una maldita intervención.

—No, —digo demasiado rápido. Intento disimularlo—. Este año no. Pero son libres de ir. Todos ustedes. Sé que Scarlett y Ruby tienen sus apuestas sobre cuál encontrará primero a su pareja.

—Nuestro alfa debería ser el primero, —dice Jake.

Vance ríe.

—El destino no funciona así. Una vez que encuentras a tu pareja destinada, no hay espera. La reclamas o mueres.

Las palabras *pareja destinada* levantan la temperatura de mi cuerpo. Como si mi lobo me estuviera queriendo decir algo. Algo que me niego absolutamente a escuchar.

—Te vuelves loco con la luna, —corrige Billy.

—Exacto. La luna te enloquece, luego mueres. Una vez escuché de un lobo que se arrancó su propio...

—¿Iremos o no? —Dice Billy de mala manera. Vance le devuelve el gruñido, mostrando los dientes.

—Billy sólo está enojado porque no ha estado con nadie desde la última luna llena, —dice Nickel con sarcasmo.

—Y él odia a las parejas que hablan, —agrega Vance.

Odia la mayoría de las cosas. Jake arroja sus sobras al bosque y se pone de puntas de pie, listo para pelear.

—Suficiente, —gruño—. Todavía tenemos el trato con Benson. Debemos mantenernos concentrados.

Eso los calla.

—Iré a correr un rato más, —dice Nickel—. Únanse a Sully en las rondas por los bordes.

—Llévenlos con ustedes —señalo tres jóvenes que han entendido cómo manipular la boquilla de uno de los barriles y se están mojando entre ellos con lager—. Háganlos saltar al lago primero.

—Alfa, —Nickel inclina la cabeza y se adelanta.

El resto de mis lobos principales se dispersa. Todos menos Billy.

Termino mi filete y dejo que el hueso caiga en el piso del bosque. Sé la razón por la que Billy sigue aquí.

Después de unos momentos, dice en voz baja.

—¿Qué pasó hoy más temprano? Te fuiste de la oficina.

Por supuesto que lo sabe, maldición.

—Mi lobo tenía que descargarse un poco después que ver a Adalwulf.

—Llevaste a tu secretaria.

Me encojo de hombros.

—Seguía siendo un día laboral.

Lo dejo en eso. Un alfa no necesita dar explicaciones.

Nunca antes guardé un secreto de mis hermanos lobos, pero una vez más me encuentro rompiendo mis propias reglas por Madi.

—No confío en ella.

—No tienes que hacerlo. Ella cumple su trabajo. —Mi lobo no está satisfecho con esto. Quiere lanzarse sobre Billy, enseñarle a que no ponga el nombre de Madi en su boca a menos que hable con respeto—. Hoy entró a la sala. Entendió lo que estaba pasando e hizo lo que tenía que hacer para guardar las apariencias con el enemigo.

Cuando menciono a Aiden Adalwulf, los labios de Billy se retraen.

—Ese maldito ni siquiera debería haber estado en nuestro edificio.

—Fue uno de sus juegos. Nuestro empleado entró a la recepción, así que se invitó a pasar. No iba a echarlo en la puerta. No le tenemos miedo.

Estoy más preocupado por lo que le haré si vuelve a mirar a Madi. Arrancarle los ojos sólo sería el comienzo.

¿Y qué pensaría Madi de eso? Ni siquiera sabe lo que soy. Es humana. No puede saberlo.

El mundo en el que vivo es tan diferente del suyo que bien podría ser otra galaxia.

—Preocúpate por cerrar este trato y afianzar nuestro dominio en el mercado, —le digo a Billy—. Yo me encargaré de mi asistente.

Capítulo veintidós

M^{adi} Reboto más al caminar cuando salgo para el trabajo. Estoy nerviosa y emocionada por ver a Brick. Ambos estamos en territorio desconocido. No sabía que la Madi Amorío Salvaje existía, pero está prendida fuego.

Hay una elegante limusina negra esperándome en la esquina. Tony, el conductor, está de pie listo para abrir la puerta del pasajero.

—¿Qué es esto? —Le pregunto. Estoy casi lista para revisar mi celular para ver si me perdí una notificación de Brick agendando una reunión en *mi departamento*.

—Desde ahora la recogeré y la llevaré. Órdenes del sr. Blackthroat.

Abro la boca para discutir que tomo el subte, luego la cierro.

—Esto es inesperado.

Tony se encoge de hombros.

—No le mires los dientes a limusina regalada.

No puedo discutir con esa lógica. Me deslizo para entrar y me hundo en el cuero divino. Hay un *latte* de vainilla esperándome.

Maldita. Sea.

Mi jefe me está malcriando. ¿O me está conquistando?

De cualquier forma, estoy dispuesta.

Tengo una gran sonrisa en el rostro cuando saco el teléfono y le envío su informe matutino a Brick con una nota en el cuerpo del correo: *¿Una limusina? ¿En serio?*

Su respuesta llega un minuto más tarde. *Necesito que mi asistente opere a su máxima eficiencia. Y que llegue a tiempo.*

Me pregunto si pensará ser tan caritativamente de mí cuando vea lo que llevo puesto. Otro vestido con corte que Aubrey me ayudó a elegir. Es exactamente lo que a Brick le encanta odiar.

Y si tengo suerte, me dará otro castigo informal.

* * *

Brick

Mi asistente traviesa me espera en un extremo de la mesa de conferencias y luce como todas mis fantasías sucias. Debería ponerla sobre la mesa y pegarle en el trasero por insubordinada.

Ni bien lo pienso, casi pierdo el control. No puedo volver a tocarla. Se está poniendo muy intenso para mí.

Me conformo con una ceja levantada hacia su escote. Ella me sonríe burlona.

—Veo que llegaste temprano hoy.

—Sí. —Se inclina bajo la farsa de pasarme mi agenda de reuniones—. Le estoy tan agradecida a Tony.

—¿Sólo a Tony?

—Sí.

Me trajo mi *latte* de vainilla y todo. Casi compensó el tiempo que mi jefe me disciplinó en el medio de un restaurante.

—Tu jefe suena como un imbécil.

—Lo es.

Se abre la puerta y mis hermanos de manada entran para tomar sus asientos. Hasta si susurramos escucharán cada palabra. Como estamos, Billy me dedica una mirada inquisitiva antes de mirar mal a Madi.

Ella lo ignora, camina hacia un lado de la habitación y gira para prender la pantalla de video. Aparece el rostro de Nickel, su entrecejo arrugado se suaviza cuando nos ve reunidos.

—Nickel, que bueno que te nos unieras tan temprano por la mañana. Todavía no amaneció en California. ¿Cómo está el clima?

—Soleado con algunas pocas chances de fusiones. —Nickel pasa los próximos minutos describiendo el clima con la aseguradora Benson—. Benson Senior está furioso por las acciones de su hijo. Se suponía que Junior llegara a una reunión aquí, pero hizo caso omiso. Está intentando contactarlo ahora. Sus acciones le dan más poder de voto a Adalwulf, y Aiden está en contra de la fusión.

Hago una pelota con la agenda impresa.

—Necesitamos algo para sellar este trato. No podemos perder contra los Adalwulfs.

—Pasamos demasiado tiempo intentando endulzar al hijo, —dice Nickel—. Necesitamos otra forma de entrar No hay ideas malas.

Madi abre la boca, pero duda. No lo habría notado, pero estoy atento a ella.

—¿Qué? —Grito, señalándola.

Ella se sonroja, pero su voz no tiembla.

—De acuerdo a mis investigaciones, Benson Junior nunca estuvo a cargo de este acuerdo. Benson Senior tiene el voto decisivo.

—¿Entonces? —Resopla Billy—. Eso lo sabemos.

—Entonces... quiere retirarse. Pasa la mitad del tiempo en la cancha de golf con su director financiero y su director de operaciones, quienes parecen ambos ser amigos de la universidad, —dice—. El trato que ofrecieron no menciona asegurarles una posición a ellos.

—Porque una vez que nos hagamos cargo de la empresa, limpiaremos el lugar, —dice Billy.

—Exacto. —Madi se sienta más derecha.

—¿Piensan que Benson Senior está dudando? —Sigo su línea de pensamientos—. ¿Quiere entrar a sus años dorados, pero tampoco quiere dejar atrás a sus amigos?

Ella mueve su cuerpo en mi dirección.

—Si estuviera por vender Moon Co., ¿aceptaría un trato que pudiera dejar sin trabajo a su director de operaciones y su director financiero? —Habla en voz baja, como si se dirigiera sólo a mí.

—Eso es diferente, —discute Billy—. Somos fundadores. Copropietarios.

—También lo son los amigos del sr. Benson, en su mente, —responde con su tono suave y seguro—. Entonces para pruébenle que los tratarán bien.

Miro a Vance, quien se encoge de hombros.

—Podríamos hacerlo —dice—. Estamos planeando mantenerlos en sus puestos de todos modos. Podemos garantizarles esos trabajos.

—Liderazgo de legado guiará la nueva era Benson. —En la pantalla de video, Nickel mueve una mano y presenta otra opción.

—Eso es. Vance, Billy, vuelen a ayudar a Nickel. Muéstrenle que hablamos en serio.

Vance y Billy asienten.

—De algunas formas, esto es más simple ahora, —dice Nickel—. Cuando tengamos la aprobación de Benson Senior, cerraremos el trato.

—Hagámoslo. —Me levanto para que mi equipo principal salga. Cuando vuelvo solo, Nickel sigue en la pantalla y luce más confiado.

—Tengo buena sensación con esto, —me dice.

—¿Me necesitas?

—No. Lo tenemos. —Me conoce tan bien como yo, luce más poderoso que yo me quede aquí mientras mis tenientes cierran el trato. Una muestra de fuerza y lealtad que los Adalwulfs no pueden equiparar—. Mantén vigilado a Adalwulf.

—Lo haré. —Me acomodo en mi silla—. Esta noche hay luna llena.

—Sí. ¿Irás a correr? —Uso nuestro código para encontrar un lugar seguro donde transformarnos y correr como lobos.

—Sí. Nuestro viejo amigo tiene espacio aquí para mí.

Se refiere a Lucius, el rey vampiro. No llamaría sanguijuela a un amigo, pero hace un siglo mis ancestros negociaron un acuerdo de paz. En un mundo lleno de humanos, nosotros los monstruos debemos permanecer juntos para que nuestra existencia siga siendo un secreto.

—Bien. Vance y Billy se dirigirán a la reserva ni bien aterricen.

—¿Y tú? ¿Volverás a Berkshires antes de la medianoche?

—Sí. Jake y Sully y el resto de la manada estarán allí. Y necesito correr.

Es un mito que debemos transformarnos con la luna llena. Si vivimos vidas equilibradas, dejando salir a correr al lobo de forma regular, podemos estar una noche en presencia humana sin traicionarnos a nosotros mismos. Tendríamos que pasar más tiempo en los bosques durante y después del día, pero puede lograrse.

Algunas manadas tienen rotaciones cuidadosas para que los miembros puedan mostrarse en todos los momentos del mes. En la ciudad, no tenemos que molestarnos. La mayoría de los humanos no nota el cambio de la luna. La mayoría de los humanos está tan ensimismada que apenas nota algo en el medioambiente.

Madi podría notarlo. Es más inteligente y observadora que cualquier humano que conozca. Pero tengo mis formas de mantenerla distraída.

Nickel y yo hablamos de estrategias durante el almuerzo; luego cuelgo y tengo el resto de mis reuniones. El piso superior tiene una sensación de vacío. Además del equipo de analistas y un par de asistentes, se han ido todos. Todos mis hermanos están ocupados o volando para cerrar el trato.

Madi vuelve a entrar a la sala de conferencias, y pone un mechón de cabello oscuro detrás de su oreja. Le clavo la mirada y se detiene, congelándose como si pudiera sentir a mi lobo listo para saltar.

Y estoy listo para saltar.

Esto es un problema. Ya ni siquiera puedo estar solo en la misma habitación con ella.

¿Qué carajos haré?

—¿Quiere ver a los analistas ahora?

Disimulo mi deseo con una mirada fulminante.

—Obviamente.

Como siempre, no se sorprende por mi toxicidad.

—Los haré pasar.

—Después de hacerlo, puedes irte a casa por hoy.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no soporto ese maldito vestido. Es demasiado, Madi, y tengo que concentrarme.

Veo los reflejos de tanto asombro como placer en su expresión ante mis palabras. Tras una larga pausa, asiente.

—Muy bien, Gran jefe. Bajaremos un cambio.

Por alguna razón, sus palabras no me alivian en lo absoluto.

De hecho, ya no estoy seguro de poder soportar estar cerca de ella con cualquier tipo de vestido durante la luna llena.

Puede que tenga que deshacerme de mi exquisita asistente después de todo.

Mi lobo se agita y gruñe, se forma una furia oscura que apenas puedo controlar. Está enojado conmigo.

* * *

Después de mi reunión con los analistas, me suena el celular. Lo respondo sin prestar atención y esperando que sea Nickel. Pero una voz carente de toda emoción dice,

—¿Trabajando hasta tarde?

—Aiden. —La adrenalina corre por mi torrente sanguíneo. Camino junto a las ventanas mirando la torre Adalwulf, mi lobo en alerta máxima—. ¿Te preocupa el balance de mi trabajo y vida personal? Sabía que estabas obsesionado conmigo, pero esto no puede ser saludable.

—Sólo llamo para ver si necesitas algo de ayuda con el trato Benson. Pensé que serías un oponente digno, pero robar tu adquisición más grande fue vergonzosamente fácil.

Sus palabras hacen que me suenen las articulaciones por estar a punto de transformarme. Obligo a mi lobo a calmarse. Perder el control es una debilidad que me niego a permitirme.

—¿Me consideras tu oponente? Tengo ocho lobos que te podrían desafiarte a ti por tu manada y ganarte. Dos de ellos son mis

hermanas.

Deja de actuar civilizadamente.

—No tienes lo necesario para liderar una manada. Tú o tu padre...

—Mi padre fue un lobo diez veces más importante que el tuyo.

Mi única respuesta es su respiración agitada. Está luchando por mantener a su lobo bajo control.

Mis propias garras están expuestas y arrancan el cuero del cabezal de una de las sillas de la sala de conferencias ejecutivas.

Arrojo los pedazos y camino hacia las ventanas, mirando la única luz en el piso superior. Puedo imaginarme a Aiden parado allí, mirándome a mí. ¿Su cabello perfecto estará desordenado, con el pelaje brotando de su collar?

Me gustaría pensar que sí.

La ironía es que Aiden tiene mi edad. Dirige un negocio exitoso mientras se hace cargo de una manada y una familia. Un director ejecutivo que esconde su vida secreta como hombre lobo. Él y yo compartimos más similitudes que diferencias. Somos primos. En otro universo, podríamos ser amigos, pero nos criaron para odiarnos mutuamente. Mi padre lo dejó en claro: los Adalwulfs son monstruos carentes de toda moral. Pero mi padre también se volvió un monstruo similar para ser el igual de Odin Adalwulf.

Y ahora los pecados de nuestros padres han recaído sobre los hijos. Estamos atrapados en una lucha a muerte, una en la que estábamos destinados a pelear desde el nacimiento.

—Ten cuidado, Brick. Te sientas en tu torre y dejas que tu secretaria pelee tus batallas por ti. No te culpo, su aroma es exquisito.

Mi gruñido aparece sorprendentemente fuerte. Aiden habla por encima de él.

—¿Eres bastante protector de una empleada de tan poco rango, no es así? —Es tan creído—. ¿Está allí ahora? ¿Atendiendo todas tus necesidades?

Lo sabe.

Aprieto los dientes y lucho contra el pánico. Mi lobo quiere salir de mí, rugir, está listo para explotar. Por primera vez desde que era adolescente, está fuera de control.

No. No hay forma de que lo sepa.

Concéntrate. Protege a Madi.

—Obsesionado no sólo conmigo sino con mi asistente de la semana, —balbuceo—. Esto es un nuevo récord bajo, Aiden, incluso para ti.

—Ten cuidado, Brick. Te sientas en tu torre alta, escondiéndote detrás de tu manada. Te estás volviendo débil. Los lobos tocan a tu puerta, y un paso en falso y te comerán vivo.

Cuelgo.

Suena el ascensor y mi lobo casi rompe sus límites. La habitación se desenfoca. Medio segundo después, estoy junto al ascensor, sosteniéndome allí en mi forma humana, pero con mi lobo listo para atacar.

Con las amenazas de Aiden flotando en el aire, casi espero ver su rostro sagaz burlándose de mí con una sonrisa cuando se abren las puertas. Pero se abren para mostrar al custodio, Jerry.

—¿Señor? —Lo he asustado hasta casi darle un infarto.

Su carrito y equipo están cubiertos de un aroma fuerte a lavandina, químicos tan fuertes que cubren su aroma. Es un lobo y miembro de la manada, lo que debería significar que puedo confiar en él, pero de pronto me doy cuenta de que hubiera olido la combinación de aromas de Madi y la mía el día en que se lo hice en la sala de conferencias.

¿Por qué no pensé en eso antes?

Se me escapa un gruñido tan fuerte que las paredes tiemblan. Jerry mira para otro lado y direcciona la cabeza para exponer su cuello.

—Perdón, señor. —Tiembla, vibrando como si deseara poder tirarse y esconderse detrás de su carrito—. No sabía que estaba aquí.

—Vete. Ahora. —Le ordeno y él asiente, manteniendo la mirada hacia abajo mientras presiona el botón para bajar—. Espera. —Golpeo el lado de la puerta que la hace volver a abrirse y observo a Jerry con mi mirada alfa—. ¿Tú nunca discutes lo que sucede aquí, verdad?

—No, Alfa.

—Ni con colegas. Ni siquiera con un ejecutivo.

—Nunca, señor, —logra responder Jerry, quien suena cerca de hiperventilarse.

—Bien. —Dejo que se cierren las puertas.

Mierda. He sido estúpido. Perdí la cabeza por una humana.

Sólo para estar realmente seguro, llamo a seguridad. En cuestión de minutos, logran que el mejor equipo de limpieza de la ciudad esté en camino para limpiar a fondo todo el piso cincuenta y cinco. La empresa de limpieza se enorgullece por su discreción, y además, son todos humanos. Después de explotar el lugar con la fuerza de los químicos industriales, destruirán cualquier rastro de nuestros aromas combinados. Nadie podrá oler lo que sucedió aquí.

Pero sería un tonto por no darme cuenta de lo evidente que es mi interés por Madi. He usado el estrés por cerrar el trato como forma de disimularlo. No le he mentado abiertamente a mi manada, pero sí a mí mismo, diciéndome que mi interés por Madi es porque es inteligente y capaz y huele increíble.

Necesito sacarla de mi sistema.

Madi es lo más diferente a todos, transformistas o humanos, que he conocido. Cuando se pasea por la habitación, mis sentidos se despiertan. Cada día ha sido gris e interminable, trepando sin parar hasta la cima para alcanzar dominancia y seguridad para mi manada. Mi familia. No importa lo duro que trabajo, lo alto que suba. Todas las mañanas vuelvo a estar al pie de la montaña y comienzo a subir de nuevo. Ese es mi trabajo como alfa, mi herencia y mi derecho. Pero hasta que llegó Madi, no me di cuenta de lo mucho que anhelaba un momento para detenerme, respirar, contemplar la vista.

El tiempo con ella no es gris e implacable. Es tecnicolor. Pero ella es una debilidad que no puedo permitirme.

Llamo a Billy.

—Volaré a California.

Necesito salir de esta oficina, alejarme de la tentación de Madison Evans.

—Gracias al cielo, —responde—. Acabo de enterarme que las cosas se han complicado. Benson Junior desapareció. Lo han buscado en todos sus típicos sitios de fiesta desde aquí a Cancún y ninguno de sus amigos lo ha visto. Benson Senior está desesperado. Está listo para deshacerse de su empresa. Dársela a Adalwulf Asociados y terminar con esto.

—Estoy yendo. Lo arreglaré, —respondo. Es el peor de los panoramas, pero estoy agradecido por la emergencia. Cuando murió mi padre, concentrarme en el negocio me hizo salir adelante. Mantenerme concentrado, cerrar el trato, proteger a nuestra manada. No importa nada más.

No puede importar nada más.

Ni siquiera la humana que me dio vuelta el mundo.

Tres mil kilómetros de distancia pueden no ser suficientes para calmar mi anhelo por ella, pero es un comienzo. En una semana, la oficina de Moon Co. cerrará por Acción de gracias.

Distancia y tiempo. Eso necesito para olvidarla.

Capítulo veintitrés

M^{adi} Estoy tarareando en la limusina de camino al trabajo. Ni siquiera ver al Maserati estacionado frente a la boca de incendios me altera, aunque desearía ser una oficial de tránsito para ponerme una multa a mí misma.

Pero cuando paso por las puertas, el guardia de seguridad me mira con atención.

—¿Estás aquí? —El último piso está cerrado. Nos acaban de avisar. Limpieza profunda especial.

Abro la boca. La vuelvo a cerrar.

—Ah, sí, por supuesto. —Actúo como si supiera todo acerca de eso—. ¿Cuándo volverá a abrir?

—Debería ser en un par de horas más. Hasta entonces tenemos una oficina temporal para que trabajes allí. El sr. Blackthroat lo especificó antes de volar.

—¿Se fue?

Soy su asistente. Su única asistente. Debería ser la primera en saberlo. Pero soy la última.

—Se fue a California anoche. Nos dijo que volvería después del Día de acción de gracias.

—Claro.

La semana próxima es Acción de gracias. Las oficinas están cerradas.

La guardia de seguridad me lleva a mi oficina temporal. Sigo con una sonrisa pegada en el rostro y le agradezco. Por el resto del día, tendré que fingir que mi jefe no acaba de dejarme tirada.

Me preguntaba si podríamos sortear el espacio entre un romance de oficina y algo real.

Hoy obtuve mi respuesta.

Mi nueva oficina temporal es tranquila. El único sonido es el que hago con las teclas. Me suena el teléfono y me hace saltar del asiento. Lo tomo, esperando que sea Brick.

No lo es. Es Billy, que me ordena enviar un informe.

—Cuanto antes. Órdenes del sr. Blackthroat. —Suenan fanfarrón. ¿Sabe lo que está sucediendo? Contengo un gruñido.

—Está en camino. Ya lo compilé cómo le gusta a Brick. —Billy no me da la satisfacción de sorprenderse por mi rapidez y eficacia. Sólo cuelga.

La idea de Aubrey de un *memoir* que lo cuente todo suena más interesante cada segundo.

Abro un documento para empezar a compilar una línea de tiempo de todas las violaciones de RH de Brick, y luego lo borro.

Yo no soy así. Soy discreta. No quiero arrastrar el nombre de Blackthroat por el lodo. No quiero una demanda o una compensación.

Quiero que Brick vuelva y me diga por qué se fue de forma tan abrupta. Y mientras tanto, quiero hacer mi trabajo.

A las diez, me tomo un descanso para buscar café. Estoy en la fila de la tienda cuando me suena el celular de trabajo. El número dice BLOQUEADO. Qué extraño. No suelo recibir llamadas no

deseadas en este teléfono. Al último segundo, me doy cuenta de que podría ser Brick y contesto, pero es demasiado tarde. La llamada se va al buzón de voz.

Espero, pero no hay mensaje. Ninguna voz gruñona que me hace pedidos imposibles. Vuelvo a marcar, pero no sucede nada. Mientras intento volver a rastrear la llamada, vuelve a entrar y no puedo cambiar lo suficientemente rápido como para responderla antes de que se vaya al buzón.

Pero otra vez no hay mensaje de voz.

Marco al servicio técnico y le describo la situación.

—¿Hay alguna forma de ver quién está llamando?

—Lo investigaremos, —dice la técnica y, después de un par de minutos, me recita un número. Intento marcarlo desde mi celular de trabajo, pero no es hasta que uso el personal que los números funcionan.

Adalwulf Asociados, dice el identificador de llamada. Casi cuelgo cuando alguien atiende. Antes de decir algo, la persona del otro lado de la línea me saluda,

—Señorita Evans.

Un escalofrío de consciencia recorre mi columna. Me levanto de mi asiento y miro hacia la pared más lejana, donde las ventanas amplias me dan una vista perfecta del edificio Adalwulf.

Reconocería ese tono grave y rasposo en cualquier sitio. Como uñas contra un pizarrón.

—Señor Adalwulf. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Eres difícil de contactar.

Con cualquier otra persona me disculparía por la molestia, pero no hay forma de que ceda ante él.

—¿Intenta que le haga un lugar en la agenda del sr. Blackthroat?

—No. Eso no será necesario. No es con él con quien me interesa hablar. Es contigo. ¿Cómo está tu agenda, digamos, para el almuerzo? Hoy, de ser posible.

—No estoy disponible. —¿Por qué querría Aiden Adalwulf reunirse conmigo? —¿Esto tiene que ver con Moon Co.?

—Ah no. Es algo que preferiría quedara entre nosotros.

—No estoy interesada.

—Suenas muy segura. Ni siquiera has oído mi propuesta.

—Buenos días, sr. Adalwulf. Terminó la llamada y siento que he hecho algo mal.

* * *

Brick

California es un desastre. Lo que va bien con mi humor en este momento. Mi lobo no entiende por qué no estamos en Nueva York, o mejor aún, en Berkshires. De hecho, todo lo que quiere es a Madi. Está claro que está irracionalmente conectado a esa mujer.

—¿Algún cambio? —Le pregunto a Nickel ni bien entro a la sala de conferencias que ha preparado como nuestra oficina lejos de la oficina.

—Ninguno. Estamos en modo espera.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué sucede con Benson Senior?

—Es personal.

Madi nos dijo que lo sería. Ella pensó en el único ángulo que nunca se nos hubiera ocurrido, el humano.

—Al sr. Benson le gustaría conocerte. De forma privada. Entiendo que su hijo se fue de caravana antes de la reunión y desapareció. No es la primera vez que sucede. La última fue justo antes de que le vendiera sus acciones a Adalwulf Asociados.

—Entonces es un desastre. Otro niño rico malcriado. —Se supone que yo sea uno de esos, aunque nunca tuve el lujo de meter la pata. Los lobos tienen que aprender a controlarse cuando son jóvenes o el Alfa se encarga de ellos—. ¿Lo encontraron?

—Así fue. Lo rastrearon hasta un hotelucho en San Diego y allí lo hallaron un par de horas más tarde drogado y caminando por una playa.

—Entonces está a salvo.

—De algún modo. Mentalmente no está bien. No recuerda nada de los últimos meses, ni siquiera el trato. Cuando lo interrogan, comienza a delirar acerca de los «demonios con los ojos brillantes» que caminan entre nosotros.

Maldigo.

—¿Qué le hicieron los Adalwulfs?

—Tenemos una teoría. Aiden intentó seducir a Junior para que le vendiera sus acciones. Cuando eso no funcionó, lo llevó con una sanguijuela. Hizo que le borrarán la memoria a Junior.

Que un vampiro borre la memoria es un último recurso. Nos enseñan a esconder de los humanos nuestras formas paranormales desde que nacemos. Pero si un humano se da cuenta de lo que somos, los llevamos con un vampiro para que borre sus recuerdos.

Borrar recuerdos es un arte, no una ciencia. Algunos humanos pierden un par de recuerdos y olvidan lo que aprendieron sobre un ser paranormal. Pero si un vampiro toma demasiados recuerdos, el humano puede parecer haber pasado por una lobotomía o ACV.

Los vampiros no sólo pueden destruir los recuerdos de un humano, pueden convencerlos de que hagan lo que quieren.

—Los Adalwulfs tienen un vampiro de mascota. —Como todas las manadas de lobos, tenemos un vampiro en nómina. Pero el nuestro tiene reglas particulares sobre lo que hará y lo que no. Alastair tiene

un bufete muy respetado que ha existido desde antes de la Guerra revolucionaria. Tiene buenos recuerdos de batallas verbales con Alexander Hamilton. Involucrarse en tratos mundanos estaría por debajo de él—. Ninguna sanguijuela que se respete jugaría con el descendiente de un billonario sólo para frenar una fusión. A menos que estuviera desesperado.

—Aiden juega sucio.

—De tal palo, tal astilla, —Billy entra a la habitación con dos tazas de café en la mano.

Niego con la cabeza.

—Es descuidado. Este trato tiene gran repercusión. La sanguijuela tendría que estar realmente desesperada como para arriesgarse a quedar expuesta.

Los humanos no pueden descubrir nuestra existencia. En eso concuerdan tanto vampiros como transformistas.

—¿Contactaste a Lucius?

—Sully lo hizo, —dice Nickel—. Deja que el Rey de las sanguijuelas se encargue de la de Adalwulf.

Billy hace un bollo con los vasos de café y los arroja en un tacho de basura desde la otra punta de la habitación. Es una muestra de precisión que no se atrevería a mostrarle a un humano. Pensar en humanos hace que mis pensamientos vuelvan a Madi. ¿Qué haría ella en esta situación?

—Comunícate también con Alastair, —agrego—. Ve si hay algo que podamos hacer por Junior.

Se levantan las cejas de Nickel.

—¿Y si es posible? ¿Cómo le explicaremos las cosas a su padre?

—Lo haré yo mismo. Le diré que tenemos un doctor privado a disposición, uno que ha ayudado personalmente a miembros de mi familia. Uno en quien confío.

—El toque personal. Apelar al corazón del padre, —Billy casi se burla—. No es una mala forma de que su opinión se incline hacia nosotros.

—Puede o no ayudarnos a ganar el trato, pero es lo correcto. En mi mente, Madi está asintiendo con aprobación.

—Lo llamaré al atardecer, —dice Nickel—. Mientras tanto, tenemos una reunión con un par de ejecutivos importantes. En la cancha de golf. Él me muestra una sonrisa que es más bien una mueca. Sabe lo mucho que odio los apretones de mano. —Más del toque personal.

—Por supuesto. —Escondo mi suspiro—. Me pondré unos pantalones cortos. Billy, tú también.

Billy se queja.

—¿Por qué yo?

—Porque puedes tomarles el pelo a los mejores de ellos.

Me pongo de pie y miro mal el campo de golf. Tengo una tarde larga e interminable por delante y sin Madi aquí para que haga las cosas soportables.

No pienses en ella, me ordeno a mí mismo. La razón principal por la que estoy aquí en primer lugar, para mantenerme alejado de Madi.

Cuando encuentro a Billy en la cancha de golf, sonrío por algo en su teléfono. Lo acuso de coquetear con una amiga con derechos mientras trabaja, pero sólo tiene ese brillo en los ojos cuando está a punto de despedir a alguien.

Antes de preguntarle acerca de eso, un grupo de golfistas, cien por ciento humanos hombres panzones y casi pelados de cincuenta y sesenta y pico, nos ven y levantan las manos. Estos son los ejecutivos de Benson.

—Aquí vamos, —murmura Billy por lo bajo. Puedo escuchar la burla en su voz, su resentimiento por tener que lidiar con humanos. Luego logra una expresión simpática en su rostro y camina con tranquilidad hacia ellos.

Después de un segundo, hago lo mismo.

Capítulo veinticuatro

M^{adi} Por el resto de la semana, tomo mi lugar en la suite C que hace eco y está vacía y allí trabajo hasta que viene Jerry a limpiar. A pesar de mis protestas, Tony sigue recogéndome del trabajo y llevándome a casa.

—Órdenes del sr. Blackthroat, —me informa—. Por favor, señorita Evans. Necesito el sueldo al igual que usted. Déjeme hacer mi trabajo.

No quiero que lo despidan por mi culpa, así que me tomo la limusina dos veces al día. Almuerzo tarde y uso ese tiempo para salir de la oficina y pasear por la cuadra.

El martes, hago que me lleve a La Résistance en vez de a casa, pero le pido que me deje a dos cuadras. Si Aubrey y otros hippies no conformistas me vieran llevar al café en una limusina, vomitarían. Estoy a punto de entrar cuando me suena mi celular personal

—¿Señorita Evans? Habla Kristi Johnson de la oficina de asistencia financiera de NYU. Hablamos antes.

—Sí. ¿Hay algún problema? Intento concentrarme en el aquí y ahora. —¿Recibieron el pago de la matrícula?

—Por eso la llamo. Vi que se procesó el pago y quería informarle que es innecesario. La cuenta de Brayden Evans está paga en su totalidad.

—¿Cómo? Debe haber algún error. ¿Cuándo sucedió esto?

—El lunes pasado. Inicié un reembolso hacia usted por el pago adicional.

Niego con la cabeza aunque no puede verlo.

—Lo siento. No comprendo.

—Parece que recibió una beca completa. Matrícula completa por cuatro años. ¿No es maravilloso?

—Sí, —respondo débilmente—. Maravilloso. Pensé que no había recibido ninguna beca.

—Esta es una beca nueva de un donante anónimo y generoso. Espero no haber arruinado el anuncio. Pensé que lo sabía.

Le doy todo el torrente de agradecimientos que busca y cuelgo el teléfono. Mi hermano y mi mama no han dicho nada, ¿pero por qué lo harían?

La beca apareció de la nada. ¿Puede haber venido del mismo donante anónimo que pagó mi matrícula de la preparatoria y título universitario? Pero esa persona no ha pagado nada de Brayden, por lo que siempre sospeché que podría ser mi padre misterioso que estaba muy avergonzado como para hacerse cargo, pero intentaba darme alguna ayuda desde lejos.

Entonces fue Brick. Tiene que ser así.

El lunes pasado, dijo. El primer día laboral después del baile BFF. Recuerdo cada segundo de ese evento. Lo he vuelto a vivir en mi cabeza un millón de veces, memorizándolo como a mi película favorita.

—*Pareces ser más del tipo que hace todo siguiendo su corazón. No alguien que se vende por dinero.*

Debe haber investigado un poco y descubierto la verdadera razón por la que acepté este trabajo.

Si lo llamo, lo negará. Es probable que ni siquiera atienda mi llamada. Pero si piensa que no podré averiguar la verdad, no me conoce.

Llamo a la oficina de desarrollo de NYU.

—Sí, habla Madison Ev-Everett, ¿soy la asistente ejecutiva de Brick Blackthroat? —Modifico mi apellido a último minuto en caso de que el departamento de asistencia financiera se entere de esto.

—Sí, Sta. Everett, ¿qué puedo hacer por usted?

—Sólo llamo para asegurarme de que todo esté listo para la beca que el sr. Blackthroat está patrocinando.

—Déjeme averiguarlo. Por favor, espere.

Camino frente al café. Dentro, Aubrey me ve y me saluda con la mano sin entender por qué estoy aquí en un día laboral. Señalo mi teléfono y levanto un dedo. Ella asiente y toma un vaso, probablemente vaya a prepararme un *latte* de vainilla. Lo necesitaré. Con vodka.

—Sí, parece que pudimos contactarnos con Brayden Evans la mañana siguiente a recibir la transferencia del sr. Blackthroat.

—Genial, se lo comunicaré. Gracias por su ayuda.

Lo hizo. Pagó la matrícula de mi hermano. Me quedé sin aliento. El dinero no es nada para él; tiene lo suficiente como para pagarle la matrícula a todos los estudiantes de grado de los Estados Unidos, sino del todo el mundo.

Pero lo gastó en la de mi hermano. ¿Para liberarme de este trabajo? ¿Porque signifió algo para él? ¿Qué significa esto?

Entro a La Résistance. Aubrey mira mi rostro y empuja un *latte* hacia mí.

—Nunca creerás lo que hizo el Gran jefe malvado esta vez.

Ella asiente y señala la pequeña habitación al fondo del café. A la oficina. Ahora.

Capítulo veinticinco

M^{adi} La oficina está vacía y no sólo porque mi jefe me abandonó. El día antes del receso por Acción de gracias, los empleados de Moon Co. se han ido temprano y sólo dejaron el esqueleto de un equipo. Cuando salgo a la recepción, mis tacones prácticamente hacen eco.

No sé cómo voy a cenar con mi familia por Acción de gracias y fingir que todo está perfectamente bien.

Una parte de mí está tentada a renunciar. A dejar mi carta de renuncia sobre el escritorio de Brick y dejar que su nueva asistente la procese.

Pero no, eso significaría que él gana.

Necesito una razón para confrontarlo. Y mi oportunidad lleva a las cinco pm del último día de trabajo antes del receso de Acción de gracias. Atiendo una llamada de la asistente del abogado que está gestionando el trato de propiedad de la Fundación de la Familia Blackthroat.

Papeleo de emergencia, me explica. Necesitamos la firma de Brick Blackthroat de inmediato.

—Mi jefe también se ha ido por el fin de semana. Si no conseguimos estas firmas, me despedirá. El joven suena a que está por llorar.

—¿No puede esperar a después de la celebración?

—El vendedor es impaciente. Está dificultando las cosas sin razón. Mi jefe cree que está a punto de arrepentirse, pero tenemos su firma. Después de eso, estará hecho.

Le prometí a Brick que haría todo por conseguir estas tierras. Y lo haré.

Brick no responde mis llamadas o correos, así que empiezo a llamar al resto de los miembros ejecutivos. Volaré a California si debo hacerlo.

—¿California? Ya no están allí. —Me informa el asistente principal de Nickel—. Hubo un accidente con el hijo de Benson. Retrasaron el voto sobre el trato para después de Acción de gracias. Y todo el equipo ejecutivo voló a casa para la celebración.

Casa. Eso significa Berkshires. Un par de rondas más de llamados lo confirma. Brick sigue sin devolverme la llamada.

No vendrá a mí. Así que tendré que ir a él.

John Acker, el piloto de helicóptero de Brick, sí atiende su teléfono.

—Necesito que me lleves volando a Berkshires, —digo rápido antes de tener la oportunidad de pensar bien en esto.

—¿Que necesitas qué?

John tiene las costumbres de los hombres que trabajan junto a maquinaria de gritar en el teléfono.

Explico mi dilema.

—Ah, no. No puedo.

—Me aseguraré de que te recompensen como es debido, —le prometo, que por supuesto, es algo que no tengo derecho de hacer

porque no es mi dinero. Sólo soy la asistente ejecutiva a la que podrían despedir en cualquier momento. Quizás por esta idea, ¿quién sabe?—. Sé que es un fin de semana festivo.

—Sabes, incluso si pudiera, el clima no se ve bien. ¿Has mirado por la ventana últimamente?

La vista al otro lado de las ventanas es gris puro, como si el edificio estuviera envuelto en nubes. Tiemblo sólo por mirarlo.

—Más vale que te apures entonces. Esto realmente no puede esperar. Por favor.

El piloto maldice en voz alta.

—Entonces vamos. No tenemos un segundo que perder. La tormenta es malas noticias.

—Gracias. —Tomo mi hermoso abrigo y llamo a mi mamá porque esperaba que fuera a ayudarla a hacer tartas esta noche.

—Cariño, este trabajo realmente te exige demasiado, —dice cuando termino de explicar la situación.

—Yo me exijo demasiado, mamá. Soy la mejor asistente que este tipo ha tenido y pretendo mantener esa medalla de honor. Lo siento. Te llamaré cuando esté de regreso en Manhattan. O quizás pueda hacer que el piloto me deje en algún lugar cerca de ti, no lo sé.

—Muy bien, dulzura. Te quiero.

—Te quiero, mamá.

Cuelgo y espero la llamada del piloto. Parece que además de mis paseos diarios en limusina, puedo añadir viajes en helicóptero a mi nueva normalidad.

Capítulo veintiséis

B^{*rick*} El miércoles antes de Acción de gracias, corro con los chicos por horas en mi terreno de Berkshires. Me dirigí directo a la propiedad familiar en California.

Antes de que Ventanas fuera mi asistente, venía aquí todos los fines de semana. Ahora he estado tomando el helicóptero a mitad de semana para poder transformarme y descargarme un poco. He estado realmente irritable.

La nieve cae con fuerza; copos gruesos y húmedos que se derriten cuando chocan con nuestras narices. La punzada del frío en mis patas satisface esta necesidad que tengo de sacarme a Madison del cuerpo, del alma. Se ha convertido en una presencia que atormenta todos mis pensamientos.

Hacérselo no me sacó las ganas; sólo empeoró mi obsesión. La volvió infinitamente peor. Me encuentro continuamente irritado. Siempre nervioso. Pero mi instinto de arrancarles las cabezas a todos los que me rodean ha disminuido. Madison me hace pensar antes de saltar a la garganta. Intento ver las cosas a través de sus ojos. ¿Querría que destroce a alguien en esta situación? ¿O preferiría que mostrara compasión?

Corro hasta que todos los chicos se vuelven, exhaustos, e incluso entonces no quiero entrar.

Para cuando regreso, me doy cuenta de que corrí hasta que me sangraron las patas. No importa; sanarán en treinta minutos. Los perros corren con sus saltitos de felicidad y forman círculos a mi alrededor mientras entro al recibidor por la puerta de perros en forma de lobo y luego me transformo y tomo una toalla para envolver alrededor de mi cintura. Me doy una ducha rápida y me visto; luego me dirijo a la sala de estar para encontrar a mis adorables sobrina y sobrino.

—Brick. —Liz me detiene en el pasillo antes de que llegue. Tiene una expresión tensa y está retorciendo las manos. Frunzo el ceño para discernir cuál podría ser el problema. No suele molestarme con nada relacionado a correr por la propiedad—. Tu madre está aquí. Lo siento. Vino con tu hermana.

Por la mirada de odio en el rostro de Liz, queda claro que está del lado anti-mamá conmigo. Ella y yo fuimos los que encontramos a mi padre después de la visita de mi madre. Cuando fue envenenado con plata.

La ira corre por mi cuerpo como veneno y nubla mi visión, incita los músculos que pensé que al fin había cansado.

—¡Mierda!

Salgo furioso de la sala de estar, que está decorada como una cabaña de cazadores, con muebles grandes y abarrotados y un hogar de piedra a cada lado.

Mi madre está en el sofá hablando con Ruby y Eagle. Se para de inmediato ni bien me ve. Ella también retuerce las manos y hay tanta emoción en sus ojos que casi me derriba. La culpa. La esperanza. La adoración.

Esa es la parte que se retuerce en mis entrañas y me da vuelta.

Quiero odiarla. *Sí* la odio.

Pero sigue siendo mi madre. La mujer de la que nunca me cansaba cuando crecía. A la que mantuvieron lejos de mí. Sólo le permitieron visitar una vez por semana. La que me amaba tan profundamente que lloraba cada vez que debía irse.

De repente estoy destrozado como lo estaba de niño cada vez que tenía que verla irse. Ella es *madre*.

Es la única razón por la que sigue viva.

De lo contrario, habría vengado la muerte de mi padre hace mucho.

—Brick. —Hay tanta esperanza y angustia mezcladas en su voz. Suficiente como para cortarlas con cuchillo.

—Vete.

Ruby se pone de pie rápidamente.

—No. Se quedará. Yo la invité.

Aprieto los dientes e intento que la furia no me transforme en mi forma de lobo. Estoy seguro de que mis ojos brillan con un color ámbar.

Inclino la cabeza hacia la puerta y parafraseo mi orden,

—Fuera de mi vista.

—Brick, sólo quiero...

—*Ahora*. —Pongo suficiente fuerza alfa en mi voz como para que tanto a Ruby como a mi madre les tiemblen las rodillas.

Eagle también se para ahora y pone una mano de apoyo sobre el codo de su esposa, pero inteligentemente mantiene su mirada lejos de la mía.

Tanto mi madre como Ruby empiezan a dirigirse hacia la puerta.

—Tú no, —le digo de forma cortante a Ruby.

Ella se queda helada. Está furiosa, pero su biología de loba hace que sea imposible negarse a mis órdenes.

Espero a que se haya ido mi madre antes de comenzar.

—¿Qué piensas que haces invitándola aquí? No puedes traer a esa mujer a mi hogar.

—También es mi hogar y mis hijos tienen derecho a conocer a su abuela. Es un día festivo y esas celebraciones son para la familia. Ella es *nuestra* familia, Brick.

—Su abuela es una asesina.

Ruby contiene un suspiro de asombro.

—¿Piensas que esos niños están a salvo de ella? ¿Te parece que cualquiera de nosotros lo está?

Ella se endereza.

—Sí, Brick. Sé que lo estamos. Ella es nuestra *madre*. Nos ama.

—¿Cómo puedes saber eso?

—¿Cómo puedes negarlo?

Tiene razón. Es claro como el día lo mucho que nos ama. El anhelo en su rostro cuando entró. La mezcla de orgullo y dolor que emitía era palpable.

Porque no tengo una respuesta que quiera darle a eso, miro mal a Eagle.

—¿Sabías acerca de esto?

Él vuelve a evitar dirigirme la mirada.

—Lo siento.

—¿Supongo que la pareja viene antes que la manada, hmm? —
Murmuro. No puedo culparlo. Un lobo macho hará lo que sea por hacer feliz a su pareja, incluso arriesgarse a enfurecer a su alfa.

Miro a Ruby con ojos sombríos.

—No la echaré, pero mantenla alejada de mí. No hablaré con ella, así que si no quieres que todo sea más agotador, asegúrate de que no me ponga a prueba.

—¡Tío Brick!

Ruby y Eagle son salvados de más de mis insultos cuando August llega deslizándose sobre sus calcetines. Ruby lo agarra de la cintura, frenando su trayectoria a punto de chocar contra mí.

—Ahora no, Auggie. El tío Brick está enojado con mami.

Maldita sea. Ahora está usando a mi sobrino en mi contra.

—¿Por qué?

—Ven aquí. —Estiro los brazos. Auggie corre hacia ellos y lo arrojo alto en el aire—. ¿Sabes con quién no estoy enojado?

—¿Con quién?

—Contigo. Eres el único con quien no estoy enojado ahora mismo.

—¿Qué hay de mí? —April aparece y se para a mis pies, estirando sus bracitos. Se me retuerce el corazón. Debe ser el instinto alfa de proteger a los jóvenes de la manada a toda costa que me hace ser un debilucho ante estos niños. Sólo tenerlos cerca me hace ablandarme.

La ira se disipa.

Bajo a August y la levanto, también arrojándola en el aire.

—Nop, tampoco estoy enojado contigo. ¿Tú nunca arruinarías el Día de acción de gracias del tío Brick, no? —Miro inequívocamente a Ruby.

—No seas un idiota con ella, —dice Ruby.

—Mami dijo una mala palabra, —se regodea Auggie—. ¡El tío Brick es un idiota, Brick es un idiota!

—*August*. —La orden alfa en la voz estruendosa de su padre hace que mi sobrino se quede helado.

—Perdón, papi, —dice rápidamente.

—Discúlpate con el tío Brick.

Auggie voltea sus grandes ojos hacia mí.

Me agacho.

—Ven aquí, amiguito. —Estiro el brazo y él se acerca. Lo levanto y mi equilibrio comienza a volver. Amo a este niño. A ambos.

Sé que la mayoría de los que me conocen, humanos de todas formas, piensan que soy incapaz de amar.

La verdad es que protejo mi corazón como un maldito dragón porque una vez que ha sido perforado, soy totalmente vulnerable. Y realmente *odio* sentirme vulnerable.

—¿Sabes que *idiot*a es una mala palabra, verdad? —Le pregunto con gentileza. Auggie es el príncipe de la manada hasta que tenga cachorros propios. En línea para heredar el trono. El linaje alfa de mi padre corre por sus venas.

—Perdón, tío Brick.

—Está bien, amiguito. No estoy enojado. —Camino hacia la puerta para aliviar cualquier vergüenza que pueda sentir—. ¿Crees que siga nevando afuera? Vamos a ver.

Lo llevo afuera porque necesito respirar yo mismo además de para calmarlo a él. Hay al menos treinta centímetros de nieve ya acumulados y sigue cayendo con fuerza, formando círculos con el viento que azota y aúlla en nuestros oídos.

Auggie me toma del cuello con más fuerza.

—Brr, tío Brick. Hace frío aquí afuera.

Me quedo helado. Por encima del viento fuerte, escucho el sonido de un helicóptero que se acerca rápidamente.

—¿Ese es tu helicóptero, tío Brick?

—No, —respondo. Miro hacia arriba intentando localizarlo, pero la visibilidad es realmente una mierda.

Pero el sonido sigue acercándose y luego el helicóptero negro puede verse, *mi* helicóptero negro, mientras se dirige a mi pista de aterrizaje.

Los perros salen corriendo, seguidos por Dane, sus cejas tupidas y grises se mueven hacia abajo como si él mismo fuera un canoso perro guardián.

—¿Esperas a alguien?

—No. Pero ese es mi helicóptero.

Bajo a August.

—Entra, amigo. El tío Brick tiene que ver por qué su piloto regresó en el medio de una tormenta de nieve.

Y luego la veo.

Mi maldita asistente con el abrigo color crema que le compré. Ella baja la cabeza contra el viento y corre por la gruesa capa de nieve con sus botas a la rodilla, su vestido con corte golpeando contra sus piernas.

* * *

Madison

Mis rodillas tiemblan mientras corro hacia la gran propiedad en el medio del bosque. El viaje se volvió agitado hacia el final. Lo suficientemente agitado para poder ver cómo el sudor bajaba por el rostro del piloto mientras luchaba con los controles contra el viento y me decía cada veinte minutos que no viajaría de regreso esta noche. No con esta tormenta.

Esta realmente helando aquí afuera. El viento me corta, los copos de nieve golpean mis mejillas como pequeñas hojas de afeitar. Me agacho contra él y corro hacia dos figuras que están paradas cerca de la puerta.

Tres perros hermosos vienen corriendo a perseguirme, pero cuando les grito un saludo, se giran y me rodean como si estuvieran apurándome a entrar.

No esperé a que el piloto me siguiera, pero supongo que también está por entrar ya que tendremos que pasar la noche aquí.

Ups.

Supongo que no debería haber arriesgado la vida para traerle estos papeles a Brick.

Un par de personas más aparecen junto a la puerta para cuando llego. Brick y Eagle. Billy y Vance.

Dios. Como si no tuvieran lo suficiente del otro en el trabajo, ¿también tienen que pasar el Día de acción de gracias juntos? ¿Dónde está el equilibrio entre vida personal y profesional, chicos?

—¿Qué *carajos* estás haciendo aquí? —Me gruñe Brick cuando los alcanzo. Incluso con unos pantalones caquis casuales y un suéter azul marino, sus mejillas sonrojadas y brillantes por el frío, emana poder. Luce tan enojado, tan sensual, tan *Brick*, mi centro se tensa.

Un hombre mayor abre la puerta de... ¿la cabaña? ¿Mansión de madera? Lo que sea que lo llamen, hace un gesto con el brazo para indicar que pase. Todos me siguen excepto por el señor mayor, que posiblemente espere al piloto. Parece ser un mayordomo o sirviente de algún tipo.

—Había un documento que no firmó, por su culpa, no la nuestra, y la venta no podía realizarse sin él, —explico sin aliento cuando estoy dentro. El calor repentino llega a mis mejillas como otro ataque, y de repente muero de calor—. Su teléfono estaba apagado y no podía transmitirle el mensaje para que lo firmara de forma electrónica. Pensé que sería mejor traerlo yo misma. Dijeron que si no llegaba hoy, se cancelaba la venta. Honestamente creí que estaban intentando asegurarse de que no se concretara, contando con que el día festivo arruinara todo. —Abro mi portátil, que está en la página que debe firmar electrónicamente.

Él la ignora.

—Acabas de volar en una *tormenta de nieve*. —Brick levanta la voz. Tiene la calidad de energía como si se preparara para una perorata. Las he presenciado y he recibido algunas también, pero llámenme tonta, esperaba un poco más de gratitud de su parte—. Por el amor de Dios, ¡parece que apenas puro aterrizar el helicóptero!

O sea, aquí estoy dándolo todo y más para asegurarme de que sus necesidades comerciales estén bien cuidadas. Probablemente acabo de cancelar mi propio Día de acción de gracias porque quién sabe si siquiera podré volver volando mañana y por dios, el vuelo realmente me asustó. Pensé que me pondría una estrella dorada en la chaqueta o algo, no el típico maltrato de Brick.

—Lo sé, y John dice que tendremos que pasar la noche porque la tormenta es demasiado fuerte como para volar de regreso.

—¿Pasar la noche? —Su labio superior se curva por el horror—. No puedes pasar la noche aquí.

Me voy hacia atrás. Algo acerca de esto me retrotrae al primer año de la secundaria. A la expresión horrorizada de Rebecca Whaling cuando la invité a estudiar a casa y descubrió dónde vivía.

Como si Blackthroat no pudiera creer que tenga que soportar que la ayuda se quede en su hermosa casa señorial.

De repente no puedo respirar, pero no lo muestro. Levanto el mentón.

—Estoy segura de que hay un sofá o una bolsa de dormir en algún sitio. No tenemos que unirnos a sus *celebraciones* o nada por el estilo, —le digo de mala manera.

—Haré lugar, —dice una mujer mayor a la que no había notado hasta el momento.

—No en la sala principal, —gruñe Brick—. Ponla en el ala este. Lejos de la familia.

Mi estómago se retuerce aún más. Dios. Nunca antes me ha hecho sentir tan inferior.

Me arden los ojos. Qué idiota.

John, el piloto, entra en ese momento, quitándose la nieve de las botas y mirando la enorme mansión con apreciación, como si nunca antes hubiera entrado aunque vuele aquí todos los fines de semana.

—¿Volaste hasta aquí con este clima? —Demanda saber Blackthroat.

—No quería hacerlo, pero ella me dijo que se enojaría como nunca si no lo hacía. Me prometió un bono y todo. Pero tendremos que refugiarnos aquí por la noche. No hay forma de que pueda llevar el ave de regreso con este clima. Apenas pude lograr que aterrizáramos de forma segura.

—Lo noté, —gruñe Blackthroat. Sus ojos lucen extraños en esta luz. Casi dorados.

—No es para enojarlo aún más, pero tengo quince minutos para que firme este formulario y pueda enviarlo.

—¿Por qué no sólo lo firmaste por mí? —Explota Blackthroat.

Odio que todos sigan parados aquí mirando cómo me maltrata mi jefe como si fuera un deporte con espectadores.

—Porque requiere su número de seguridad social para ingresar y Genevieve de RH es más cerrada que una caja fuerte cuando se trata de proveer información personal sobre usted o su equipo.

Blackthroat emite un gruñido bajo y me saca la portátil, golpea las teclas con bronca mientras recorre la página y completa el papeleo. Cierra la tapa de un golpe y me la arroja.

—Listo. Está hecho. —Me mira con furia—. No sé qué harás aquí hasta que mejore el clima. No puedes unirtenos.

Contengo el «Guau» que está en mis labios porque no quiero que parezca que esperaba unirme a ellos. En vez de eso enderezo la

columna. —Me mantendré alejada de usted hasta que sea seguro volar. De nada, por cierto. Por asegurarme de que no perdiera el trato.

—Les mostraré a ambos el ala este, —interviene de forma educada la mujer mayor, permitiéndome la salida que con tanta desesperación necesitaba.

Arrojo mi cabello corto hacia atrás mientras llevo la portátil hacia mi pecho como una estudiante de secundario que lleva sus libros y la sigo por el pasillo hasta irme.

Me arden los ojos mientras camino. Es la primera vez que Blackthroat me hace querer llorar. En parte me enorgullecía no dejar que sus caprichos me afectaran, pero algo acerca de este lo logró. En MoonBase, no me molesta ser una extraña. Claro, soy una extraña; Wall Street no es mi mundo. Acepté el trabajo para servir como observadora. ¿Pero aquí en la residencia de campo de Blackthroat? Aquí parece ser más personal.

Y la sensación es una familiar, incapacitante. Esa en la que sé que sin importar lo inteligente que sea o lo duro que trabaje, nunca me compararé con alguien de sangre azul. Los niños ricos con linaje y fondos fiduciarios y el supuesto de que desde el día que nacen en algún momento serán los jefes de todos los que trabajen con ellos.

Ella le muestra su habitación a John y luego me lleva a la mía, donde me da una toalla y una de mano para el baño.

—Veré si Ruby tiene ropa que puedas tomar prestada mientras estás aquí. Es probable que las dos sean del mismo talle. La cocina está de camino de regreso al ala principal a tu izquierda. Puedes entrar en cualquier momento y te prepararé algo para comer, ¿de acuerdo? Mi nombre es Liz si necesitas algo.

—Gracias, Liz. Soy Madi. La asistente del sr. Blackthroat. —Escucho que mi voz titubea un poco y me odio a mí misma, y a él,

por eso.

—Sí, eso intuí. —Ella me mira pensativa—. Volar hasta aquí fue peligroso.

Me marchito aún más con esa observación, pero se apura en agregar,

—Fuiste más allá de tus obligaciones. Es evidente que eres muy dedicada.

Inhalo and me encojo de hombros porque, ¿para ser sincera? Creo que he tenido suficiente. No me gusta cómo me siento ahora mismo y no estoy segura de que vaya a recuperarme.

Hasta ahora, este trabajo ha sido entretenido, pero acaba de perder gran parte de su esplendor para mí. Además, la matrícula de Brayden ahora ha sido saldada.

Pero es probable que sólo esté hambrienta y cansada. No debería tomar ninguna decisión en este estado.

—Gracias, —le respondo, entro a la habitación y cierro la puerta. Por supuesto, lo primero que hago es volver a revisar para asegurarme de que el papeleo realmente se haya enviado todo y que esté listo para ser procesado. Luego llamo al agente de Blackthroat para informárselo.

No soy el tipo de persona que puede hacer un trabajo que no sea perfecto. Incluso si renuncio mañana, necesito saber que esto se terminará con un moño.

Escucho unos ruidos de que llaman ligeramente a la puerta cuando termino la llamada y encuentro a Ruby en la puerta con los brazos llenos de ropa.

—Ey, escuché que quedaste varada aquí por el fin de semana. —Con un sólo brazo, ella me da un abrazo que no sabía que necesitaba con desesperación—. Te traje algo de ropa. —Entra y pone la pila de ropa prolijamente doblada sobre la cama.

—No es por el fin de semana. Me iré mañana si mejora el clima. Mi madre ya enloquecerá de por sí por no poder ir esta noche a ayudar a hornear las tartas —Hago una mueca y me doy cuenta de que tengo que hacer otra llamada.

—Bueno, lo lamento, pero eres más que bienvenida a quedarte aquí.

Estoy demasiado irritable y ofendida con Blackthroat como para esconder la ceja que se levanta.

—No creo que tu hermano sienta lo mismo. Me envió a los aposentos de los sirvientes y parece ser que no debo mostrar la cara en su ala.

Ups. Probablemente no debí haberme descargado. Si ella me dice que aquí pertenezco, literalmente me iré caminando a casa ahora mismo en medio de la tormenta de nieve.

Pero Ruby niega con la cabeza.

—No, no es así. Estos no son los aposentos de los sirvientes. Sólo está enojado conmigo y tú fuiste la que soportó su descargo. Necesita algo de espacio para calmarse. No lo tomes personal.

—No suelo hacerlo, pero supongo que esta vez me afectó.

—Eso es porque literalmente estás atrapada en nuestra propiedad sin lugar adónde ir. —Su mirada empática sólo empeora las cosas—. En serio, pero si quieres sólo quedarte encerrada y evitar a Brick por el resto de tu estadía, este lugar es lo suficientemente grande para que ni siquiera tengas que volver a verlo.

Mmm. Ahora tengo la sensación de que ella también intenta que me quede en los aposentos de los sirvientes.

La calidez que despertó se apaga y me siento fría otra vez.

—Sí, creo que probablemente haga eso.

Ella va hacia la puerta y escucha la resolución en tono.

—Bueno, avísame si necesitas algo. O habla con Liz o Dane, ellos son los cuidadores.

—Lo haré. Gracias, Ruby. —Cierro la puerta detrás de ella y me inclino contra ella; tengo el estómago cerrado en el plexo solar.

Agh.

No me gusta cómo se siente esto. Ahora... Sí quiero irme a casa y no sólo porque sea el Día de acción de gracias y mi mamá me extrañará.

Porque de repente me siento incómoda y fuera de lugar y tan pequeña y bienvenida como un pequeño roedor.

Me tiro en la cama y me tapo los ojos con los brazos para que no me dé la luz. Desearía que ya fuera hora de irme a la cama, y poder sólo pasar todo este mal rato durmiendo.

Capítulo veintisiete

B^{*rick*} —¿Estás bien? —Vance me pasa una cerveza y se pasa a mi lado.

Estoy en el gran ventanal mirando la oscuridad que crea la luz de la nieve blanca que sigue cayendo con fuerza.

Cené solo y luego me encerré con los cachorros por un par de horas para intentar contener mi furia. Me aseguré con Liz de que Madison hubiera comido. Ella me dijo que así fue y que Ruby le había llevado ropa.

No puedo creer que Madison apareciera aquí en mi helicóptero en una tormenta de nieve. Quiero romperle ese delicado cuello humano por eso.

No, quiero pegarle en ese jugoso trasero como lo hice en la sala de conferencias hace unas semanas. Y terminar el castigo de la misma forma gloriosa.

Y ese puede ser el problema más grande de todos.

No el hecho de que mi madre, quien preferiría que siguiera muerta para mí, esté aquí. No el hecho de que me gustaría asesinar a mi piloto por poner en riesgo a la única asistente que he soportado.

No, tiene más que ver con que no sé cómo pasaré la noche con ese delicioso aroma penetrando toda esa cabaña. Por eso le pedí a Liz que la pusiera lo más lejos de mi habitación como fuera posible.

—*No*. —Responde Vance con un gruñido.

—Claro. Qué pregunta boba. Tenemos a dos humanos en la casa para presenciar el drama familiar más épico de transformistas.

Me froto la frente.

—No habrá nada para ver. —*Será mejor que no lo haya*—. Y espero que se hayan ido por la mañana.

Incluso mientras lo digo, sé que es imposible. La tormenta no muestra signos de detenerse, y si hay siquiera un poco de peligro para Madison, no dejaré que Acker la suba a esa ave.

—Pregunta. ¿Estás más enojado de que se puso en peligro para llegar aquí o de que todos tengamos que fingir ser humanos este fin de semana?

Odio que Vance me entienda tanto. No respondo, lo que, por supuesto, se vuelve una confirmación de que es la primera opción. Que estoy mucho más apegado a mi asistente de lo que debería.

—Fuiste un imbécil, —me dice con suavidad.

Me giro para mirarlo, sorprendido por el cambio de dirección.

—¿Qué hay de nuevo?

—O sea, esta vez la molestó. No suele hacerlo.

La incomodidad traspasa a mi ya alterado sistema nervioso. Pero preocuparme por su estado emocional no es mi trabajo.

—Es una chica grande, —le digo de mala manera—. Lidiará con eso.

Bien merecido lo tiene por asustarme de esa manera.

Pero ahora que Vance lo ha planteado, la incomodidad empieza a crecer.

Pero es tarde. Ya no hay nada que hacer esta noche, de todos modos. Lo último que necesito es llamar a la puerta de la habitación de esa chica después de hora.

La luna está casi llena. Dudo poder contenerme.

Y mierda, ahora la estoy imaginando en la cama. Me pregunto que lleva puesto. Ni siquiera tenía ropa con ella. ¿Eso quiere decir que está durmiendo desnuda? ¿Con una tanguita negra sensual?

Mi miembro crece y aprieta mis caquis y me giro hacia la ventana para esconderlo.

Vance entiende la señal y me deja a solas con mi miseria.

Miro fijo hacia afuera a la nieve que gira y algo en mí se quiebra. No puedo hacerlo más, seguir con esta vida dividida. Viviendo en un mundo humano con presiones desde todos lados.

Liderando a la manada.

Dirigiendo el negocio.

Luchando con los Adalwulfs.

Sabiendo qué hacer con mi madre.

Mierda. Mis problemas no son nada a comparación de cómo se debe haber sentido mi padre con que el destino lo uniera a una mujer que literalmente destruiría su vida y la terminaría.

De forma inexplicable, mis pensamientos vuelven a mi hermosa asistente inteligente.

Maldición.

Voló hasta aquí el día antes de Acción de gracias para asegurarse de que no perdiera el acuerdo. Es una en un millón; no, una en un billón. Una catarata de gratitud, las gracias que debería haber expresado cuando llegó, brota de mi interior.

¿Cómo sería la vida si simplemente fuera humano? ¿Podría casarme con una chica así?

La idea me levanta las comisuras de la boca. La fantasía de tener una vida tan simple. De sólo ser un jefe billonario que lo hace con su secretaria atrevida y ardiente.

Me gusta esa fantasía.

Qué mal que no pueda ser mía.

No hay lugar para la frivolidad en este mundo. No puedo tener a la asistente administrativa. Tengo que aparearme con una descendiente alfa. Una loba con linaje que mantenga pura la sangre. De preferencia una que el destino escoja para mantenerme alejado de la locura de la luna, aunque nadie en mi familia sucumbió ante eso. La voluntad Blackthroat es fuerte o eso solía decir mi abuela.

Un despertar de recelo me hace volver a pensar en Madison.

Pero eso es una locura.

El destino nunca elegiría a una humana para un lobo alfa.

Eso simplemente no sucede.

Capítulo veintiocho

M^{adi} Me despierto sintiéndome tan emocionalmente vulnerable como estaba cuando me fui a dormir. Estoy en un lugar extraño en los aposentos de los sirvientes, con una enorme resaca de rechazo y sintiéndome realmente sola. Me dicho y me pongo un par de calzas calientes y un suéter de Ruby; luego salgo y le toco la puerta al piloto para preguntarle a qué hora podemos irnos.

—No iremos a ningún sitio. —John Acker es un hombre alto y se impone sobre mí con una mirada fulminante que haría que alguien inferior temblara—. Llama a tu familia y diles que no llegarás a casa para Acción de gracias.

Me quedo mirándolo sorprendida.

—¿El clima sigue estando tan mal? —Mi cerebro tarda en procesar la información esta mañana.

—El clima es una mierda total. Dudo si siquiera podremos salir de aquí mañana. Y sí, te culpo por arruinar mi Día de acción de gracias con mi familia.

Hago una mueca. Supongo que me lo merezco.

—Lo siento.

—Sí, yo también. —Me cierra la puerta en la cara y trago con fuerza.

Maldita sea.

Vuelvo a mi habitación para llamar a mi mamá y darle las noticias de mierda. Luego le envío un mensaje a Aubrey.

Ella me llama de inmediato.

—¿Qué pasó? ¿Qué sucede?

—Nada, —respondo sin entusiasmo—. Acabo de quedarme atrapada por la nieve y no hay forma de salir de aquí durante la tormenta.

—¿Entonces estás atrapada en la nieve con tu sensual jefe billonario? —Ella llena su pregunta de todo tipo de insinuaciones.

—Lo detesto, —digo.

—Espera, ¿qué? —Aubrey se pone serie de repente, y finalmente entiende mi mal humor—. ¿Qué pasó?

—Me esforcé por asegurarme de que no perdiera su acuerdo de propiedad en el que ha estado trabajando por meses, y totalmente me gritó y luego actuó como si soportar que me quedara una noche fuera un gran problema. Le dijo a la ama de casa que me pusiera en los aposentos de los sirvientes.

—¿Qué? —ella se queda sin aire por la indignación.

—Bien, quizás no en los aposentos de los sirvientes, pero así es ciertamente cómo se siente y me apegaré a esa narrativa. —Me envuelvo en mi ira como una bufanda caliente que evita que me hunda en la lástima por mí misma que me ha amenazado desde que llegué.

—Bien, ¿qué te hace pensar que son los aposentos de los sirvientes? —Pregunta Aubrey, usando su voz práctica.

Intento recordar qué es lo que dijo. Cuando lo hago, una nueva puñalada de dolor se hunde justo entre mis costillas.

—Dijo que *no sabía qué iba a hacer aquí hasta que mejorara el clima. Que no podía unirme a ellos.*

—Ay, mierda, —dice Aubrey—. Eso es frío. Es un idiota. Deberías renunciar.

Las lágrimas me hacen arder los ojos. Contengo el llanto en mi garganta.

—Sí, eso estoy pensando.

—Bueno, estoy disponible todo el día si sólo quieres quedarte en el teléfono conmigo. Seré tu cita telefónica de Acción de gracias. ¿Está bien?

—Me las arreglaré, —me froto la nariz e intento lo más que puedo no perder el control por completo—. Te llamaré más tarde si lo necesito, ¿sí?

—Bueno. Un abrazo. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Cuelgo. Tengo hambre, pero no puedo afrontar salir de mi habitación. No me gusta lo fuera de lugar que estoy ahora mismo. En vez de eso, me apoyo en la cama con almohadas y leo un libro en el lector electrónico de mi celular.

Finalmente, cuando son casi las once y muero de hambre, decido ponerme los pantalones de niña grande y buscar algo de comida. Ni bien me bajo de la cama, se abre del todo la puerta y me sorprende ver a un jefe letalmente hermoso y muy enfadado.

Blackthroat sostiene un pequeño plato con un par de facturas diferentes y una taza de lo que huele como mi favorito, un *latte* de vainilla. Su cabello oscuro está despeinado como se hubiera pasado los dedos por él y lleva un suéter y unos caquis, como anoche. A diferencia de anoche, ahora tengo un momento para apreciarlo. Su vestimenta casual no debería lucir más sensual de su típico traje porno, pero de alguna forma lo hace magníficamente. Podría ser un

gran modelo de moda varonil con esas largas piernas y hombros amplios junto con su mandíbula tallada.

Pero su expresión es agria, como si lo que viene a ofrecerme no fuera un detalle atento, sino basura olorosa. Los apoya ambos en la cómoda junto a la puerta.

Su mirada me recorre a mí y a la habitación.

—Qué forma de llamar a la puerta, —le digo como una adolescente malhumorada.

Maldición, iba a recuperar mi poder. Esto es lo que me provoca.

—Escuché que no has salido a comer. —Lo dice no como si estuviera preocupado, sino como si fuera una falla fatal de mi carácter—. No tengo ni el tiempo ni la paciencia para servirte, Madison. No sé qué has estado haciendo, pero ya que estás aquí, al menos podrías trabajar un poco.

Me voy hacia atrás, sorprendida. No pensé que pudiera ofenderme más, pero lo ha hecho.

—¿Sabe qué? —Le respondo de mala manera—. Fue suficiente. Usted gana. Renuncio. Puede quedarse con su trabajo e irse bien a la mierda, Brick Blackthroat.

—No renunciarás. —Lo dice como si lo prohibiera. Como si pudiera detenerme.

La necesidad de salir enojada y dar una gran despedida me sobrepasa. Tomo mis botas que están junto a la puerta y meto los pies en ellas; luego pongo los brazos en el abrigo.

—Tiene razón. No renunciaré. Le diré a Genevieve Small que me despidió así puedo cobrar el fondo de desempleo.

—Madison.

—Se lo diré o haré un gran escándalo sobre cómo mi jefe me dio nalgadas sobre la mesa de la sala de conferencias.

Para mi satisfacción, Blackthroat se pone pálido.

Bien.

—Sólo espera. —Se estira para tocarme, pero se controla antes de realmente tomar mi brazo.

Tomo una magdalena del plato que traje.

—Iré a calmarme afuera. Cuando regrese, me las arreglaré por mí misma en la cocina. No necesito que me traiga comida o me maltrate por no buscarla yo misma. Y no se preocupe, no tengo planes de unirme a su festejo. Sé dónde pertenezco —Salgo enojada de la habitación y me llevo la magdalena conmigo, sin importarme si dejo caer migas en todo el pasillo.

—Madison, no puedes salir, estamos en medio de una maldita tormenta de nieve. —La última palabra se pierde en los labios de Blackthroat y sus pasos pesados detrás de mí me hacen detenerme.

En frente de mí, parada en el cruce del pasillo, hay una mujer elegante de cincuenta y largos o sesenta y cortos que tiene un gran parecido con Brick y Ruby.

Pero estoy demasiado envuelta en mi propia salida dramática como para pensarlo demasiado. Paso por al lado de ella y salgo por la primera puerta que encuentro, agradecida por el frío viento que golpea contra mi rostro y por el silencio ensordecedor que trae.

* * *

Brick

—No me hables, —le advierto a mi madre. Ha estado merodeando por esta maldita cabaña intentando hablarle, pero no lo haré.

Odio que acabe de escuchar el intercambio entre Madison y yo.

Mierda, ¿escuchó la parte acerca de que le di nalgadas? Hasta yo tengo suficiente consciencia como para que eso me dé vergüenza.

Soy un pendejo. Vance tenía razón; fui muy lejos. O ella no me siguió la corriente como suele hacerlo. Y de algún modo es mil veces peor que mi madre lo presencie.

La madre que está muerta para mí.

Y ahora sólo dejo que Madison se vaya porque que apareciera mi madre me confunde.

Quizás debería dejar que se calme... no lo sé.

Reconozco que fui horrible con ella. Ella tenía razón; maltratarla por no irse a buscar su propia comida fue poco amable. También gritarle por arriesgar su vida para llegar aquí.

Culpo a mi lobo, quien por alguna razón enloqueció por saber que ella no había comido esta mañana, como si fuera su pareja que debe proveerle y estuviera evadiendo mis obligaciones. Hice un escándalo en la cocina para que se las arreglaran en prepararle su *latte* de vainilla cuando no tenían jarabe, y luego me enojé por no tener sus croissants de chocolate preferidos.

Ahora mismo, mi lobo está demente porque renunció, pero lo solucionaré.

Pedirles perdón a mis empleados no está en mi repertorio, pero por Madison lo intentaré. No hay forma de que vaya a dejar ir a esta chica.

Capítulo veintinueve

M^{*adison*}

Se siente bien estar afuera. Lejos de los confines de la casa. Lejos de Blackthroat. Excepto que pensar en él me hace arder los ojos de nuevo.

¿En serio voy a renunciar? ¿Dejaré las cosas así?

Una parte de mí no quiere hacerlo. Y sin embargo sabía cuando empecé que este día llegaría. Este trabajo nunca debió significar nada para mí. Él nunca debió significar nada para mí.

Maldito sea.

Camino fuerte sobre la nieve hasta que mis pies se enfrían dentro de mis botas y mi rostro se adormece. No sé cuánto ha pasado. Quizás treinta o cuarenta minutos. Lo suficiente para que mis pensamientos vayan completamente en círculos una y otra vez.

Luego me giro para volver.

Excepto que... mierda.

Todo está totalmente blanco. O sea, no puedo ver ni tres metros adelante de mí.

Bien, no hay problema. Seguiré mis huellas en la nieve. Me mantengo concentrada en las huellas y comienzo a ir más rápido.

Maldición, hace frío aquí afuera. O sea, mucho, muchísimo frío.

Un hecho que probablemente hubiera notado antes si no hubiera estado de tan mal humor.

Intento contener la ansiedad que me provoca el estado del clima y lo estúpida que fui en salir en estas condiciones. Volveré a la cabaña antes de que mis huellas queden cubiertas por la nieve.

Totalmente.

No hay problema.

Pero... las huellas ya se están volviendo menos notorias. Aumento la velocidad. Cuando me ataca el pánico, comienzo a trotar.

¿He mencionado que no soy para nada coordinada? Me tropiezo con algo en la nieve, ¿una raíz de árbol quizás?, y caigo de cabeza sobre mi estómago.

Esa parte hubiera estado bien. Totalmente manejable. Excepto que sigo deslizándome. Con el deslizamiento de la nieve y las condiciones de poca visibilidad, no me percaté del borde de algún tipo de barranco o quebrada y estoy cayendo, deslizando, derrapando hacia abajo.

No es horrible; no es un acantilado. Quizás sean unos cinco metros. Me levanto de la nieve y me limpio. Parece ser que nada está roto. Probablemente tenga un par de moretones. Pero tengo problemas mucho mayores que los moretones. Ahora no sé cómo salir. La caída es resbaladiza, y no quiero caminar demasiado lejos de donde caí porque mis huellas, literalmente lo único que me llevará a salvo hasta la cabaña, están allí arriba.

No puedo perderlas.

¡Mierda!

Intento trepar, pero por cada paso que doy, me vuelvo a deslizar hacia abajo.

Ay, mierda, mierda, mierda.

Bueno, mantén la calma. Sólo tendré que irme caminando. Seguiré la misma dirección a la que se dirigían las huellas y quizás si tenga suerte, las vuelva a encontrar y pueda salir.

Ay, diosito mío.

Esto es malo.

Toco mis pantalones para buscar mi teléfono, pero por supuesto que recuerdo exactamente dónde lo dejé. Sobre la cómoda del dormitorio. Estaba tan decidida a hacer una salida impactante, que no lo tomé.

¡Estúpida, estúpida, estúpida!

No me gusta admitir que tengo miedo, pero estoy bajando rápidamente por ese camino. Me obligo a respirar más lento y recuerdo la magdalena que me guardé en el bolsillo cuando salí. La saco y me detengo para darle un par de mordiscos. Necesito subir mi nivel de azúcar para poder pensar.

Debe haber algo que pueda hacer para sacarme de esta situación.

Tiene que haber algo.

* * *

Brick

Mierda.

Le doy una hora a Madison y luego regreso a la habitación para intentar hablar las cosas. Le debo una disculpa. Puedo arreglar esto.

Pero ella no está allí.

Ni bien me doy cuenta de que todo sigue igual a cómo lo dejamos, el café frío sobre la cómoda, sus botas y abrigo no están, entro en pánico.

Corro hacia la cocina y encuentro a Liz en medio de la preparación del festín de esta noche.

—¿Dónde está Madison? ¿Entró en algún momento?

Liz echa un vistazo.

—¿Salió?

—¡Dane! —Ahora estoy gritando y corriendo por los pasillos.

Aparece el viejo cuidador, sus cejas tupidas hacia abajo.

—Madison. ¿Dónde está?

Su cuerpo se tensa por mi urgencia.

—No lo sé. No la he visto en todo el día.

Corro por la cabaña gritando por Madison, aunque ya sé que no está aquí.

Mierda, mierda, mierda.

Mi voz hace salir a todos, incluso a mi madre. La ignoro.

—Madison está afuera en la tormenta de nieve. Necesito que todos salgan ahora.

John, el piloto humano, también está allí y tengo suficientes neuronas como para hacerle señas de que no lo haga a él.

—Tú quédate aquí por si regresa. Llama a mi celular. Ustedes también, —les digo a Liz y a mi madre.

El resto corremos por la entrada y comenzamos a desvestirnos.

—Espera. —Eagle toma mi hombro.

Volteo y mi gruñido hace temblar la habitación. Todos se quedan helados por el rugido alfa. Para cuando me he recuperado, me doy cuenta de que he mostrado demasiado. Lo he mostrado todo. Mis ojos de lobo deben estar visibles.

Eagle insiste en ese tono bajo y persuasivo que tiene.

—Brick. Espera. Toma la moto de nieve. No le sirves en forma de lobo. Aullaremos cuando la encontremos.

Odio esto. Odio la maldita idea, pero sé que tiene razón.

Mi necesidad de transformarme y correr y olfatear a mi pareja...

¡Mierda! ¡No es mi pareja! No sé por qué pensé eso. Excepto por el hecho de que mi lobo ahora esté saliendo a la superficie significa que esto es más que un amorío de oficina.

Mucho más.

Mi necesidad de transformarme y correr es tan fuerte que apenas puedo contenerme. Pero la solución de Eagle tiene lógica. Vuelvo a ponerme la ropa, agrego un par de botas, una chaqueta, guantes y un gorro y corro hacia el cobertizo donde guardamos los juguetes de nieve.

Saco una moto de nieve y miro alrededor. Adonde sea que mire todo es blanco puro.

Madison tiene que estar perdida. Sería imposible encontrar el camino con este clima. También será bastante difícil encontrarla, hasta en forma de lobo. La nieve y el viento cubrirán y se llevarán su aroma. Incluso es difícil seguir el sonido con el viento que golpea con tanto ímpetu.

Quiero golpearme mi propia cara por hacerla enojar tanto como para salir con esta tormenta. Por hacerla renunciar.

¿Qué carajos me sucede?

Soy un monstruo. Me enorgullezco de tratar a mis empleados de forma horrible y ahora puedo haber perdido... mierda.

Más de lo que previamente me atreví a admitir.

He estado minimizando lo que significa Madison para mí, pero ahora, ante la posibilidad de perderla, me doy cuenta de lo tonto que he sido.

Es perfecta. La necesito.

Y por alguna razón, mi lobo parece creer que me pertenece.

—¡Madison! —Le grito al viento y luego me detengo a escuchar. Desearía tener fuegos artificiales o bengalas. Cosas que los lobos no

tenemos porque no las necesitamos.

No arranco la moto de nieve. Tengo que poder escuchar la canción del lobo cuando llegue.

—¡Madison! —Me paro y grito, una y otra vez, rezando que a mis palabras las lleve el viento y encuentren el camino hasta ella.

* * *

Madison

Creo que me está dando hipotermia. He estado afuera por tanto tiempo que hasta mi cerebro está entumecido. Tengo los dedos en puños dentro de mis guantes y cada tanto me saco uno y lo pongo debajo de mi axila para calentarlo y que no se congele. Probablemente ya se me hayan congelado los dedos de los pies.

Creo que alucino porque me parece que puedo escuchar que gritan mi nombre.

¿Quizás sea Blackthroat buscándome?

Intento seguir el sonido de su voz, pero parece moverse, lo que me hace pensar que sólo son alucinaciones de la hipotermia. Pero por si no lo son, decido que una mejor estrategia sería hacer ruido por mi cuenta.

—¿Hola? ¡Ayuda! —Grito una y otra vez hasta que me canso.

El viento es muy fuerte como para gritar más. Necesito hacer más ruido que eso.

Me vuelvo a tropezar y caigo sobre mis manos y pies. Estoy cara a cara frente a un palo grande. Lo levanto. Esto podría funcionar. Encuentro un árbol y empiezo a golpearlo con el palo. No es más fuerte que mi voz, pero espero que el sonido rítmico sea una señal para alguien que me esté buscando. Golpeo el árbol una y otra vez

hasta que se me cansan los brazos. Es difícil siquiera que mis dedos congelados puedan seguir sosteniéndolo.

Luego escucho algo.

No es el sonido bienvenido de una voz humana. No es que digan mi nombre.

No, es el ladrido y aullido de lobos. El sonido de una muerte celebrada.

Contengo el llanto. He estado intentando atraer la atención de alguien. Olvidé que podría atraer la de algo que no fuera humano.

El sonido del lobo, los gritos se vuelven más fuertes, y luego cuando ya no pueden estar a más de un par de metros, hacen silencio.

Ay, Dios.

No estaban celebrando una matanza; están buscando una. *A mí.*

Giro en un círculo lento y levanto el palo en frente de mí como una espada.

Algo se mueve en las ráfagas blancas. Una enorme sombra fantasmagórica, como un barco que pasa por la neblina.

La forma ensombrecida en la nieve era más grande de cualquier cosa que quisiera conocer, sola e indefensa aquí afuera en el frío. Me siento como alguien en kayak en el océano que mira hacia abajo y ve una sombra gigante con forma de tiburón acechando debajo de ella.

Una forma oscura sale disparada de atrás de un árbol. Luego otra y otra.

Tomo el palo y me agacho en la nieve, intentando esconderme de las criaturas gigantes a las que he llamado del bosque. Una manada de lobos gigantes que me miran como si fuera sesenta kilos de carne fresca. La cena.

Cuatro, no, cinco (oh por Dios), seis lobos me rodean, todos sentados sobre sus patas traseras, con los hocicos aullando hacia el cielo.

¿A cuántos más pueden estar llamando?

Queda claro que soy su cena de Acción de gracias.

Dejo salir un gimoteo. Quizás sea un llanto seco.

Nunca pensé que moriría así. Perdida en una tormenta de nieve y luego comida por los lobos.

Es horrible. Mi madre nunca lo superará.

Hasta es probable que Blackthroat se sienta mal.

Presiono la espalda contra el árbol y respiro con llantos-gimoteos, mirando a los lobos para ver cuál atacará.

Capítulo treinta

M^{*adison*} Uno de los lobos se acerca. Es oscuro con unas manchas negras alrededor de los ojos y una raya negra que va desde el mentón bajando por el centro de su garganta hacia su pecho. Grito cuando se acerca, rodeando el árbol, pero frena y se sienta en el lugar en donde estaba parada y se une a los aullidos.

Ay, por Dios, ¿cuánto durará esto?

Y luego escucho el sonido de un motor. Me toma un minuto, estoy tan helada y lenta ahora mismo, darme cuenta de que es causa de celebración.

Antes de pensar en pedir ayuda, una brillante moto de nieve negra literalmente viene volando hacia mí, rebotando sobre un tronco caído y flotando en el aire por más de un metro antes de aterrizar y doblar para frenar justo delante de mí. Blackthroat se baja y los lobos se separan y corren.

Nadie podría ganarle a esa entrada.

Él viene volando hacia mí, me toma en sus brazos y me lleva a la moto de nieve.

—Madison. Mierda.

No digo nada. De hecho, no me siento muy capaz de hablar. No después de casi morir de hipotermia y ser comida por lobos. Sospecho que estoy en estado de shock porque no siento absolutamente nada. Ni alegría de ser encontrada. Ni gratitud. Es como si mis emociones también se hubieran entumecido.

Él me apoya en el asiento de la moto de nieve y luego se sube delante de mí. Toma mis muñecas y envuelve mis brazos alrededor de su cintura, sosteniéndolos allí con una mano mientras usa la otra para acelerar su moto de nieve.

Nos movemos hacia adelante y sale a la misma velocidad que llegó. Gira varias veces para mirar mi rostro.

Nunca antes lo he visto preocupado, pero me doy cuenta de que lo está. Frenéticamente preocupado.

Debo lucir terrible.

El viaje es irregular y rápido. No tengo sentido del tiempo, pero se sienten como diez minutos de regreso a la cabaña.

Blackthroat estaciona frente a la puerta trasera y deja la moto de nieve allí, bajándose y tomándose de nuevo entre sus brazos.

—Madison, ¿estás bien? Háblame.

No digo nada. No es que elija ignorarlo, sino que parezco haber perdido la habilidad de responder con esos lobos que me cazaban.

—Di algo. ¿Madison?

Escucho miedo real en su voz, así que obligo a mis labios entumecidos a moverse.

—Vete a la mierda.

No es la respuesta más linda para un tipo que acaba de rescatarme, pero se la merece.

Los hombros de Blackthroat se mueven con alivio, como si fuera lo mejor que me ha oído decir. Camina rápido hacia la casa, abriendo la puerta de una patada.

Liz está allí y la mujer que luce como su madre. Y también otros. Sus amigos, su hermana, quizás.

—Rápido, ¿qué hacemos? —Pregunta Blackthroat—. Probablemente se haya congelado las extremidades y tenga hipotermia.

—Estoy googleando, —Ruby se lanza sobre un teléfono.

No se detiene a sacarse la ropa nevada, sólo me lleva por el pasillo hacia una gran habitación donde hay dos fuegos encendidos. Toda la multitud nos sigue.

—Quizás ponerla en un baño caliente, —sugiera alguien.

Blackthroat toma otra dirección, de regreso hacia mi habitación.

—No, un baño no. —Ruby corre detrás de nosotros leyendo desde su celular—. Dice que puede causar quemaduras. Tienes que tener mucho cuidado, dice. Quítale la ropa mojada y ponla debajo de frazadas. Dale líquidos calientes.

—Traeré algo caliente para que beba. —Liz se aleja.

—Buscaré frazadas, —agrega el viejo.

Llegamos a mi habitación y Brick abre la puerta de una patada y me pone de pie. Me desabrocha el abrigo y con cuidado me quita los guantes de las manos, sosteniendo cada una entre sus grandes y cálidas manos.

Los hombres se quedan detrás y desaparecen, dándome algo de privacidad, pero Ruby y la mujer que debe ser su madre se quedan. Ella gentilmente me quita la bufanda, luego me ayuda a sacarme el suéter.

—Una vez leí sobre esto, —dice—. La mejor forma de calentarla es con tu calor corporal. Tú también tienes que quitarte la ropa y meterte debajo de las frazadas con ella.

—Creo que también escuché eso, —agrega Ruby. Comparte una mirada con su madre.

Ella y Brick se agachan a quitarme las botas mientras su madre me sostiene.

—Sus calcetines están empapados, —dice Ruby con desazón.

Su madre me desabrocha el sostén. Probablemente debería sentirse incómodo, pero no puedo lograr que me importe que totales desconocidas vean mis pechos.

—Ha-había lobos allí afuera. —Finalmente recupero la voz.

La mujer mayor me sostiene la mirada. Ella toma mi mano en las suyas, sosteniéndola entre su calor como había hecho Brick. Unos pinchazos calientes me hacen gritar y quitarla.

—¿Estás herida, corazón?

Brick me quita las calzas mojadas de lana con delicadeza.

—Tiene moretones, —gruñe enojado.

—Lobos, —repito susurrando. Me parece extraño que a nadie lo sorprenda que haya una manada de lobos en la propiedad y que hubieran estado a punto de comerme.

—Estás en shock, —dice la mujer mayor.

Como para probarlo, mi cuerpo comienza a temblar de forma descontrolada. Parece una reacción tardía, ya que ahora estoy adentro. Es como si mi cuerpo hubiera estado demasiado congelado antes como para siquiera temblar.

—Las frazadas están aquí en el pasillo, —llama una voz masculina ronca desde el otro lado de la puerta.

—Gracias, Dane. —Ruby abre un poco la puerta para buscarlas.

Hay un ligero llamado a la puerta, y Liz entra apresurada con una bandeja.

—Chocolate caliente. Y sopa de caldo de pollo. Probablemente esté muerta de hambre. —Noto que evita mirarme. Debe ser porque estoy casi desnuda a esta altura—. Y aquí hay té caliente si no le

gusta el chocolate. Ella apoya la bandeja sobre la mesita de luz y desaparece rápidamente.

—Métela en la cama, —la madre de Brick mueve las frazadas.

Tiemblo en mis bragas, mis dientes castañean, mi cuerpo se sacude. Me queman los globos oculares por el calor, como si ellos también hubieran estado congelados allí afuera. Blackthroat me levanta suavemente y me leva los dos pasos hasta la cama antes de colocarme con cuidado en el medio.

—Déjennos, —ordena, como si su madre y su hermana fueran sirvientes, no su familia.

Ni bien se van, él se queda en bóxeres y se mete detrás de mí. Blackthroat acomoda su cuerpo contra el mío y mete mis pies entre los suyos más grandes, y con suavidad pero frenéticamente mueve su palma sobre mi piel fría.

—Estás tan fría, —se lamenta—. Mierda, Madison.

Tiemblo de forma violenta contra él. Definitivamente es el shock.

—Madison, —dice con voz suave y arrepentimiento—. Madi, Madi, Madi.

Me gusta que alguna vez use el nombre que prefiero. Su mano sigue recorriendo con suavidad todos los lugares que puede alcanzar, hacia abajo y arriba de mis muslos, sobre mi barriga, por el costado. Deja las frazadas por debajo de mi mentón y las pone cerca de mí, luego me toca el brazo, mi mejilla fría. Pone su mano y cubre mi nariz para calentar la punta.

Respira con calma contra mi oreja, como si le estuviera dando su respiración para calentarla. Su mano sigue moviéndose sobre mi piel, derritiendo todas las partes congeladas de mí. Baja por mi brazo, sube por mi costado, sobre mi barriga, bajando por mi muslo. Cuando me acaricia alrededor del pecho, siento que su miembro se

endurece donde mi trasero presiona contra su regazo. Se mueve hacia atrás para que no pueda sentirlo y extraño el contacto.

—Háblame, Ventanas. Es difícil saber si estás allí. Dime otra vez que me vaya a la mierda.

—Vete a la mierda.

Suspira.

—Lo siento, Madison. Márcalo en tu calendario y ten un trofeo para poner en tu mantel porque no me suelo disculpar. —Su voz grave es sarcástica. Me gusta escucharlo humillado alguna vez. Es cruel, pero me encanta que parezca preocupado por mí—. Te has ganado una buena disculpa.

No respondo, pero sus palabras se hunden en mi alma congelada y descongelan mis emociones mientras el calor de su cuerpo me trae de vuelta a la vida.

—Sé que fui un completo idiota cuando llegaste aquí. Salvaste el trato de la propiedad, que fue muy importante para mí, y debería haber estado agradecido. *Estoy* agradecido. Sólo estaba sorprendido por el hecho de que volaste en la tormenta y arriesgaste tu hermoso pellejo para hacerlo. Y llegó justo al mismo tiempo en que me enteré de que Ruby había invitado a nuestra madre aquí para Acción de gracias sin consultármelo.

Eso me saca de mi letargo. Mi interés se centra en el conflicto implícito. Todavía no estoy lista para hablarle, pero escucho y espero oír más.

—Decir que no la quería aquí sería la sutileza más grande del siglo, y esa es la única razón por la que no podías pasar Acción de gracias con nosotros. Porque no quería que vieras la dinámica familiar más jodida del planeta.

Dejo de temblar un poco. O en vez de eso, hay momentos de quietud entre los temblores. No parece que pueda controlarlo sin

importar lo mucho que intente relajarme.

—Lo lamento si te hice sentir no bienvenida.

—Así fue, —murmuro, finalmente cediendo y diciendo algo más que *vete a la mierda*. Porque obviamente me estoy sintiendo muy madura. No estoy para nada enfadada.

—No quise lastimarte. —Busca el chocolate caliente de la mesita de luz y me lo lleva a los labios, sosteniendo mis hombros. Tomo un par de sorbos y el calor se desliza por mi garganta hacia mi barriga.

—¿Estos son los aposentos de los sirvientes? —Pregunta cuando apoya la taza y se vuelve a poner contra mí.

—¿Qué? —Se queja—. *No*. O sea, en realidad no. Supongo que puedo ver cómo podría entenderse así porque está más cerca de la cocina. No, estás en la otra punta del edificio porque intentaba que no fueras una maldita tentación.

Dejo completamente de temblar mientras la temperatura de sus palabras calienta mi centro.

Su respiración se vuelve más entrecortada cerca de mi oreja.

—Por favor, no renuncies, Madi, —dice suavemente.

Es extraño, pero me encuentro decepcionada. Como si estuviera esperando el discurso de «eres la indicada» en vez de «eres la mejor empleada».

Pero eso es una locura. Los billonarios como Blackthroat no se tiran a los pies de sus secretarias.

—Eres la única asistente que he podido soportar y eso no tiene nada que ver con lo mucho que quiero meterme en tus bragas. Es porque eres la mejor.

Ralentiza el ritmo de sus caricias, y se vuelven mucho más sensuales. Mi corazón se acelera y responde al cambio de energía entre nosotros. Claramente su mención de meterse en mis bragas nos hace pensar en eso a ambos. Su palma recorre mi costado y se

acomoda en mi pecho, donde toca ligeramente el pezón con su pulgar. Se pone duro bajo sus caricias y siento el golpe de respuesta entre mis piernas.

—¿Madi? —La voz aterciopelada de Blackthroat es tentación pura. —¿Puedo calentarte con mi lengua?

Me encanta la manera en la que pide consentimiento. Asiento con la cabeza.

Su mano toma mi pecho con más fuerza.

—Dilo, —murmura contra mi sien.

—Sí.

* * *

Brick

Mi necesidad de darle placer a una mujer nunca ha sido tan fuerte. Eso no es como nuestra primera vez desesperados sobre la mesa de conferencias.

No, esta vez, no espero descargarme. Sólo encargarme de sus necesidades. Complacerla. Ella merece sentir el placer en la punta de la lengua. Lo merece todo.

Ni bien me da su consentimiento, la pongo boca arriba. Mira para otro lado, sigue estando demasiado enojada o herida como para mirarme a los ojos y no la fuerzo. Dejo besitos entre sus pechos, bajando más para cubrir de besos su barriga suave.

Aprecio su aroma a nuez moscada y naranjas. Esta vez está mezclada con el aroma al aire libre: nieve y pino y algo de miedo residual.

Mierda, desearía poder volver el tiempo atrás y solucionar todo. Evitar herir sus sentimientos y traumatizarla por casi morir allí en la tormenta de nieve.

Muevo mi lengua alrededor de la parte interna de su ombligo y ella se estremece. Sigo bajando, de a poco le abro las piernas con las manos y beso cada muslo interno antes de dividir su carne con mi lengua.

Su aliento sale con una exhalación tiritante.

Me tomo mi tiempo. Esto no es juego previo, es el evento principal. Sólo para su placer, aunque satisfacerla también me va a satisfacer a mí en algún punto.

Sigo sus labios internos con la punta de la lengua, luego provoco su entrada. Encuentro su clítoris y me muevo alrededor hasta que sus piernas comienzan a inquietarse.

Luego tomo sus rodillas y las empujo para separarlas bien para mí. Beso y succiono con más fervor y ella comienza a gemir y a gritar. Meto un par de dedos dentro de ella y acaricio su pared interna, buscando el lugar donde el tejido se tensa e hincha bajo las puntas de mis dedos.

Madison mueve la pelvis; sus rodillas se aprietan alrededor de mis orejas. Uso mi lengua sobre su clítoris al mismo tiempo que meto y saco los dedos y ella empieza a arquear la espalda y a tirarme del cabello. Con mi otra mano, meno el pulgar entre su trasero para encontrar su ano. Ni bien lo froto, ella acaba; sus músculos internos aprietan mis dedos; sus rodillas aprietan mis orejas mientras grita con voz ronca.

Fue un orgasmo pequeño, pero considerando lo que ha pasado, creo que es suficiente. Su cuerpo necesita descanso y alimento. Utilizar el poco combustible que le queda en placer sería un error.

Me subo a su lado y acomodo mi cuerpo contra el suyo, aunque ya no se esté congelando. Ya no necesita contacto piel con piel. No me importa, se lo doy. Envuelvo su cintura con un brazo y escucho

cómo sus respiraciones se vuelven más largas mientras se cae en un sueño tranquilo.

Bien. Mi lobo está satisfecho de que duerma segura en mis brazos. Recuperándose del trauma.

* * *

—¿Sigue aquí? —pregunta cuando se despierta una hora después.

Bueno, sigue enojada conmigo. Me lo merezco.

En vez de rebajarme ante ella, me vuelvo su Gran jefe malvado. Me subo sobre ella y pongo ambas muñecas junto a su cabeza.

—No renunciarás.

Su mirada se encuentra con la mía y luego me esquivo. Pero vuelve a mi rostro. Hay una vulnerabilidad en ella que me hace doler el pecho.

—¿Qué puedo hacer para que te quedes?

Ella levanta el mentón en un ángulo obstinado.

—Invíteme a su cena de Acción de gracias.

Ahora que lo dice, me doy cuenta del aroma al pavo rostizado, junto con las notas más dulces de calabaza y tartas de manzana que llenan la habitación.

—Agh. ¿Quieres comer con mi familia desastrosa? Iba a usar el hecho de que casi moriste en una tormenta de nieve como excusa para no ir. ¿Podemos salteárnosla?

Ella analiza mi rostro. Quiero saber más acerca de los problemas con mi madre. Necesita ser incluida. Toqué un lugar sensible al hacerla sentir que no era bienvenida y dañada socialmente. ¿Lo de ponerla en los aposentos de los sirvientes? Nunca se me hubiera ocurrido que eso pensaría. Pero ahora recuerdo la historia de su padre. Él era rico y su madre no era nadie, no era lo suficientemente

buena para casarse con él. Ella debe cargar con esa herida cerca del corazón.

—Bien, —digo, aunque tenerla en la cena de Acción de gracias es lo último que quiero—. Probablemente seas la única razón por la que esto no sea un espectáculo de mierda. ¿Qué más?

—Quiero un aumento. Su voz es neutral, como si la idea la agotara en vez de emocionarla. El dinero suele afectarla, aunque creo que es un arma de doble filo. Su percepción de su propia falta fue lo que me permitió herirla tanto.

—¿Cuánto?

—El doble.

—Hecho.

No veo nada de su típica alegría por ganar una negociación y eso hace que mi pecho duela aún más. Ella se baja de la cama dándome la espalda y camina hacia el baño. Luce pequeña y tan malditamente frágil.

Mierda. Casi *muere* hoy. Pero lo peor es el efecto en su humor.

Acabar con su emoción es lo último que alguna vez he querido hacer. Necesito pensar en cómo podemos recuperarnos de esto.

En el baño, se abre la ducha.

Lo lógico sería que me fuera. Darle algo de privacidad ahora. Pero de alguna forma sé que, si me voy ahora, la perderé para siempre. Incluso todavía con su sabor en la lengua, todavía no me he ganado su corazón.

Mierda, ¿*su* corazón?

¿Cuándo fue que *quise* su corazón? Me restriego la cara con una mano. Quiero negar este apego que tengo hacia ella, pero no puedo. Todos en esta cabaña acaban de presenciar su profundidad hoy cuando me volví loco por su seguridad.

Así que me quedo. Pongo las manos detrás de mi cabeza e intento no pensar en lo gloriosa que debe lucir bajo el chorro de agua. Desnuda y mojada.

Cuando sale con una toalla que la envuelve, su mirada me percibe y juraría que está aliviada de encontrarme todavía en la cama, en vez de estar enojada.

Me incorporo en la cama.

—¿Estás herida? —Bajo las piernas a un lado y estiro los brazos, invitándola a venir hacia mí—. ¿Puedo ver?

Ella parece estar más calmada. Un poco más como ella misma aunque todavía demasiado callada. Ella se acerca y tomo sus manos para examinar sus dedos. No sé qué estoy buscando; no tengo ni idea de cómo lucen los dedos congelados de un humano, pero ella parece estar bien. Controlo sus orejas, sus dedos de los pies. Su rostro está rosa y agrietado por el viento, lo que la hace verse incluso más vivamente hermosa que nunca.

—¿Cómo te hiciste esos moretones en las canillas?

—Me caí por un barranco. Estaba siguiendo mis huellas en la nieve para regresar, pero no vi el pozo con toda esa nieve y una vez que estuve abajo, no pude lograr salir.

Maldigo en voz baja y bajo la frente junto a su esternón. Quiero abrir los extremos de la toalla y volver a adorar su cuerpo, pero sé que necesita descansar.

—¿A qué hora es la cena? —pregunta.

—Sospecho que cuando sea que lleguemos. —Me pongo de pie y me visto.

Madison se pone un vestido azul que le pertenece a Ruby.

—No. —Niego con la cabeza, observándola—. Quiero la ventana.

Pone las manos en la cadera. Estoy más aliviado de lo que me gustaría admitir cuando veo algo de diversión en sus lindos labios.

—¿Ahora *quieres* las ventanas?

Me encojo de hombros de forma casual.

—Ya estaré cenando muerto de ganas, por lo menos podría disfrutar la vista.

Esto me gana una sonrisa definitiva y estoy satisfecho cuando obedece. Como si siguiera siendo su jefe. La satisfacción me invade, mucho más dulce después de casi perderla.

Ella saca el vestido con corte de ayer y yo me acerco, sin poder resistir tocarla. Busco su cintura y deslizo las manos hacia arriba y hacia abajo. La giro hacia el otro lado y tomo uno de sus pechos desde atrás.

—Ahora que eres in-despedible, —murmuro con un gruñido grave en su oído—, lidiaré con tu insubordinación y desobediencia a *mi* manera.

—¿Cuál es esa manera? —Hay dulzura en su voz.

—Adivina.

Su respiración se entrecorta y ella se estremece, moviendo su trasero suave contra mi regazo. El aroma de su excitación hace que mi miembro salga fuerte hacia afuera contra mi cremallera.

Tomo su vagina de forma posesiva y ella se frota contra mi palma. Yo también me froto.

—Adivinaste bien, —murmuro.

Escucho cómo contiene la respiración y luego la suelta de repente. Toco su pecho con una mano mientras la otra sube por su falda para meterse entre sus bragas.

Ahí se va lo de dejarla descansar.

—Espera un castigo, —gruño. Está mojada y la punta de mi dedo se hunde sin que ni siquiera lo intente. Presiono el talón de la mano sobre su clítoris mientras arqueo el dedo hacia adentro y afuera de ella—. Volar hasta aquí y salir con una tormenta de nieve, dos veces,

es razón para que te castigue. —Se lo hago un poco más rápido con los dedos—. No podrás acabar de nuevo, —decreto—. No cuando es un castigo. Estarás tan necesitada como yo durante la cena. —Saco las manos de su cuerpo y le acomodo el vestido.

Mi hermosa asistente se quedó sin aliento, jadea. Cuando se gira para verme, sus ojos están dilatados y brillantes.

—Tengo que confesar, yo em, puede que esto no sea algo que conozca.

—Siempre estás al límite tus conocimientos conmigo, pero eso nunca te detiene, —le digo, como el bastardo creído que soy—. Pero tú das las órdenes. Lo supiste desde la primera vez que te pedí no ponerte esto. —Sigo la forma de la ventana, terminando entre sus pechos y quedándome allí.

—¿Pedir? —resopla—. No lo pidió. Me lo *ordenó*.

—Y me desobedeciste, —le respondo con una sonrisa burlona. Estoy tan aliviado de que tengamos nuestros típicos ida y vuelta que me siento cálido y generoso.

* * *

Madi

Me giro para mirar a mi jefe.

—¿Cómo me castigará? —Descanso las palmas sobre sus abdominales como lo hice el día que derramé agua sobre él, explorando sus planos gloriosos. Mi voz tiene un ronroneo sensual de gatita que no estoy segura de haber usado antes. No pienso en mí como una gatita hermosa, pero Brick me hace sentir como una. No, él me hace sentir más que como a una gatita, una diosa.

—¿Cómo te castigaré? —Levanta una ceja—. Con mi lengua y pene. —Él toma una de mis muñecas y la pone detrás de mi

espalda, usándola para ponerme contra su firme cuerpo. Con la otra mano, toma mi rostro y me saca el aliento con un beso.

Lo hace tan completamente y tan bien que casi me olvido de mi propio nombre.

—E-so parece generoso.

Me vuelve a besar, llevándome caminando hacia atrás hasta que mis piernas golpean contra la cama.

—Puede que no pienses así después de que te lo haga tan fuerte que no puedas caminar derecha.

Siento mariposas en el estómago. *Sí. Sí, por favor.* Quiero todos sus castigos. Cada. Uno. De ellos.

Atrevidamente, busco su miembro.

—Quizás debería ocuparme de esas ganas. Su miembro se engrosa, presionando contra mi palma a través de la tela de sus pantalones.

Los ojos de Brick parecen brillar.

—No dije que podías tocar. —Su voz es un gruñido grave que me recorre.

Saco la mano de inmediato, pero la vuelve a presionar.

—Puedes tocar.

Me saca el vestido por encima de la cabeza mientras sigo la forma de su miembro a través de sus pantalones. Desliza un dedo por la tira de mi sostén y lo baja por un hombro.

—Estos pechos.

—¿Qué pasa con ellos?

Baja la otra tira, de una forma igual de casual, y luego tira de las dos copas hacia abajo al mismo tiempo.

—Me provocan cada. Maldito. Día.

Mis pechos empiezan a moverse con mi respiración para él, como si estuviéramos en una novela romántica de regencia y estuviera a

punto de desmayarme porque me hablen de una forma tan atrevida.

Los toca a ambos, acariciando mis pezones con sus pulgares.

—Son perfectos, —murmura—. Sabía que lo serían y no me decepcionaste. Pero nunca lo haces, ¿verdad, Ventanas?

—Em... —Es difícil pensar cuando estamos tan cerca. Me está desvistiendo y sé lo que se viene—. Soy igual de bueno, supongo.

Sus labios se mueven hacia arriba. Me encanta absolutamente cuando sonrío porque no pasa siempre. Desabrocha la hebilla de mi sostén en mi espalda y lo deja caer al piso. No llevo zapatos porque mis botas todavía estaban empapadas de la nieve, así que no me queda nada más que las bragas.

—Agáchate, chiquita. Le daré nalgadas a ese dulce trasero que tienes.

Casi me mareo por la lujuria. Pero tengo mucho orgullo para eso.

—Y-yo no respondo a *chiquita*, —le recuerdo.

Sus ojos brillan con una intención oscura.

—Ahora lo haces.

Pone sus manos en mis caderas y me gira de a poco para mirar hacia la cama. Poniendo mi torso encima, coloca sus pulgares en la cintura de mi tanga y tira hacia abajo y por mis piernas. Cuando vuelve a subir, me besa uno de mis muslos internos, luego usa sus pulgares para separarlos y besar mi centro.

Dejo salir un gemido-suspiro ululante. Me pega en el trasero mientras lame, y yo grito. La mezcla entre dolor y placer es una combinación deliciosa que nunca hubiera probado si no hubiera sido por él. Como la primera vez que alguien me hizo probar el aderezo ranchero con papas fritas. O la sal marina con chocolate.

Sigue bañándome con su lengua mientras me da nalgadas, añadiendo su pulgar sobre mi clítoris en la mezcla para volverme absolutamente loca. En poco tiempo estoy retorciéndome, mis

caderas se mueven, mis piernas tiemblan. Estoy desesperada por sentir más que su lengua entre mis piernas.

—Por favor. Brick, —ruego.

—¿Qué necesitas, niña dulce?

¿*Niña dulce*? Estoy desconcertada por su afecto esta noche.

También me estoy muriendo aquí.

—T-te necesito a ti.

—Ahora sabes cómo me siento cada vez que te pones eso vestidos calienta vergas.

—Lo siento.

Me olvido de plantarme. Estoy demasiado desesperada porque me lleve al orgasmo que mi cuerpo persigue. Me da una nalgada en el trasero una vez más y se para.

—¿Quieres que alivie ese dolor que cree, pequeña?

Ahí está de nuevo con ese *pequeña* otra vez. Pero estoy muy vulnerable como para siquiera protestar.

—Sí.

Escucho cómo abre el envoltorio de un preservativo.

—Estoy usando protección, —me avisa, como para darme seguridad. Valoro la cortesía.

Arrastra la cabeza de su miembro cubierto por mis flujos y gimo por la sensación. La dureza aterciopelada que anhelo ahí. Arqueo la espalda y empujo la cadera hacia atrás para que se encuentre con la suya.

—Ah, te lo daré, Ventanas. —Entra con facilidad.

Me quedo sin aliento por el estiramiento y la dulzura.

Él toma mi cadera con una mano.

—Te lo haré fuerte. Esto es un castigo, ¿lo recuerdas?

¡Dios, sí! Contengo un gritito de emoción cuando empuja hasta el fondo. A pesar de sus palabras, está yendo lento, dándome tiempo

de tomarlo del todo antes de empezar a moverse con ganas.

Cuando lo hace, estoy extasiada. Los golpes rítmicos me satisfacen al principio y luego me enloqueces mientras mi necesidad aumenta. Brick sale y me da vuelta, levantando una de mis rodillas sobre su brazo para abrirme bien. Estoy sentada en el borde de la cama y él está parado sobre mí para que cuando alinee su miembro y golpee contra mí, vaya profundo.

Jadeo y me quedo sin aliento, le rasguño los muslos, los antebrazos. Me posee el pánico que llega en el momento antes de realmente acabar, cuando me aterra perder el control, pero me doy cuenta de que es demasiado tarde.

Brick debe verlo en mi cara porque me da más fuerte, sin dejar de mirarme, sus ojos brillando con un extraño truco de la luz. El contacto visual me aterra aún más. La intensidad.

Estoy completamente vulnerable con este hombre, no sólo sexualmente. No financieramente. Sino emocionalmente. Temo que lo dejaré ver mi verdadero yo y me encontrará inadecuada.

Contengo la respiración.

Mi orgasmo se apodera de mí y el pánico se vuelve placer. Se vuelve confianza y alegría. Una satisfacción plena.

—Gracias, —me encuentro diciendo antes de pensar en las palabras.

Pero *estoy* agradecida. Estoy colmada de gratitud y suavidad.

Brick se inclina hacia adelante y pone un beso inmóvil sobre mis labios una vez más. Hace contacto y espera un momento. No es superficial, es más como reconfortante. Como si hubiera visto mi miedo y no tuviera fundamentos.

Ya no será cruel conmigo. Por lo menos esta noche no.

Capítulo treinta y uno

M^{adi} Blackthroat sostiene mi mano cuando entramos a la sala de estar. Intento ignorar las locuras que eso me provoca en el interior. La emoción y las mariposas que trae. Los nervios.

Me sentí un poco asqueada conmigo misma por exigir más dinero. No lo sé, hizo que todo se sintiera más barato de una forma que no anticipé. Blackthroat acababa de mostrarme su alma, o lo más que sospecho que lograr mostrarla, y yo lo volví a llevar al mundo empleador-empleada. Como si no me acabara de salvar la vida, hubiera estado preocupado por mí y luego me hubiera hecho acabar.

Soy lo suficientemente autorreflexiva como para saber que fue un mecanismo de defensa. Mantener el juego firme en su lugar me ayuda a estar estable. Puedo ser su asistente administrativa. Soy muy buena en eso. Pero en realidad no sé cómo ser su amante. O alguien que podría importarle. De hecho, eso me aterra. Lo quiero y no lo quiero al mismo tiempo.

Porque este es un tipo que, si lo dejo entrar, realmente podría destruir mi corazón. Y no seré esa joven que fue mi mamá: a quien

la deja embarazada y sola su novio rico cuya familia no la encuentra digna.

Además... guau. ¿Le importo? Al menos lo suficiente como para que no quiera que muera en un helicóptero o tormenta de nieve. Este es un tipo que odia a casi todos, así que lo tomo como un gran cumplido, ya sea que signifique que tiene sentimientos reales y profundos por mí o sólo una atracción pasajera y no quiere que muera.

Cuando llegamos a la sala de estar, un pequeño que juega en la alfombra salta y grita,

—¡Tío Brick! —Corre, da un paso para abalanzarse desde el sofá y arroja su pequeño cuerpo en el aire, por encima de una mesa de café, en el salto volador más loco que haya visto.

Blackthroat lo atrapa y lo gira.

—Guau, amiguito. Eso fue rápido. Casi no te vi venir.

Se me estruja el corazón. Hay algo que me derrite por la sensualidad de descubrir que un alfa-idiota gruñón tenga un lado dulce con los niños.

—Ay por Dios, ¿vieron que lejos voló? —Exclamo. Porque, en serio. Nunca antes vi a un niño volar tan lejos. Juraría que acaba de lanzarse unos cinco metros. Quizás me falle la orientación espacial —. ¿Cómo es posible eso? Tienes a un superniño de sobrino.

—Madison, este es Auggie, de August. Es el hijo de Ruby y Eagle.

—Hola, Auggie. Tu tío Brick me dice Madison, pero prefiero Madi.

Los labios de Blackthroat se mueven y apoya una mano sobre mi espalda baja. Me resulta protector y reconfortante. Casi, me atrevo a decir, cariñoso.

—¿Cuántos años tienes, Auggie? —Le pregunto al niño exuberante.

—Cinco. —Me muestra cinco dedos y luego sale corriendo.

Una niña más pequeña se acerca con calzas de arcoíris y un vestido suéter de unicornio. Tiene unos grandes ojos marrones con pestañas largas y una cara de ángel. No puede tener más de tres.

—¿Rescataste a tu asistente, tío Brick? —pregunta. Tiene que ir más lento en la palabra asis-ten-te.

—Sí, lo hice. Madison, ella es mi sobrina, April.

—April y August. Ruby mantuvo una tradición temática con los nombres.

—Lo hizo. —Levanta a April, quien pone sus piernas regordetas y dulces alrededor de su cintura y me mira con un interés ávido.

—¿Tuviste miedo? —pregunta. Antes de poder contestar, ella dice,

—El tío Brick tuvo miedo, por eso gritaba.

—Mm. Me está exponiendo, —gruñe, pero me enternece hasta los dedos de los pies.

Tenía miedo por mí, ¿no?

—Perdón por gritar, A, —le dice a la niña—.

¿Debería conseguirle un trofeo también?

—Hazlo. Dos disculpas en un día, es la primera vez, eso es seguro.

Eagle se acerca con un vaso de whiskey en la mano. La madre de Brick nos mira de reojo desde el sillón donde parece que estuviera jugando con las piezas magnéticas de los niños.

—Madi, me alegra que estés bien. Nos diste un buen susto, —dice Eagle.

—Sí. Resulta que es un poco más difícil encontrar la salida de Berkshires que en la ciudad.

—¿Primera vez en Berkshires?

Me pongo tensa. Sé que sólo intenta tener una charla casual, pero para una chica de Jersey cuya madre soltera nunca ganó más

de cincuenta mil al año, la pregunta resulta inadecuada. *Por supuesto que es mi primera vez en Berkshires, amigo. No me criaron con cuna de oro como a todos ustedes.*

Blackthroat me salva de tener que responder.

—No la hagas actuar, acaba de volver de los casi-muertos.

—Claro, claro. Perdón, Madi. —Eagle levanta una mano para frenar cualquier tipo de conversación.

Volteo para mirar por encima de mi hombro.

—Eagle sabe mi nombre.

—Yo también sé tu nombre, Ventanas, sólo elijo no llamarte así.

—Blackthroat dice eso con su típico tono grave e imponente. Es uno al que suelo ignorar, pero ahora lo entiendo por completo. No significa nada; al menos no cuando lo usa conmigo.

El hombre acaba de admitir que estaba gruñón cuando llegué porque temía por mi seguridad en el helicóptero. Hasta su pequeña sobrina puede entenderlo. Ella dijo que estaba gritando porque temía por mí.

Mi corazón se acelera con este ojo por ojo, nuestra propia forma de seducción. Una que nos calienta a los dos.

Brick tenía razón acerca de nuestra llegada y el comienzo de la cena. En diez minutos, todos a los que había visto desde que llegué se han reunido en la sala de estar: todo el equipo ejecutivo, además de John Acker, el piloto y la familia de Blackthroat.

—Ustedes no se ven lo suficiente en el trabajo que eligen pasar sus vacaciones juntos, ¿no? —Se me ocurre decir cuando Vance me saluda con asintiendo la cabeza de forma fría.

—Somos *familia*, —dice Billy frunciendo el entrecejo como para indicar que yo no lo soy.

Noto que Brick no le ha hablado a su madre, pero que ella sigue mirándolo con añoranza. No estoy segura de lo que dice de nosotros

que no esté cómoda pidiéndola al hombre que recién me hizo acabar por qué no le habla a su madre.

Dane, el hombre mayor que trajo las frazadas a mi habitación, aparece en el umbral de la puerta.

—¿Están listos para la cena? —Mira a Blackthroat, no a Ruby o a su madre. Parece que Brick da las órdenes en su familia también. Es extraño, pero también perfectamente natural al conocerlo.

Blackthroat asiente y todos nos movemos a la sala de estar, que ha sido preparada con vajilla y cristales, pero sin cubiertos de plata. Él me guía a un asiento a su lado en la cabeza de la mesa. Los niños se sientan al otro lado de él, con Ruby y Eagle después.

Dane comienza a servir vino blanco en las copas de todos mientras que Liz, que entiendo es su mujer, pasa las bandejas y los platos calientes de un carrito a la mesa.

La madre de Brick se sienta a mi lado. Las fosas nasales de Brick se mueven, pero no dice nada. No hace contacto visual con él, sólo agacha la cabeza, que tiene un peinado elegante con un rodete francés.

—Hola, soy Madi, —Le digo—. Me has visto desnuda, pero no nos presentaron formalmente.

Billy se ahoga con su vino.

Auggie se ríe fuerte.

—¡Desnuda! —grita felizmente.

—Así es, —lo calma su mamá.

La hermosa mujer mayor me dedica una sonrisa cálida y me da la mano, sosteniéndola por bastante tiempo.

—Madi, es un gusto conocerte. Soy Catherine. Me alegra que estés bien.

—Tendré pesadillas con lobos por el resto de mi vida, pero a no ser por eso, estoy bien.

Se intercambian miradas en la mesa. Maldición, a esta gente realmente no le gusta que esté aquí.

—¿Viste a los lobos? —Pregunta April.

—Sí.

Por qué dijo, *los lobos* no *lobos*, como si supiera de ellos, agrego,

—¿Y tú?

—Quería verlos, pero ya se habían ido, —se queja.

—Hm-mm. —Ruby calla a su hija mientras niega con la cabeza aunque no sé por qué. ¿Se supone que los niños no hablen en la mesa? Todos comienzan a comer, levantando los platos y bandejas y pasándolos.

—¿Eres humana? —Me pregunta April.

—Por supuesto, es humana, —dice Ruby rápidamente—. ¿Qué pensaste, que era un extraterrestre?

—Oh, soy totalmente una extraterrestre, —digo—. Vine de un pequeño planeta llamado... Polkadot.

April me mira con ojos grandes y luego mira a su mamá.

—Está haciendo un chiste, bebé, —explica Ruby—. ¿Quieres puré de papas?

—¿Hace cuánto que eres la asistente de Brick, Madi? —Pregunta Catherine.

De nuevo, la temperatura de la habitación parece bajar. Soy resistente, pero empiezo a desear no haber pedido comer en Acción de gracias con ellos.

La nariz de Brick se mueve en un gruñido amenazador, pero no dice nada.

—Ya van unos cuatro meses. —Me sirvo bastantes batatas, mis favoritas—. Eso es unos tres meses más de lo que esperaba mantener el trabajo.

Billy hace un sonido prejuicioso con su garganta, que tengo que interpretar como que piensa que me tendrían que haber despedido el primer día que le respondí mal.

—Apuesto a que es difícil trabajar para él, —dice Ruby. —Sé que no ha tenido la misma asistente por mucho más tiempo que ese.

—Bueno, al principio disfruté bastante del desafío.

—No uses el pasado, —gruñe Brick a mi lado—. No acepté tu renuncia.

Sus palabras provocan una pequeña llama de calor que aleja el frío del resto del equipo.

—Bien, de acuerdo, cuando amenazó con arrojarme a los lobos, pensé que sólo era una forma de hablar.

La sonrisa de Brick es genuina, pero las respuestas del resto del grupo parecen forzadas. Hay una extraña cantidad de atención puesta en mí, como si fuera el centro de la mesa en lugar de Brick. Como si mi presencia en su mesa fuera demasiado irritante como para no ser disruptiva.

O quizás no sea yo. ¿Quizás la tensión y la incomodidad se deban a la presencia de su madre?

De ser así, no me sorprende que Brick no quisiera que presencié esto.

Lo debe haber matado admitirme que tiene esta parte vulnerable.

Brick habla muy poco durante la cena, excepto para dirigirse a su sobrina o sobrino, quienes evidentemente lo adoran. Su madre descansa en cada palabra que digo. Me doy cuenta de que debe ansiar una conexión con su hijo y que me percibe como un camino hacia él. Quizás piense que somos más de lo que somos después de que nos ayudó a desvestirnos y meternos en la cama esta tarde.

Supongo que ahora todos aquí piensan que lo estoy haciendo con mi jefe. Ah bueno. Así es. O ha sido. Y lo haré de nuevo. Probablemente esta noche.

El recuerdo de lo que hicimos más temprano (de lo que hizo *él*, debería decir) me hace apretar los muslos mientras empiezo a sentir un latido lento entre ellos.

Como si pudiera leer mentes, Brick me mira con las fosas nasales moviéndose. Logramos sobrevivir la cena, y empiezo a sentirme más como yo misma después de la comida y el vino.

Después de la cena, Dane y Liz, quienes son obviamente sirvientes y no familia porque no se sentaron con nosotros, limpian la mesa.

—¿Quieren el postre de inmediato? —Liz lo mira a Brick.

—¡Sí! ¡Queremos el postre ahora! —grita Auggie.

—Amiguito, acabas de comerte unos cuatro pavos tú solito. ¿Cómo puedes tener ganas de comer tarta? —Le pregunta Brick.

—¡Yo también me comí cuatro pavos! —Exclama April.

Brick vuelve a mirar a Liz.

—Danos treinta.

—¡Treinta minutos! —Grita Auggie fuerte, dejándonos saber su decepción.

—Suficiente, —agrega su madre en voz baja.

Catherine se levanta de la mesa.

—Vamos, Auggie, vamos a ver cuánta nieve se ha apilado afuera.

—Claro. —El niño salta de su silla y sale corriendo hacia la puerta de entrada.

—Quise decir aquí junto a la ventana, —lo alienta su abuela.

—¡Tengo que ir al baño! —Anuncia April.

—Te llevo, A.

Brick se levanta de la mesa como si no pudiera esperar a irse. Pone a la pequeña niña en sus brazos y la lleva sobre su cadera mientras yo intento no desmayarme.

Aw, a la mierda con esto, me estoy desmayando de amor.

Capítulo treinta y dos

B^{rick} —¿Cuándo ibas a decirnos que se lo estás haciendo a tu secretaria? —Billy me increpa en el pasillo luego de que llevo a April hasta el baño.

—Déjame en paz, carajo, —gruño.

Como si hubieran estado esperando este momento, los otros miembros de mi equipo ejecutivo aparecen al mismo tiempo. Es una emboscada.

—Salgamos. —Nickel inclina la cabeza en esa dirección.

Si fuera uno o dos de ellos, me habría negado, pero está claro que tienen algo que decirme.

Y sé exactamente de qué, o más bien sobre quién, se trata.

Bien. Es hora de ubicarlos en sus lugares. Los guío hasta la nieve y Eagle cierra la puerta detrás de nosotros con un clic. Vance, Jake, Sully, Billy y Nickel me enfrentan.

—¿No crees que este pequeño coqueteo tuyo es algo que deberíamos saber? —Exige Billy—. ¿Eagle lo sabía? Es tu asesor principal y eso podría afectar su trabajo.

—Yo no, —mis fosas nasales se mueven mientras respiro profundo—. Sucedió dos veces. Y esta tarde prácticamente no

cuenta. Fue médicamente necesario, la estaba reviviendo. Ella casi muere de frío allí afuera.

Billy me mira con condena en sus ojos.

—Está bien. Sí, estamos... —Mi negación a definir lo que ella es para mí hace que sea imposible para mí completar esa oración—. Deja de llamarla así, —le digo de mala manera en su lugar.

—¿Cómo? ¿La secretaria? ¿Cómo quieres que la llame?

—Llámala Madison. Su nombre es Madison.

—Ella prefiere Madi, —me corrige Eagle y le dedico una mirada fulminante.

El viento golpea a nuestro alrededor, la nieve nos azota los rostros y moja nuestros cabellos. No nos molesta a ninguno, pero el recordatorio de que Madi estaba afuera en este desastre hace un rato me provoca un frío interno.

—¿Lo sabías? —Billy le exige saber a Eagle.

—No. —Él se guarda las manos en los bolsillos—. Hubiera estado bien tener una idea por adelantado. Sobre todo con tu historial de asistentes.

—No la despediré, —gruño.

Y no es porque se haya declarado indespedible.

—¿Qué tanto la conoces? ¿Es confiable? —Pregunta Billy.

Lo miro con un odio que le advierte de abandonar el interrogatorio por completo.

—Por supuesto. —Estoy sorprendido de darme cuenta de que las palabras son verdad. ¿En qué otro humano confiaría tan implícitamente? Pero Madi nunca me traicionaría. La lealtad está en su naturaleza—. ¿Por qué?

—¿Qué tipo de enganche logró esta chica en...?

—Cuidado, —le advierto. El poco buen humor que tenía después de desvestir a Madi desaparece. Lo miro fijo, pero no baja la mirada.

—Tienes que encontrar a tu pareja real, —dice, como si eso lo explicara todo—. Te estás poniendo grande como para no tener pareja, y tu lobo intenta conseguir a alguien antes de que llegue la locura de la luna.

Siento que mi lobo se retuerce bajo la superficie. Mis fosas nasales de repente se llenan del aroma de Madi. Volteo, pero no está cerca.

Mi lobo me está diciendo algo.

Cree que es mi pareja.

Lo que, por supuesto, debería ser imposible.

El destino no elegiría a una humana para un lobo alfa de mi linaje. Lo arruinaría. Pero ni reacción ante la casi muerte de Madi ayer tuvo el nivel de ferocidad de una pareja. Ya no puedo explicar esta obsesión que tengo con ella.

Es por eso que mis hermanos de manada organizaron esta intervención.

—Pasemos navidad en los Alpes, —sugiere Jake con un tono falsamente casual. Como si se supone que crea que se le acaba de ocurrir la idea—. Podemos combinar un viaje de esquí con una visita a los Juegos Invernales de Manadas Suecas.

Mi lobo gruñe y el aroma a Madi vuelve a llenar mis fosas nasales.

Mierda. Necesito transformarme y correr. Procesar esto solo.

—Lo pensaré, —gruño, empujando a Billy para ir hasta la puerta.

Él rompe su rango y me detiene con una mano sobre mi pecho. Esta vez sí gruño y miro su mano con odio y luego a él.

—*Ella no es tu pareja.*

En un segundo tengo mi mano alrededor de su garganta y lo he golpeado contra la pared de piedras de la mansión. Mi lobo se soltó de su correa con la amenaza a Madi.

Los ojos del lobo de Billy brillan, pero no se vuelve sumiso. Me mira fijo a los ojos y sigue desafiándome.

Mis hermanos de manada me toman por los hombros para alejarme.

—O quizás lo sea, —interviene Nickel con la voz elevada.

El reconocimiento verbal (en realidad ni siquiera he estado dispuesto a admitirlo del todo para mí mismo) calma a mi lobo.

—Quizás lo sea, —repite Nickel cuando ve que sus palabras surtieron efecto.

De a poco comienzo a soltar la garganta de Billy.

—Pero no puedes aparearte con ella.

Me giro para ahora mirar fijo a Nickel.

—Tiene razón, —dice Vance en voz baja.

—Si lo haces perderemos contra los Adalwulfs, —Billy me recuerda mi propósito principal como alfa de esta manada.

La oscuridad de los meses que le siguieron a la muerte de mi padre. Me inunda esa presión que me hizo luchar porque mi manada no cayera, por restaurar nuestro poder y riqueza y eventualmente vengarnos del crimen. El plato de metal pesado que se apoyó en mi pecho por los siguientes años vuelve a su lugar.

—Tiene razón. —El tono lógico y legal de Eagle se une—. Lo explotarán como una debilidad. Los miembros de nuestra manada la abandonarán.

Todo mi cuerpo se siente como si lo hubieran hundido en un baño de hielo. Empiezo a escuchar un golpeteo en mis oídos. El mismo ruido que oí tras la muerte de mi padre.

Dentro de la mansión, Madison está parada junto a la enorme ventana panorámica y nos mira.

¿Puede escuchar nuestras voces elevadas?

—Y una vez que hayan movido la balanza, —dice Sully, y su voz suena como si viniera de una tormenta. La tormenta dentro de mi cabeza— eliminarán a todos los descendientes Blackthroat, — termina de decir Billy.

—Mis cachorros, —gruñe Eagle.

—Mis hermanas, —murmuro y mi concentración se ha acabado. Tengo el cuerpo paralizado.

—Deshazte de Madison, —dice Billy—. Antes de que acabe con toda esta manada.

Hay un gruñido bajo y persistente en mi pecho mientras asiento con la cabeza.

—Bien. —Levanto la mirada hacia Madison y la sostengo mientras hablo—. Lo terminaré.

Libro Gratis - La virgin y el vampiro

Quiere un libro gratis de Renee Rose y Lee Savino? Suscríbete a su newsletter para recibir ***La virgin y el vampiro*** y otro contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos. <https://BookHip.com/XJPQQXK>



Libro Gratis de Renee Rose

Quiere un libro gratis de Renee Rose? Suscríbete a mi newsletter para recibir ***Padre de la mafia*** y otro contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos. <https://BookHip.com/NCVKLK>



Los hombres lobo de Wall Street #2

Un gran jefe malvado

Lunático

por Renee Rose y Lee Savino

B*ienvenidos a Wall Street, donde los hombres lobo te comerán como desayuno.*

(c) Midnight Romance Publishing

Regla #2 de Wall Street: Nunca muestres debilidad

Un alfa debe proteger a su manada. La debilidad no es una opción.

Tampoco lo es la hermosa humana que ha cambiado todo mi mundo.

Pero ella es mi obsesión. No la dejaré ir.

Me vuelvo salvaje con la necesidad de poseerla. De consumirla.

Reproducirme con una humana destruiría todo por lo que he luchado:

mi negocio, mi manada, mi familia.

Pero no puedo resistir esta atracción prohibida.

Y si no la reclamo pronto, sucumbiré ante la locura de la luna...

Un destino peor que la muerte.

Lunático es el libro dos de la trilogía Gran Jefe Malvado. Su protagonista es un multimillonario jefe-diota que se transforma en lobo y su realmente inteligente secretaria en el mundo de Alfas Malos creados por Renee Rose y Lee Savino.

[Reserva ahora](#)

Otros Libros de Renee Rose

Hombres lobo de Wall Street

[Gran Jefe Malvado: Medianoche](#)

[Gran Jefe Malvado: Lunático](#)

Gran Jefe Malvado: Marcada

Vegas Clandestina

[Rey de diamantes](#)

[Padre de la mafia](#)

[Sota de picas](#)

[As de corazones](#)

[El comodín del Loco](#)

[Su reina de tréboles](#)

[La mano del muerto](#)

[El comodín](#)

Rancho Wolf

[Áspero](#)

[Salvaje](#)

[Feroz](#)

[Rudo](#)

[Indomable](#)

[Implacable](#)

Dos Marcas

Rebelde - GRATIS

Tentada

Deseada

Seducida

Alfas peligrosos

La tentación del alfa

El peligro del alfa

El premio del alfa

El reto del alfa

La obsesión del alfa

El deseo del alfa

La guerra del alfa

La misión del alfa

El tormento del alfa

El secreto de alfa

La presa del alfa

La sangre del alfa

El sol del alfa

La luna del alfa

Alfa de Montaña

Héroe

Rebelde

Guerrero

Otros libros de Lee Savino

Saga Guerreros Berserker

[Vendida a los Berserker](#)

[Emparejada con los Berserker](#)

[Raptada por los Berserker](#)

[Entregada a los Berserker](#)

[Reclamada a los Berserker](#)

Alfas Peligrosos

[La tentación del alfa](#)

[El peligro del alfa](#)

[El premio del alfa](#)

[El reto del alfa](#)

[La obsesión del alfa](#)

[El deseo del alfa](#)

[La Guerra del alfa](#)

[La Misión del alfa](#)

[El tormento del alfa](#)

[El secreto de alfa](#)

[La presa del alfa](#)

[*La sangre del alfa*](#)

[*El sol del alfa*](#)

[La virgen y el vampiro](#)

Conoce a la autora

RENÉE ROSE, LA AUTORA BESTSELLER EN USA TODAY, ama los héroes dominantes, ilos machos alfa que saben hablar sucio! Ha vendido más de un millón de copias de tórridas novelas románticas con diferentes niveles de sexo no convencional. Sus libros han sido presentados en el Happily Ever After de USA Today y en Popsugar. Nombrada en el Eroticon de los Estados Unidos como la Próxima Autora Erótica Top en 2013, ha ganado también como Autora Preferida en Ciencia Ficción y Antología Valiente y Atrevida y con la mejor novela romántica histórica en The Romance Reviews. Figuró catorce veces en la lista de USA Today con su serie Rancho Wolf y varias antologías.

**Suscríbete a mi newsletter para recibir contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos lanzamientos en Español.

https://www.subscribepage.com/reneerose_es



Conoce a la autora

Lee Savino tiene objetivos grandiosos, pero la mayoría de los días no encuentra ni su cartera ni sus llaves, así que se queda en casa y escribe.

Mientras estudiaba escritura creativa en la Universidad de Hollins, su primer manuscrito ganó el premio Hollins de Ficción.

Lee vive en Estados Unidos, con su increíble familia.

Puedes conectar con ella en su [sitio web](#), su [grupo de lectores](#), y sus [redes sociales](#).